

TERCER LIBRO DE LA SERIE
SUEÑO AMERICANO

TAYLOR

EMMA
MADDEN

TAYLOR

Tercer libro de la serie Sueño Americano

EMMA MADDEN

Entró en el Bar de Paul, el mejor garito para cowboys de Polson, y comprobó que estaba lleno en plenas fiestas navideñas. Buscó a su familia, encontró a Conrad sentado en una mesa junto a su mujer embarazada y caminó hacia ellos localizando a sus hermanos y a sus primos de un vistazo, entre ellos a Bradley con Martina, jugando una partida de billar en una de las mesas del reservado.

Genial, estaban tranquilos y eso era un verdadero milagro porque, siendo una estrella de fútbol americano, su primo rara vez disfrutaba de una parcela real de intimidad, pocas veces podía comportarse como un ciudadano anónimo en público, aunque en Polson solía conseguirlo, porque allí sus cinco mil habitantes conocían y respetaban a todos los Williams, y solían dejarlo bastante en paz.

—¿Qué tal parejita? —se desplomó en una silla frente a Conrad y miró a su guapa mujer con una sonrisa—. ¿Todo bien, doctora?

—Todo muy bien, muchas gracias, Taylor, esto es una pasada.

—Te dije que te gustaría. Primo, ¿no bebes?

—Me he tomado dos cervezas y no creo que vaya a por más, tengo en casa a un enano que se despertará muy temprano, ¿sabes?

—¡Jesucristo!, macho, quién te ha visto y quién te ve. ¿Sabes que le hemos visto ganar concursos de bebedores de cerveza aquí mismo, Anna?... y con una animadora de rodeo subida sobre sus hombros.

—Vaya... —ella se echó a reír y Conrad frunció el ceño.

—Eso, tío, tú destroza un poco más mi reputación.

—Tu mujer ya te conoce, no te estreses tanto, chaval.

Anna, que era una chica preciosa, médica en Washington, y la responsable de haber metido en cintura a uno de sus primos más indomables, agarró la cara de su marido y le dio un beso en la boca. Él se dejó mimar y siguieron besándose mientras hablaban bajito y se olvidaban de él de inmediato.

Solía pasar, en cuánto les echaban el lazo todo los demás pasaban a segundo plano y Conrad Williams, el oficial más ligón del Cuerpo de Marines de los Estados Unidos, no iba a ser diferente, de hecho, se alegraba de verlo tan centrado y enamorado de su esposa, tan feliz con su hijo de año y medio y el nuevo bebé que venía en camino. Era una pasada ver como adoraba a su familia y, por una milésima de segundo, sintió un pellizco de envidia, aunque lo desechó de inmediato para observar con calma el jolgorio que los rodeaba.

Veintiséis de diciembre, ya habían superado la Nochebuena y la Navidad, tres cuartos de la familia había vuelto a sus respectivos hogares, pero aún quedaba parentela a la que atender y con

la que disfrutar.

Habían conseguido reunir en el rancho a casi la totalidad de los Williams y a sus respectivas familias. A su padre y a sus dos hermanos (los tres nacidos y criados en Polson) a sus tres hermanos, a ocho de sus diez primos y a doce de sus sobrinos. Una pasaba porque a eso había que sumar mujeres y novias, e incluso a los suegros de Conrad. En total, habían alojado a treinta y ocho personas entre el rancho y el hotel del pueblo, y habían pasado la mejor Navidad de sus vidas.

Su padre estaba deseando reunir a la familia y habían llegado casi todos, algunos divorciados, otros solteros, pero todos los que pudieron viajar a Montana lo hicieron, algunos con hijos, otros sin hijos, las ausencias se habían notado, pero en resumen lo habían conseguido y en parte había sido gracias a Bradley, que había asumido algunos gastos de viajes y traslados para que nadie se quedaba fuera de la convocatoria.

Bradley siempre apagando fuegos, aunque para ser honestos, todo el mundo había colaborado con los gastos y el viejo rancho del abuelo Mark, el que se había quedado el menor de sus hijos, Robert, su padre, había estado a la altura y había cobijado a toda esa inmensa familia que vivía repartida entre los Estados Unidos y el resto del mundo.

Subió la cabeza y observó a Conrad hablando muy acaramelado con Anna, buscó con los ojos a Brad y a Martina, esa belleza española que quitaba el hipo y que estaba en ese momento subida a la espalda de su marido intentando que fallara el golpe, y sin querer le miró el trasero enfundado en unos vaqueros muy ceñidos. Estaba buenísima y se sintió culpable de ser capaz de espiar así a la madre de sus sobrinos, pero antes de desviar la mirada, por el rabillo del ojo, vio entrar a una pandilla que no le gustó nada y que lo puso en guardia de inmediato.

No era gente de Polson, pero sí de al lado, de Jette. Los conocía bien, unos putos pendencieros y encima al sacarse las chaquetas dejaron a la vista sus camisetas de los Montana Grizzlies, campeones de la Subdivisión del Campeonato de Fútbol Americano Universitario, ningún rival objetivo de los New England Patriots, el equipo de Bradley, pero sí el equipo de Montana, lo que venía a ser una provocación en toda regla.

Esperó tenso y en silencio, sin moverse, ni alertar a nadie, y contempló sin inmutarse como se acercaban al reservado para observar a Brad, que estaba a lo suyo con su mujer y que no les hizo ningún caso hasta que uno de ellos silbó mirando a Martina de arriba abajo.

—Menuda hembra, tío, de esas que solo se pagan con la pasta de la NFL.

—¿Qué dices, gilipollas?

Tiró el taco de billar sobre la mesa y enfrentó al insolente frunciendo el ceño. Taylor saltó y se puso de pie viendo como sus hermanos y dos de sus primos se habían dado cuenta de la maniobra y ya estaban poniéndose en marcha. Miró a Conrad y le tocó el hombro para que se quedara quieto, porque si intervenía él, que era oficial de las fuerzas especiales, la cuestión podía terminar en una tragedia.

—Quédate con tu mujer, primo, yo me ocupo.

—¿Qué pasa?

Por supuesto no le hizo caso y se levantó con las manos en las caderas, miró el panorama y

acto seguido señaló a Anna con el dedo.

—Ve al despacho de Paul y espera allí a Martina.

—¿Qué?, ¿por qué?, ¿qué ocurre? —ella se puso de pie mirándolo con cara de sorpresa y luego respiró hondo—. No, no, Conrad, tú no puedes meterte en una pelea de bar, tú no...

—Obedece y entra allí, ¡vamos!

Taylor ya no oyó nada más, porque de repente Brad estaba empujando con las dos manos a ese capullo de casi dos metros a la par que Paul, el dueño del bar, agarraba a Martina y la sacaba del centro del jaleo de un brazo, aunque ella se resistía e insultaba a los recién llegados con mucho ímpetu hasta que Bradley la miró muy serio y ella acabó callándose y alejándose de lo que apuntaba ser la madre de todas las batallas.

Taylor calibró entonces al grupo, ocho capullos enormes y con muy mala leche, pero ellos eran igual de enormes y encima eran siete, siete Williams juntos y muy cabreados, pensó, y sin querer sonrió, se acercó de dos zancadas e inició de un puñetazo la pelea que ya se retrasaba demasiado.

Una monumental riña al más puro estilo del Lejano Oeste.

1

—Buenas tardes... —oyó a su espalda y dejó lo que estaba haciendo para mirar a la recién llegada con el ceño fruncido.

—Buenas.

—¿Qué tal, Taylor?. Estoy buscando al coronel... a Conrad y a Anna, quería saludarlos y...

—Se están despidiendo, se van en seguida al aeropuerto. Voy a llamarlos.

—Mil gracias.

Jo Expósito, maestra de la escuela primaria de Polson por recomendación del propio Conrad, giró mirando a su alrededor con las manos en la cintura y Taylor tiró el cepillo al suelo sin perderla de vista para ir a buscar a su primo, pero en ese mismo instante lo vio salir de la casa con su familia y lo llamó con la mano.

—Mira, ahí los tienes.

—Genial, gracias. ¡Hola! —saludó a la pareja muy cariñosa y acarició la carita del pequeño Conrad, que venía en brazos de su padre— ¡Madre mía, es igual que tú, coronel!, sois como dos gotas de agua.

—Eso dicen —respondió él tan orgulloso y miró a Anna de reojo—. Puro Williams por los cuatro costados.

—Qué bien que te hemos podido ver, Jo, no sabíamos que estarías fuera de Polson precisamente estos días —Anna le acarició el brazo y Jo Expósito movió la cabeza.

—No tenía previsto ir a Nueva York por las navidades, pero mi madre insistió, bueno, ya sabes, con su salud tan maltrecha, pues... de hecho, quería preguntarte por esto, si tienes un minuto —Sacó del bolsillo de su abrigo unos papeles y se los pasó. Anna los cogió y se concentró en leerlos muy atenta—. Te los iba a mandar por email, pero ya que te veo.

—Ok, me los llevaré a casa, pero me gustaría ver a tu madre personalmente la semana que viene, llámame y ajustamos una hora. Le haré más pruebas y tendré una idea más clara del tratamiento, ¿de acuerdo?

—Su seguro no cubre un tratamiento en Washington.

—Yo me ocupo de eso, tú ocúpate de que vaya, ¿vale?

—Vale, gracias y siento el atraco —de repente se volvió para mirarlos a él y a Conrad y sonrió—. Lo siento, ¿qué tal todo, coronel?

—Todo en orden, pero, lamentablemente, nos tenemos que marchar, ahí está nuestro transporte.

—Claro, ya nos veremos y feliz año nuevo.

Taylor observó cómo se despedían, a su vez abrazó a su primo, a su sobrino y a Anna, y los acompañó al coche para despedirse de los Pine, los padres de Anna, que ya estaban con el

equipaje cargado. Les dijo adiós con la mano, se quedó observando cómo dejaban la propiedad y luego se giró para mirar a Jo Expósito a la cara.

—¿Quieres tomar algo?, ¿un café?

—No, gracias. Me vuelvo al pueblo antes de que oscurezca, hay mucho hielo en la carretera, pero... ¿a ti qué te ha pasado?! —de repente le prestó atención con los ojos abiertos como platos y él se tocó la mandíbula magullada con una sonrisa.

—Tendrías que ver a los otros.

—¿O sea que lo de la pelea en el Bar de Paul es cierta?

—¿Ya te lo han contado?

—Nada más pisar Polson.

—Fue apoteósica, aunque a Conrad su mujer tardará semanas en volver a dirigirle la palabra.

—¿Se ha enfadado? —él asintió—. No me extraña, si es que sois unos salvajes.

—Solo respondimos a la provocación,

—Lo que tú digas. Bueno, tengo que irme. Hasta otra y feliz año nuevo.

—Feliz año nuevo...

La siguió con los ojos y la observó caminar a buen ritmo hacia su coche, que había dejado muy mal aparcado en la entrada de la casa principal. Se fijó en su pelo oscuro y en lo menuda que era, y movió la cabeza tratando de quitársela de inmediato de la mente porque, lo sabía todo Dios, Jo Expósito, la guapa profesora neoyorkina que llevaba dieciocho meses viviendo en Montana, era intocable.

Hacia dos años, Conrad y su unidad de inteligencia de las Fuerzas Especiales había sufrido un ataque brutal en Siria y uno de sus hombres, el capitán John Expósito, un francotirador experimentado, había sido una de las bajas. Una pérdida muy dolorosa para Conrad, para todos sus compañeros, para su familia y por supuesto para su mujer, Jo, que se había quedado viuda a los veintiséis años tras un matrimonio de ocho con su novio de toda la vida.

La joven viuda, maestra en una escuela de Brooklyn, sin hijos y con una familia (la propia y la política) muy controladora, o eso le contó su primo, hundida por la pérdida y asfixiada por los recuerdos, había decidido alejarse de Nueva York y Conrad, que nunca abandonaba a los familiares de sus hombres caídos en combate, se había acordado de Polson y los había llamado para ver si existía alguna posibilidad de trabajo para ella allí y, afortunadamente, la había y su hermano Scott, que era concejal en el ayuntamiento, había gestionado su contrato como suplente en la escuela primaria.

Lo demás ya era historia, ella se había presentado en el pueblo con mucho entusiasmo para trabajar, se había integrado muy rápido y parecía muy a gusto, aunque, todo el mundo se había dado cuenta, no participaba en ninguna actividad lúdica ajena a la escuela y no hablaba jamás de su vida personal. Era un verdadero misterio, muy agradable y correcta, hasta simpática, pero muy distante y Taylor, que era de los pocos que conocía su pasado más reciente, la había dado por imposible hacía tiempo. Aunque le parecía muy maja y alguien que valía la pena conocer, prefería mantener las distancias con ella porque no quería complicarse la vida y menos aún acabar siendo

el paño de lágrimas de una chica que, estaba claro, tampoco es que lo mirara a él con muy buenos ojos.

—Joder, si yo hubiese tenido una profe así en cuarto hubiese empezado mucho antes con las pajas...

—¿Qué? —miró de soslayo a Cameron, uno de los chicos de los establos, y él le sonrió.

—Esa mujercita está entre Jessica Alba y Jennifer López, jefe, da gustito verla, no puedes negármelo.

—La madre que...

—Está buenísima... si yo la pillara contra la pizarra le enseñaría unas cuantas cosas.

—Una palabra más y a la puta calle, así que mejor aprende a cerrar la boca, Cameron, y vuelve al trabajo.

Lo miró desde su altura muy cabreado, porque odiaba a los machitos de pueblo, gilipollas reprimidos como Fred Cameron, y bufó moviendo la cabeza.

No pensaba permitir que le faltaran el respeto a ninguna mujer en su presencia, pero mucho menos a una que Conrad había puesto bajo su amparo desde que la había mandado a Polson, eso ni de coña, así que mejor se alejó de las caballerizas para no empeorar el asunto y miró la hora pensando en llamar a su contable y discutir con él algunos temas del rancho que no podían esperar.

—¿Qué? —entró en la cocina contestando al móvil y al oír la voz de Rachel se detuvo delante de la cafetera.

—¿Qué pasa, cariño?, ¿con quién estás peleándote ahora?

—¿Qué quieres? —se sirvió un café y miró de reojo a su madre, que pasó por su lado y le acarició el brazo.

—Mi padre dice que le confirmemos nuestra asistencia a la fiesta de la Asociación de Empresarios de Montana, en Helena el próximo 14 de enero.

—Por mí ok.

—Nos dejará el avión privado, así te ahorras las tres horas en coche.

—Me da igual ir en coche... —entró en el despacho y se sentó en el escritorio mirando el ordenador.

—No seas desagradecido, es un detalle muy bonito.

—Me es igual.

—También me ha preguntado cuándo cojones piensas ponerme un anillo en el dedo. Esto último es literal, amor mío, ya lo conoces.

—Estoy ocupado, ¿qué más?

—Estoy esperándote desde el instituto, Taylor Vernon Williams, a lo mejor mi padre tiene razón, todo el mundo tiene razón, y deberíamos casarnos. Tendríamos unos bebés preciosos.

—¿Necesitas algo más?, porque tengo muchas cosas que hacer.

—Llevo dieciocho malditos años adorándote, capullo, no me hables así.

—Tengo que dejarte, me llaman por el fijo.

—Cabrón...

—Adiós.

Colgó a la par que dejaba de sonar el teléfono fijo y se concentró en los emails solo un segundo, porque en seguida le entró otra llamada al móvil. Miró la pantalla, leyó el número larguísimo con prefijo de Inglaterra y sonrió.

—Hola, princesa.

—Hola, cowboy, ¿cómo estás?

—Bien, gracias ¿y tú?

—He logrado cuadrar las fechas y me voy a Nueva York el 10 de enero, ¿podremos vernos?

—Claro.

—Espero que no me falles o iré a Montana y te traeré a Londres de una oreja.

—De todas maneras voy a Birmingham el 20 de enero, preciosa, tengo el BETA Internacional y prometí que pasaría a verte.

—No puedo esperar quince días, te recojo en Nueva York y nos venimos juntos al Reino Unido, será una pasada.

—Eso por descontado.

—Quiero sentirte dentro, Taylor, estoy muy caliente, llevo horas corriéndome yo sola aquí, en mi cama, pensando en tu polla y matándome a orgasmos con mi succionador de clítoris...

—¿Succionador de clítoris? —se echó a reír y ella bufó.

—Sí, al fin lo he conseguido, había lista de espera, pero me lo han traído y le he puesto tu nombre. Dale a videollamada y te enseño lo que me hace.

—Estoy en el rancho, trabajando en el despacho, ahora no puedo, pero más tarde te llamo y me lo enseñas.

—Genial, mi vida, te echo tanto de menos.

—Tengo que colgar, luego te llamo. Adiós.

Le colgó moviendo la cabeza y vio entrar a su padre en el despacho con el teléfono pegado a la oreja. Lo saludó con una venia y se entretuvo un segundo en pensar en esa inglesa preciosa y sexy, muy sexy, que había conocido en su último viaje a Australia y que también se dedicaba al negocio de los caballos, aunque ella más por tradición familiar que por negocio.

Beatrice Longbottom, lady Longbottom, hija de un conde o algo así del centro de Inglaterra, había heredado millones de libras a los veintiún años y una yeguada magnífica que corría desde el Derby de Epsom, al de Kentucky, pasando por Ascot o el de Palermo en Argentina. Era una empresaria de prestigio y de éxito, pero sobre todo era una mujer muy divertida con la que se lo

pasaba en grande y a la que no le importaba seguir viendo de forma regular si las cosas continuaban como estaban, es decir, nada de compromisos, ni palabras de amor, ni planes de futuro.

Mientras ella siguiera respetando esa línea de conducta podía seguir formando parte de su círculo de amigas, y le encantaba pensar que así sería porque estaba buenísima.

—Taylor, ¿cenas con nosotros, cielo? —su madre se asomó a la puerta y le sonrió.

—Ok, vale, ya se me ha hecho tarde y no tengo planes.

—Que raro —bromeó su padre y le guiñó un ojo.

—Genial, pues cenamos en una hora.

—Estupendo, gracias, mamá.

2

El *patchwork* es un tejido hecho por la unión de pequeñas piezas de telas cosidas entre sí por los bordes. El resultado, que suele ser variado y colorido, puede convertirse en una manta, una colcha, una funda de cojín, un mantel e incluso una prenda de vestir. Es un trabajo minucioso y gratificante, cuya técnica se remonta a los egipcios, pero que, en los Estados Unidos, desde la época colonial, se ha llevado a cabo de forma regular por manos femeninas expertas que lo han convertido en una tradición muy arraigada.

Una tradición divertida, relajante, que encima se podía convertir en una buena excusa para relacionarse con el mundo, con tus vecinas, cuando llegabas a un pueblo pequeño como Polson y te invitaban a participar en su célebre taller de *patchwork*.

Jo Expósito, que solo había aprendido a bordar un poco en el colegio de monjas y había pegado alguna vez algún botón, no tenía ni idea de coser, pero tras más de un año asistiendo dos veces por semana al taller de *patchwork* de la esposa del reverendo Thomason, ya era casi una experta, y ya había hecho una funda de edredón entera para su cama, y una de cojín para su madre, y ahora preparaba con mimo una colchita de cuna para el nuevo bebé de los Williams, que desde que John había caído en acto de servicio, no habían dejado de estar pendientes de ella.

Respiró hondo y pensó en aquel 2 de enero, cuando le avisaron de que el amor de su vida había muerto en Siria, en su funeral, con salvas de honor bajo la nieve y el ataúd cubierto con una bandera de los Estados Unidos que luego alguien dobló y se la puso en el regazo, junto a la Medalla de Honor póstuma, y las palabras de consuelo y sus camaradas vestidos con el uniforme de gala, y en esa preciosa chica pelirroja, la mujer del coronel Williams, que se le sentó al lado, le apretó la mano y le ofreció sacarla de allí para llevarla a un lugar más íntimo y confortable.

Nunca olvidaría ese gesto suyo, nunca, porque había sido la única que había entendido que solo necesitaba salir del cementerio y estar sola.

Desde ese momento se habían hecho amigas, aunque ella vivía en Washington, donde ejercía como médico, y su marido, el famoso coronel Conrad Williams, al que su John idolatraba, se había puesto a su disposición y se había hecho cargo de las gestiones que vinieron después del funeral y al final, cuando les había confesado que no podía seguir viviendo en Brooklyn, se había ocupado de buscarle un nuevo trabajo, una nueva vida en Montana, de donde era originaria su familia paterna.

Los dos se habían portado mejor que su propia familia, incluso Anna supervisaba los informes médicos de su madre, que estaba superando un cáncer de útero muy agresivo, y la llamaba de vez en cuando, le escribía correos electrónicos y la invitaba continuamente a Washington, aunque aún no había podido ir a verlos como era debido.

En resumen, estaban siempre atentos, pero no la ahogaban, al contrario, se mantenían en una saludable y respetuosa distancia, y eso lo agradecía muchísimo, porque estaba harta de que su

familia, la suya y la de John, la asfixiaran continuamente con la excusa de cuidar de ella, que no era más que una pobre viuda solitaria.

Una pobre viuda solitaria, así la había definido su propia abuela, aunque ella, por supuesto, no se veía así. Solo se veía como una mujer joven que había perdido a su único novio, a su único amor, a su marido, que había muerto haciendo lo que más le gustaba, y que la había dejado a los veintiséis años sola, pero no hundida, porque después de llorarlo durante muchos meses había entendido que no arreglaba nada metiéndose en la cama, nada sin ducharse o vestirse como era debido y que por él, que así lo habría querido, tenía que salir al mundo, luchar y seguir viviendo.

Era hija y hermana de Marines, sabía cómo sería aquella vida y aún así se había casado con uno, aún así habían sido muy felices y, aunque él hubiese muerto sirviendo a su país, todo había valido la pena, y dos años después de la pérdida estaba mucho mejor, estaba dispuesta a soñar y a encontrar la felicidad, algo que estaba intentando desde hacía año y medio en Polson, ese pueblecito de Montana donde había encontrado un trabajo que le gustaba un montón y unas nuevas amistades que la trataban de maravilla, como sus amigas del taller de *patchwork*.

—Chicas, me voy, he quedado con Robert para ir al cine.

La señora Williams se levantó y acabó de ordenar la labor de pie. Jo alzó los ojos y le sonrió.

—Chica, que suerte tienes de que tu marido aún te invite al cine.

—Lo he invitado yo, Frances, y nos lo debemos después de las navidades tan moviditas que hemos tenido.

—¿Al final cuántos habéis sido?

—Más de treinta, aunque la mayoría se marchó el 26.

—¿Y qué pasó en el Bar de Paul?. Todo el mundo habla de que la cosa estuvo a punto de desmadrarse.

—Cosa de los chicos, una pelea tonta, alguien provocó a Bradley y se montó la juerga. Ya sabéis que los Williams son como una piña y allí había siete, así que... menos mal que la sangre no llegó al río. Bueno, me voy. Hasta el lunes.

—Adiós —se despidieron todas y Jo volvió a concentrarse en su colcha hasta que alguien habló a su derecha.

—Pues a mí me parece una vergüenza que pasen estas cosas en Polson, los Williams serán una piña, pero ya son adultos y no unos chicos, como dice Ethel, y encima estaba el Marine, el de las Fuerzas Especiales, a esa gente la entrenan para matar con una sola mano, podría haber pasado una verdadera desgracia.

—Seguro que Conrad, al que conozco casi como a un hermano —habló Jo muy seria—, puso algo de cordura porque, como bien dices, Frances, está entrenado, pero no solo para matar, también para controlar una situación de violencia sin ningún problema.

—Yo no estoy culpando a nadie, solo digo que... —la mujer, que era la subdirectora del banco, se puso roja como un tomate y miró al grupo con cara de disculpa—. Yo...

—No sabíamos que fueras tan amiga de uno de los Williams —preguntó otra profesora del cole y ella asintió sin apartar los ojos de su labor.

—Mi marido, que en paz descansa —puntualizó, dejando a más de alguien fuera de juego, porque jamás hablaba de John en público—. Era Marine, de las Fuerzas Especiales y Conrad Williams, el coronel Williams, era su superior.

—Bueno, ¿os apetece un té?

Con mucha mano izquierda Billy, su mejor amigo de Montana, su compañero de piso y de trabajo, y su paño de lágrimas, se puso de pie y se ofreció para servir el té y las pastas. Jo lo miró y le guiñó un ojo, él respondió el gesto y se fue a la mesa de la merienda comentando que volvía a nevar, desviando radicalmente la atención hacia otros derroteros, algo que ella agradeció muchísimo porque no quería entrar en los detalles de su vida, menos en los detalles más escabrosos, como la prematura muerte de su marido, algo que sabía, fehacientemente, que cambiaba al instante la opinión que la gente tenía sobre ella.

—Menuda parada de pies a la cotilla de Frances Smith, colega, fue grandioso.

Una hora después salieron de la sala de eventos de la iglesia y Jo movió la cabeza poniéndose el gorro de lana, Billy se echó a reír y la abrazó por el cuello.

—De verdad que no sabía que eras tan amiga de Conrad Williams —comentó Sarah, su compañera de trabajo, caminando hacia el aparcamiento y Jo asintió—. Mi hermana Ruth lo odia con toda su alma, la desvirgó a los dieciséis años y luego si te he visto no me acuerdo.

—¿Dieciséis años?! —exclamaron Billy y ella a la vez y Sarah sonrió.

—Bueno, él también tenía dieciséis años, por aquel tiempo venía todos los veranos con sus primos y hermanos a trabajar en el rancho de su familia, mi hermana se moría por sus huesos y sus ojos azules, y se acostó con él. El verano siguiente no se acordaba ni de su nombre, y el siguiente ya no vino porque había ingresado en el Cuerpo de Marines y, en fin, cuando se han vuelto a ver a lo largo de los años él la saluda como si fuera una perfecta desconocida.

—Solo eran unos críos —opinó Billy.

—Críos o no, es habitual que las mujeres de por aquí odien a esa familia por razones similares.

—¿Qué? —preguntó Jo.

—Los Williams, que son una ristra de primos, todos guapos y sinvergüenzas, se las traen Jo, lo han hecho siempre, pocas chicas no han sucumbido a sus encantos y a la larga eso pasa factura porque todos, TODOS, acabaron casándose con gente de fuera del pueblo. Aquí parece que solo venían a mojar y divertirse.

—Si ha sido así la culpa es de las mujeres de Polson que se quieren muy poco, porque sabiendo de que pie cojean... ¿a qué meterse con ellos? —susurró Billy mirando el cielo— ¿Habrá alguno gay?

—Sí, que yo sepa Blake, el hermano pequeño de Rob, Scott y Taylor, ¿te interesa?, es siquiatra y creo que vive en California.

—Hombre, si es guapo y sinvergüenza por supuesto que me interesa.

—¿Tú también sucumbiste a los Williams, Sarah? —preguntó Jo muerta de la risa y su amiga asintió.

—Sí y con el peor de todos, de los pocos que quedan solteros, si no el único, el gran Taylor Williams, que es un animal en la cama... vaya, esto ni de coña se lo comentéis a mi marido porque es capaz de pedirme el divorcio.

—¿Taylor Williams?, ¿el que lleva el rancho? —intervino Billy—. También es muy amigo de Jo.

—Bueno, amigo, amigo... yo no diría eso...

—Pues cuidadito, amiga, porque ese bellezón de ojos celestes parece un ángel, pero es justo lo contrario, y si tienes la desgracia de que te ponga un dedo encima no volverás a recuperarte, te lo digo en serio.

—Lo llevo tratando un año y medio y jamás se ha pasado un pelo, de hecho, puedo decir que conmigo siempre se ha comportado como un caballero.

—Ya, será porque eres amiga de su primo Conrad y por eso te respeta un poco o será...

—O será porque ella se ha pasado más de un año en la inopia y casi no saliendo de casa, pero ahora que empieza a dejarse ver y a relacionarte con el mundo... —opinó Billy y Jo lo miró frunciendo el ceño.

—Igual va a ser eso, yo solo te advierto que tengas cuidado porque, repito, si te acuestas con él estás vendida.

—Madre mía...

—Te lo digo en serio —puso los ojos en blanco—. Me acosté con él al acabar un rodeo en Helena, después de que ganará el Clásico de Montura, el Derribe de Novillo y algo más, ya no me acuerdo porque tenía dieciocho años y estaba medio borracha, pero, os lo juro por mis hijos, nunca más me lo han hecho igual.

—Joder... bueno sí que está, pero si encima sabe lo que hace... pues...

—Sabe lo que hace, Billy. Debe ser genético, porque todas las mujeres que han catado a uno de esos Williams dicen lo mismo.

—Eso me suena a leyenda urbana —sentenció Jo agarrándose al brazo de su amigo—. Venga, Bill, vámonos a casa o acabaremos congelados. Hasta mañana, Sarah.

—Hasta mañana y hazme caso, Jo Expósito, mantente lejos del influjo de Taylor Williams o acabarás escaldada.

3

—El próximo diciembre en Las Vegas, ese será mi último rodeo, ya estoy muy viejo para esos trotes. Debo ser el más anciano del circuito.

—Menudo vejestorio.

Susurró lady Longbottom que se inclinó, le lamió el pene y se lo metió entero en la boca. Era increíble lo que esa mujer podía hacer con la lengua, y levantó por reflejo las caderas sujetándola por el pelo.

—Eh, eh, Beatrice, no tan fuerte, me lo vas a dejar en carne viva.

—Así no podrás metérselo a nadie más...

De un salto se le subió encima y consiguió que la penetrara con un golpe de pelvis perfecto y controlado. Taylor respiró hondo y levantó las manos para acariciarle esos pechos espectaculares que tenía, blancos como la leche y suaves como el terciopelo. Deliciosos, aunque no fueran naturales. Se sentó y le mordió un pezón antes de frenar la cabalgata frenética que ella inició contra su voluntad.

—Oye, Beatrice...

—Trixie, llámame Trixie, solo en el internado me llamaban Beatrice.

—Ok, como sea, para un poco, voy a por el preservativo.

—No, cowboy, tú no me dejas a medias, no te muevas de la cama si no quieres que te acabe atando.

—Solo será un segundo.

—¡No!, ¡fóllame y calla!

—¡¿Qué?!

Quiso apartarse y tomar el control, pero ella le dio un bofetón y luego se estrujó sus pezones con los ojos cerrados, montándolo con una furia desbocada que acabó con una eyaculación en toda regla, a pelo, que lo dejó confuso al principio y furioso después.

—¿Qué te pasa? —le preguntó al ver que la empujaba y se levantaba de la cama indignado, y él la señaló con el dedo.

—No vuelvas, nunca más, a pegarme, ¿me oyes?, y menos a hacer eso...

—¿El qué?, yo...

—Yo siempre uso protección, es una norma, te lo dije desde el minuto uno, me da igual si no te mola o si no estás ovulando, eso me lo paso por el culo...

—No me hables así, Taylor, ¿quién coño te crees que eres?

—¿Y tú?, ¿quién coño te crees que eres tú?

Agarró su ropa del suelo y se metió al cuarto de baño para darse una buena ducha y despejarse un poco. Llevaba encerrado con lady Longbottom en el Hotel Savoy de Londres cuatro días y ya no lo soportaba más.

Esa mujer estaba buenísima, era preciosa y sexy, pero también era exigente, caprichosa y mandona. Un poco loca y completamente descontrolada en la cama, solo quería follar, a todas horas, y él estaba de acuerdo la mayor parte de las veces, pero todo tenía un límite.

Estaba deseando perderla de vista y coger su avión de vuelta a casa. Después de quince días en Inglaterra con ella (tras una semana en Nueva York) no podía más, estaba agotado y empezaba a resultarle antipática y absurda, así que lo mejor era huir cuanto antes de allí o acabarían como el rosario de la aurora, y tampoco era necesario.

—Tomo anticonceptivos...

Oyó que le decía a la par que se aferraba a su espalda y se la besaba, y él abrió los ojos dándose cuenta de que a punto había estado de quedarse dormido de pie bajo la ducha.

—Y si me preñas, mejor, un hijo tuyo sería perfecto, solo con que tuviera tus ojos me daría por satisfecha.

—¿Tú te oyes cuándo hablas, bonita?

—¡Taylor! —gritó al verlo salir de la ducha y él se envolvió con una toalla.

—No sé si tomas anticonceptivos, ese no es mi problema, yo solo me fío de MIS métodos profilácticos, y quiera Dios que no te haya dejado embarazada porque sería una tragedia.

—¿Una tragedia?. Tendrías que casarte conmigo, una de las fortunas más grandes de Gran Bretaña, menuda tragedia, no necesitarías volver a trabajar en tu vida.

—¿Crees que me casaría contigo por un embarazo?, ¿en serio?, ¿tú qué edad tienes?

—¿No eres un caballero, puto cabrón desagradecido?

—Un caballero sí, pero no un idiota. Me largo.

—¡Ojalá me hayas preñado, así te tendría cogido por los huevos el resto de tu vida!

Chilló, caminando desnuda y mojada por la suite, y Taylor la ignoró agarrando su maleta y su mochila que había dejado, afortunadamente, preparadas desde bien temprano.

—¿Qué te crees?, ¿qué te he abierto las puertas de Inglaterra gratis?, ¿eh?, ¿eso crees, maldito paleta?. Me debes cualquier negocio que hagas a partir de ahora, me lo debes a mí, así que muestra un poco más de respeto.

—Llevo trabajando con Inglaterra muchos años, Beatrice, mi padre ya lo hacía cuando tú aún no habías nacido, así que déjate de chorradas.

—¡¿Qué?!, ¿crees que seguirá siendo igual ahora que te han visto paseando de mi brazo?. Ahora todos te adoran, pero eso también puede cambiar con un chasquear de mis dedos, así que cuidadito, Taylor.

—¿Me estás amenazando? —se giró y le clavó los ojos, ella reuló y bajó la cabeza—. Si piensas

chantajearme con mis negocios agárrate los machos, muchacha, porque entonces sí que verás lo cabrón que puedo llegar a ser.

—¿Agárrate los machos?, ¿tú de qué mierda de sitio vienes?

—De uno donde las personas son bastante más decentes que tú, me voy. Adiós.

—¡No!, ¡Taylor!, no, por favor, no te vayas así.

Saltó y se le subió a la espalda, empezó a besarle el cuello y consiguió detenerlo delante de la puerta. Él se resistió y no respondió a sus súplicas, pero fue incapaz de quitársela de encima de mala manera, así que respiró hondo y se quedó quieto.

—Escucha, un último polvo de despedida, creo que me voy a volver loca que ni no me follas a todas horas. Hablo en serio, no me dejes a dos velas, vamos, cariño, tócame, te haré lo que quieras, lo que quieras.

—Me voy —se giró y la sujetó por las muñecas—. Mi vuelo sale dentro de tres horas y el tráfico en esta maldita ciudad es una puta locura, así que no pienso entretenerme.

—Haré lo que quieras.

—Empieza por no volver a llamarme. Adiós, Beatrice.

Abrió la puerta de esa suite de lujo y salió al rellano alfombrado. Beatrice Longbottom, que era una de las solteras más ricas de su país, toda una dama que se codeaba con la realeza y las mejores familias de la isla británica, lo siguió por el pasillo desnuda y al ver que no le obedecía empezó a patalear como una niña pequeña.

—¡Maldito seas, yanqui de mierda!, la próxima vez que me veas tendrás que suplicar para que te mire a la cara y además espero estar preñada, porque te torturaré con eso el resto de tu miserable vida. ¡Taylor!, ¡Taylor!

Gritó como una loca sin que él levantara la vista del suelo, entró en el ascensor y le dio al botón de la planta baja sin mirarla, las puertas doradas se cerraron y ella empezó a golpearlas con las dos manos, pero, por supuesto, no le hizo ningún caso. Llegó al hall de entrada y pidió un taxi sin mirar atrás.

—Vaya, qué agradable sorpresa.

Nueve horas después, en una de las salas de espera del aeropuerto de Newark, en New Jersey, la voz de Jo Expósito lo sacó de su letargo y se puso de pie de un salto para saludarla.

—Qué casualidad, ¿qué haces aquí?

—Vengo de Nueva York, acompañé a mi madre a Washington para que la atendiera Anna y luego la acompañé de vuelta a Brooklyn. Ahora ya me vuelvo a Montana, y creo que tenemos que embarcar.

Miró cómo se abría su puerta de embarque y Taylor asintió cerrando su portátil y cogiendo la mochila.

—Qué fuerte que vayamos en el mismo avión.

—¿O sea que has estado con Anna y Conrad?

—Sí, con los dos Conrad y con Anna, alojamos en su casa tres días, se portaron maravillosamente, como siempre.

—Me alegro, ¿todo bien con tu madre?

—Sí, Anna dice que todo va bien y que la medicación empezarán a suprimirla enseguida, de hecho, ya le ha quitado un medicamento muy fuerte.

—Esa es una gran noticia.

—Lo es, ¿tú de dónde vienes?

—De Inglaterra, concretamente de Birmingham, voy todos los años al BETA Internacional por negocios.

—¿BETA Internacional?, ¿qué es eso?

—Una de las ferias ecuestres más importantes del mundo. ¿Cuál es tu asiento? —le preguntó al ver que una azafata los detenía en la entrada del avión y ella sonrió.

—Yo voy en turista, luego te veo.

Se apartó de él y caminó por el pasillo atestado de gente con ese aire dulce y tan femenino que tenía. Se dio cuenta de que un par de tíos la estaban mirando con descaro y parpadeó un poco incómodo, algo impotente por tener que dejarla sola y no poder viajar juntos, porque aún les quedaban seis horas de vuelo por delante, sin embargo, no podía hacer nada, así que sonrió a la azafata e hizo amago de entrar en *Business*, pero antes de dar dos pasos se volvió y la llamó.

—¡Jo!

—¿Qué?

—Tengo el coche en Helena, podemos ir juntos a Polson si quieres.

—¿En serio?, genial, muchas gracias.

—Estupendo, te veo luego.

—Vale.

Se despidió ella abriéndose paso hasta la cola del aparato, Taylor la siguió un segundo con los ojos y luego se fue hacia su asiento con la intención de seguir trabajando un poco antes de sucumbir al tremendo cansancio que tenía encima.

4

—Me habían advertido que tuviera cuidado contigo y mira dónde hemos acabado.

Joe Expósito se levantó de la cama y se giró para mirar a Taylor Williams en todo su esplendor. Cuerpazo esculpido al milímetro, la piel ligeramente tostada, muy suave, el pelo revuelto, los ojos claros y un poco somnolientos observándola con una sonrisa... y una erección enorme al alcance de su mano.

—Me voy.

—Hace un frío de muerte, Jo, quédate a pasar la noche.

—No, gracias, estoy cansada y quiero dormir.

—¿En serio?

—Sí, en serio —buscó su ropa y se la puso con sus ojos pegados a la espalda, recorriéndola con descaro, se volvió y se encogió de hombros— ¿Qué?

—¿Jo viene de Josephine?

—Sí, ¿por qué?

—No sé, curiosidad, es un nombre poco común hoy en día.

—Mi abuela se llama Josefina, es de Puerto Rico, y a mí me bautizaron Josephine.

—Muy bonito, ¿qué edad tienes?

—Veintiocho ¿y tú?

—Treinta y seis.

—Vale, me voy y... en fin, gracias por traerme a Polson.

—De nada, ha sido un placer.

Le sonrió con esa sonrisa suya de anuncio y ella respiró hondo, le dio la espalda, cogió su abrigo y salió corriendo de allí, el piso de soltero (el picadero diría Billy) que Taylor Williams tenía en la calle principal de Polson, muy cerca de su propia casa, a la que podía llegar en cinco minutos si caminaba un poquito rápido.

Salió a la calle donde hacía un frío de muerte y lo agradeció, porque necesitaba recuperar un poco el sentido común y el frío solía ayudar para aclarar las ideas. Se envolvió en la bufanda, se puso el gorro y caminó con mucha prisa hacia su casa, dando gracias a Dios porque ya fuera medianoche y no hubiese nadie en la calle.

Acababa de acostarse con el último tío del planeta al que uno podía tirarse, al guaperas del pueblo, del estado de Montana y sus alrededores, incluso después de que Sarah le advirtiera que no se acercara a él, y se sentía fatal, pero no había podido evitarlo, se había vuelto loca en cuanto

le había dado un beso, en cuanto la había rozado con sus manos inmensas y seguras, y se había dejado llevar. Llevaba mucho tiempo sola, más de dos años sin acostarse con nadie, y solo había sido un impulso, un pequeño desahogo que no tenía por qué hacer daño a nadie.

Lo único que lamentaba era que el primer hombre con el que compartía intimidad después de John fuera un perfecto desconocido, alguien intrascendente al que seguramente no volvería a ver en semejantes circunstancias. Eso era lo único que le podía pesar, pero ya estaba hecho y no se iba a crucificar por ello.

Entró en su casa, donde reinaba un silencio total, y caminó hacia cuarto intentando no hacer ruido, llegó a la puerta y un póster rosa pegado estratégicamente a la altura de sus ojos la detuvo un segundo: “No estoy solo, compi, mañana hablamos”. Genial, Billy estaba acompañado y eso le iba a evitar tener que verlo y mentirle a la cara, porque obviamente no pensaba contarle que acaba de meterse en la cama nada menos que con Taylor Williams, eso jamás.

Se encerró en el dormitorio, dejó la maleta tirada en el suelo y se metió debajo de la ducha caliente. Necesitaba un baño y respirar, porque a lo mejor llevaba unas seis horas sin respirar con normalidad.

Cerró los ojos y pensó en la llegada a Helena, cuando Taylor la estaba esperando en la entrada del avión para bajar juntos, en la charla intrascendente hasta el parking del aeropuerto, en su coche, que estaba helado, pero que olía de maravilla porque olía a él, que en cuanto puso la calefacción se sacó el abrigo dejando a la vista sus brazos perfectos enmarcados en una camisa de cuadros azules que le sentaba de maravilla.

Siempre le había parecido un hombre atractivo, era imposible no verlo, pero nunca lo había mirado con atención hasta ese momento, cuando se quedaron solos en su 4X4 y recorrieron las tres horas de carretera hasta Polson hablando y charlando con mucha naturalidad. Era un tío simpático, interesante y muy divertido, le recordaba mucho a Conrad, que era otro bombonazo de libro al que jamás se había atrevido a mirar dos veces, primero porque era el superior de John y después porque le parecía inalcanzable y encima estaba casado con una buena amiga.

Sin embargo, Taylor Williams era más accesible, más real, más cercano, y de inmediato se sintió muy a gusto con él. Te hacía sentir bien, tenía don de gentes, como solía decir su abuela, y esa calidez espontánea la hizo empezar a perder la cabeza y el norte sin que pudiera controlarlo.

—No sé cómo hemos pasado casi dos años sin charlar o salir a tomar algo —le dijo en un bar de carretera donde pararon a cenar, y ella se encogió de hombros mirándolo a los ojos, esos ojazos transparentes que quitaban el hipo.

—No sé, el trabajo supongo y yo, que me he pasado enclaustrada muchos meses. Tú tampoco pasas mucho tiempo en el pueblo.

—Estoy en el rancho o viajando, gajes del oficio, pero podemos remediarlo y empezar a quedar de vez en cuando.

—Me encantaría.

—¿Haces amigos en Polson?, ¿te tratan bien?

—Bueno, tengo a mi amigo Billy, que da matemáticas en el cole, vivo con él, y las chicas del Taller de *patchwork* y algunos padres de alumnos, compañeros, en fin, no me puedo quejar, yo

tampoco es que sea muy sociable.

—¿Vives con tu novio Billy?

—No, es solo un amigo, compañero de trabajo, compartimos piso en el centro de Polson, así es mucho más barato y me permite ahorrar.

—¿Ahorrar para qué?

—Para viajar, tengo mucho que ver aún en Europa. Soy profe de historia del arte, aunque aquí esté dando clases de primaria a niños de diez años.

—Interesante —se apoyó en el respaldo de la silla y le sonrió— y un alivio.

—¿Alivio?, ¿el qué?

—Que no vivas con tu novio.

—¿Qué? —notó cómo se sonrojaba, pero él no movió ni una sola pestaña.

—Me encantaría besarte y llevarte a la cama, eres preciosa y no sé qué coño hacemos aquí pudiendo estar en un sitio mucho más agradable.

—¿Cómo dices? —se echó a reír a carcajadas porque pensó que le estaba tomando el pelo, pero él no varió la postura, ni la cara y se puso seria de golpe, muy incómoda.

—No suelo perder el tiempo y tenía que decírtelo, pero si he errado el tiro no pasa nada, no hay problema. ¿Quieres un poco de tarta de queso?, la de este garito, aunque no te lo creas, está de cine.

—No gracias, no como dulce.

—¿Por qué?, no creo que necesites cuidar la línea —la recorrió con los ojos y le sonrió.

—Soy diabética —él parpadeó—. No es grave, es Tipo 2, pero necesito cuidarme.

—Vale, entonces nos marchamos, se está haciendo tarde.

—Puedes tomar postre, si quieres, no me importa.

—No hace falta, pediré un trocito y me lo llevaré a casa. Vamos.

Se puso de pie y ella lo volvió a apreciar en todo su esplendor, con su altura y su cuerpazo, y el pelo castaño claro tan bonito, el perfil tan varonil, sus andares y su amabilidad con la camarera, que le envolvió un trozo de tarta de queso guiñándole un ojo coqueta, aunque podía ser su abuela, y experimentó una subida de temperatura extraordinaria por las piernas y en el vientre, sin poder apartar de la cabeza su tirada de tejos tan directa, y abandonó el local un poco mareada, con ganas de volverse y comérselo a besos, pero no fue capaz y se sentó en su coche aparentando toda la normalidad del universo.

—En media hora te dejo en casita —susurró poniéndose el cinturón de seguridad y ella lo miró de reojo— ¿Estás bien?

—Sí, gracias y gracias por la cena.

—De nada, la próxima invitas tú.

Se echó a reír y puso la mano en la palanca de cambios, rozó sus dedos con los suyos y ella,

completamente lanzada, no los apartó y se los acarició con decisión. Él no dijo nada, pero se quitó el cinturón de seguridad, se giró, la sujetó por el cuello y la besó. Se le acercó a la cara y le dio un par de besos inocentes en la boca hasta que ella separó los labios y fue cuando la sorprendió con una lengua caliente y exigente que sabía de maravilla.

Era decidido y posesivo, y eso le encantó. Al único hombre que había besado en toda su vida había sido a John, y le gustaba mucho, pero la vehemencia y la técnica de Taylor Williams la descolocó de inmediato y la llevó en volandas a dejarse acariciar por debajo del jersey y por dentro del pantalón vaquero. Él, como había dicho, no perdía el tiempo y en un segundo le había quitado el sujetador y le estaba lamiendo los pechos con ansiedad, mientras le bajaba los pantalones y se la ponía encima mirándola a los ojos antes de penetraba sin decir una sola palabra.

Sentirlo dentro casi le provoca un desmayo, pero aguantó el tipo y permitió que le deshiciera la coleta y le soltara el pelo a la par que la llenaba entera, hasta lo más profundo de sus entrañas, impulsando a que fuera ella la que se moviera y no pudiera detener las caderas hasta conseguir casi de inmediato un orgasmo inmenso y ardiente que a punto estuvo de partirla por la mitad.

—Sabes a caramelo —le dijo lamiéndole un pezón antes de permitir que se apartara de él—. Tienes la piel color caramelo y sabes así, muy dulce.

—Madre mía —se separó de su abrazo y volvió a su asiento arreglándose la ropa—. Y en un coche, increíble.

—Solo es el principio, preciosidad, ahora te llevo a mi casa y follaremos de verdad.

Sin mediar palabra aceleró hacia el pueblo y ella se dejó guiar sin rechistar, sin saber por qué no se opuso a sus planes, tal vez porque estaba ebria de buen sexo, y llegó a su casa y subió a su piso agarrada a su mano y cuando entraron allí él tiró su abrigo al suelo y empezó a desnudarse mirándola a los ojos.

—Quiero verte desnuda, Jo, eres preciosa y quiero verte desnuda, del todo.

Ella miró sus ojos celestes y asintió desnudándose con mucho descaro, aunque de normal era la tía más tímida del mundo, y cuando se quedó en ropa interior él le ordenó con un gesto que se la quitara y lo hizo sin oponerse, mirando lo espectacular que era ese hombretón tan intenso, que tenía un cuerpazo y sabía a gloria bendita.

Se quedó completamente desnuda y él se acercó, la sujetó por la nuca y la besó, la levantó con una mano y la empotró contra la pared. La estuvo embistiendo con furia unos minutos y luego se la llevó a la cama, buscó un preservativo y se la folló como Dios manda sobre la cama, de frente y por detrás, apenas dejándola respirar, moviéndola a su antojo, besándola y lamiéndola como si se fuera a acabar el mundo, y tras provocarle dos orgasmos devastadores eyaculó gruñendo contra su pelo.

Ese había sido el polvo más extraordinario de su vida y por eso, solo por eso, no pensaba arrepentirse, ni acusarse de nada, ni sentirse culpable, ni pedir perdón. Era libre, viuda desde hacía dos años, solo tenía veintiocho y estaba deseando volver a sentir, volver a sentirse deseada, así que a lo hecho pecho y mejor con un tío capaz de regalarle orgasmos de semejante calibre y que encima estaba como un tren, porque estaba buenísimo, para qué negarlo.

5

—Vernon juraba que era el Tétanos.

—Tu tío Vernon esta vez se equivoca, Taylor, es cólico equino, le he administrado el tratamiento y antes de cuatro horas empezará a recuperarse.

—Ok —suspiró entrando en el pueblo y se pasó la mano por la cara—. Tú mandas y muchas gracias, tío.

—De nada, tranquilo y descansa un poco, sé que habéis pasado la noche en blanco.

—Ya te digo, ahora tengo gestiones que hacer en Polson, pero luego tendré que meterme en la cama para dormir un rato o me voy a caer al suelo.

—Sí, no te agobies, yo no me muevo de aquí hasta que vea mejoría, tengo otras cosas que hacer en el rancho.

—Genial, adiós y gracias.

Colgó a Bob, su nuevo veterinario, un tío de Helena que se había hecho cargo de la consulta de su padrino, Vernon Phillips, desde que este se había jubilado, y se detuvo en un semáforo pensando en Owen, su mejor caballo, uno de sus sementales de oro, que la víspera había empezado con temblores y malestar general asustando a todos los chicos de los establos.

Cerró los ojos y rogó al cielo porque Bob tuviera razón, su tío Vernon estuviera equivocado de verdad, y la cosa no pasara de un cólico, porque cualquier otra posibilidad le podía costar la ruina, pero sobre todo la vida de su precioso Mustang negro, que era su ojito derecho desde que había nacido.

Alguien le pitó, se disculpó con un gesto y aceleró camino del ayuntamiento, aparcó, entró corriendo e hizo varias gestiones mirando el teléfono de vez en cuando, por si lo llamaban del rancho, pero nadie lo llamó, nadie importante al menos, solo Beatrice desde Dios sabe dónde, gritándole y recriminándole cosas (seguro), Rachel desde Helena y alguna amiga más a la que ni se molestó en identificar, porque estaba agotado, no había dormido nada y no tenía tiempo para chorradas.

—¿Has desayunado, chaval?

Scott, su hermano, se acercó al mostrador de licencias donde esperaba pacientemente a que la administrativa, que le estaba soltando un rollo sobre una dichosa kermés en la escuela primaria, le resolviera el papeleo, y él lo miró de soslayo con alivio.

—Hola, tío, no sabía que andabas por aquí y no, no he desayunado, me tomé un café rápido. Tenemos a Owen enfermo y me he pasado toda la noche con él, luego me vine corriendo porque esto no podía pasar de hoy, en fin...

—¿Qué le pasa?

—Bob Smith dice que es cólico equino.

—Ok, tranquilo. Sherry, por favor, ocúpate de los papeles de mi hermano y luego me los dejas en mi despacho, como verás está agotado y me lo llevo a desayunar antes de que se caiga redondo al suelo.

—Por supuesto, concejal Williams, como usted quiera.

—Mil gracias. Vamos.

Scott lo agarró por el cuello como a un crío y lo sacó del ayuntamiento para conducirlo directamente a la cafetería de Helen, una de las mejores de la ciudad, y la mejor posicionada porque estaba en plena plaza principal. Él se dejó llevar sin oponer resistencia y al entrar en el local el aroma a bizcocho recién hecho, pan caliente, huevos y bacon, le despertaron de inmediato un apetito voraz, se acercó a la barra y se sentó mirando a Helen, que los recibió con un boli en la oreja y una enorme sonrisa.

—¿Mirad lo que me ha traído el viento?, lo más bonito de Polson.

—Que embaucadora, Helen, sabes que lo más bonito de Polson eres tú —bromeó Scott sentándose a su lado—. Un desayuno completo para el campeón y para mí café y un trozo de tarta de chocolate, aunque no se lo cuentes a mi mujer.

—No tendré que contárselo, está ahí mismo, guapo.

Señaló con el boli hacia las mesas del fondo y Taylor divisó en una a su cuñada Pam rodeada por otras cuatro personas, tres chicas y un tío, uno que le sonaba un montón. Los recorrió con los ojos sin mucho interés y enseguida vio a su amiga Jo, pero ella no lo estaba mirando, así que volvió su atención a la comida que le pusieron delante y que en ese momento era lo único que le importaba.

—Bradley estuvo brillante en Dallas —comentó un parroquiano a su derecha y él asintió—. Menuda paliza, otra Super Bowl para el bolsillo, mandadle mi enhorabuena.

—En tu nombre, Pete —contestó Scott.

—¿Es verdad que le quieren hacer un homenaje en el ayuntamiento?

—Alguien lo propuso, pero no puedo involucrarme tratándose de mi primo, es mejor que lo decidan los demás.

—Sería merecido, tu abuelo Mark estaría muy orgulloso.

—Eso seguro.

—¿Qué haces comiendo chocolate a estas horas, cariño? —Pam se les acercó y besó a su marido en la cabeza—. Hola, Taylor, ¿qué tal?, ¿te vemos el domingo?, es el cumpleaños de tu ahijado, espero que no lo hayas olvidado.

—¿El domingo?, ¿ya estamos a 16 de febrero?

—Hoy no, hoy es 12, pero ¿qué le pasa? —miró a Scott frunciendo el ceño y él la tranquilizó con una sonrisa.

—No le hagas caso, seguro el domingo no falla, ¿verdad, hermanito?

—Por supuesto que no.

—Te mandé la lista de regalos posibles por email, no queremos sobrepasar unos límites, por favor te lo pido, Taylor, que un niño de cuatro años no necesita un caballo.

—Ya se lo regalé el año pasado, este año será otra cosa, no te preocupes, Pam —dejó de comer y la miró a los ojos. Ella, que era una belleza de Nueva Orleans más pija que la reina de Inglaterra, se puso tensa, pero lo disimuló bien y forzó una sonrisa.

—Estupendo, me voy, que tenemos mucho lío en la escuela.

Volvió a besar a Scott, esta vez en la mejilla, y se apartó de la barra para salir a la calle seguida por sus compañeros de trabajo, entre ellos Jo Expósito, a la que él saludó sin mucho entusiasmo, como a los demás, recordando de pronto que se había acostado con ella hacía una semana y no había vuelto a verla, ni siquiera se habían llamado por teléfono, y era una lástima porque se lo habían pasado de cine, o eso creía recordar.

Por un segundo pensó en levantarse y seguirla para saludarla en condiciones, pero en realidad no le apetecía nada, estaba cansado, tenía que volver al rancho y tampoco era plan interrumpirla en su horario de trabajo. Seguro que no le apetecía nada estrechar lazos con él delante de su jefa, que encima era su cuñada.

—¿Qué le has comprado a Chuck, tío? —preguntó Scott y él acabó la taza de café de un trago.

—Nada de momento, voy a mirar la lista de tu mujer, no quiero que me crucifiquen como el año pasado.

—Solo faltan cuatro días.

—Lo compro por Amazon en cuanto llegue al rancho, no te preocupes, chavalote. Tengo que irme. Adiós, Helen, todo estaba delicioso, como siempre.

—Adiós, guapos.

—Lo que tú digas —comentó su hermano pagando los desayunos y siguiéndolo a la calle—, pero ya que te has pasado quince días en Inglaterra podías haber aprovechado de...

—No tuve tiempo para nada, hermano. Debo irme y gracias por el desayuno. Ah, y guárdame los papeles del ayuntamiento, ahora no me da tiempo a ir a recogerlos.

Le palmoteó la espada y caminó hacia su 4X4 muy de prisa, se subió y lo enfiló hacia la calle principal, pasó por una esquina frente al colegio y vio a Pam y a su grupo charlando tan animados, aunque hacía bastante frío. Los miró de reojo, pero no se detuvo ni para hacer un gesto de despedida porque en ese preciso instante le entró una llamada del veterinario, le dio al manos libres y aceleró hacia casa sin pensar en nada más.

6

—No sé qué diantres hacemos aquí, Bill, cinco minutos y nos vamos.

—¿Con la crema y nata de Polson a mi alcance?, ni lo sueñes, amiga, no pienso moverme de aquí.

—Ok, pues entonces me voy sola, a ver cómo vuelves al centro.

—Seguro que encuentro quién me lleve, y no seas tan arisca, vamos, entra y disfruta un poco.

Billy la puso delante de la puerta principal de esa casa espectacular, ubicada en las afueras de Polson, y tocó el timbre por encima de su hombro. Ella respiró hondo y esperó a que Pam Williams, la directora del colegio, su jefa, les abriera con su ceremonia de siempre, y tan perfecta como siempre, vestida de verde oscuro, con su pelo pelirrojo recogido en un moño de peluquería y unos taconazos de infarto.

—¡Hola!, bienvenidos, adelante, ¿os ha costado mucho llegar?

—No, el GPS nos trajo de maravilla —comentó Billy y la agarró de un brazo para meterla en ese recibidor blanco inmaculado donde una enorme lámpara vertical, toda de cristal, colgaba del techo como por arte de magia.

—Vaya, qué bonito, me encanta —comentó sincera, mirando la escasa pero exquisita decoración de la casa con la boca abierta, y Pam se puso una mano en el pecho.

—¿En serio?, me encanta que te encante, me ha dado mucho trabajo dejarla como está, pero pasad, pasad, están todos detrás.

—Gracias.

La siguieron por un pasillo blanco sin ningún adorno y entraron en una estancia abierta hacia el jardín, dónde se celebraba una barbacoa en honor de Charles, Chuck, el hijo pequeño de Pam y Scott Williams, por lo tanto, el sobrino de Taylor, que además era su padrino.

De un vistazo localizó a los compañeros de la escuela a los que Pam también había invitado, y a otras personas del pueblo, como su casera y el alcalde, los farmacéuticos o los dueños de la única librería decente de la ciudad. Saludó a todo el mundo y se acercó a los ventanales enormes que los separaban de un jardín grande y bien cuidado, y pudo ver a los niños jugando en el césped, acompañados por algunos adultos, entre ellos Taylor Williams, la última persona a la que quería ver, aunque sabía que si iba a esa fiesta tendría que verlo.

Se apartó un poco sin perder de vista la pinta espectacular de ese tío imposible, que parecía un modelo de alta costura recién salido de la portada del *Vogue*, vestido de negro, con sus botas de cowboy y unos vaqueros que le sentaban de cine (menudo trasero más bien puesto) y una camisa cortada a medida, y sin querer bufó incómoda, cerró los ojos y le dio la espalda.

Él jugaba allí con los niños como si jamás hubiese roto un plato, y ella solo quería asesinarlo, o no, porque todo era culpa suya, que se había metido en la cama con él sabiendo perfectamente quién era y cómo se las gastaba.

Se lo habían advertido, sin embargo, aún seguía esperando una llamada de teléfono o un saludo en condiciones después de haberse visto desnudos y haber follado como salvajes en su coche y en su casa. Así de idiota era, y de ingenua, pero no podía controlarlo, y seguía sufriendo por el silencio post sexo y por ese encuentro frío en la cafetería de Helen, donde se lo había encontrado por casualidad, y él no había tenido ni la amabilidad de apartarse un minuto de su comida para mirarla a la cara y saludarla.

Seguramente ya ni se acordaba de ella porque salía con un rosario de mujeres, eso decía todo el mundo, pero ella no podía olvidarse de él porque le había encantado estar con él y porque, lo más importante, había sido el segundo hombre de su vida, el primero después de John, y aquello significaba algo, solo para ella, claro, pero lo significaba, así que no podía evitar sentirse mal y bastante idiota.

Por otra parte, tampoco es que lo quisiera como novio, de eso nada. A los catorce años había empezado a salir con John, se había casado con él a los dieciocho y habían estado juntos ocho maravillosos años, doce en total, y no pretendía volver a atarse a nadie porque como John no habría nadie, nunca más, pero al menos un poquito de consideración después de un polvo no le parecía mal, al menos eso creía, aunque seguro que estaba equivocada porque, como decía Billy, era un poco anticuada, no tenía ninguna experiencia y vivía completamente fuera de la realidad, al menos de la realidad del siglo XXI, donde la gente se conocía, se acostaba y no se volvía a tratar en la vida.

—¡Mirad quién ha llegado!

Exclamó Pam dejando entrar en el salón a una pareja muy elegante que llegaba con una enorme bolsa transparente llena de regalos. Una pareja no, se dio cuenta al instante, un padre y una hija, de hecho, se trataba de Aaron McFraser, presidente de la Asociación de Empresarios de Montana, y uno de los hombres más ricos del estado, que caminaba sujeto al brazo de su hija Rachel, una de las reinas regionales, una belleza espectacular a la que había visto en los periódicos y en la tele local muchas veces, y que saludó a todo el mundo tirando besos antes de preguntar con una voz chillona por Taylor Williams.

—¿Ha venido Taylor?!

—Está fuera...

Le respondió Scott y ella abandonó a su padre sin mucha delicadeza para salir corriendo al jardín, saludar de reojo al niño del cumpleaños, y lanzarse de un salto a los brazos de Taylor, que la contuvo con firmeza antes de apartarla moviendo la cabeza.

Jo parpadeó muy sorprendida, miró a su alrededor y pudo comprobar que todo el mundo observaba a la guapa parejita como quién disfruta de una maravillosa escena de amor en el cine, y entendió de inmediato por qué Taylor Williams, su amante ocasional, no había vuelto a dar señales de vida...

—¿Te traigo algo de beber? —oyó a su lado y se apartó del ventanal para prestar atención—. Soy James McFraser, creo que no nos conocemos.

—No, ¿qué hay?, encantada. Jo Expósito —le ofreció la mano y ese hombre tan agradable se la

estrechó sin apartar los ojos de los suyos.

—¿De dónde eres?

—Brooklyn.

—Inconfundible el acento —volvió a sonreír—. Lo dicho, ¿qué te apetece beber?

—Pues... no lo sé, un vino blanco, gracias, pero te acompaño a buscarlo.

—Perfecto —asintió él muy educado y le hizo una venia hacia la zona del bar, ella asintió y caminó hacia allí mirando como esa chica, Rachel, seguía montando el espectáculo en el jardín, tocando y acosando a Taylor, que la ignoraba descaradamente—. Si te quedas en Montana el tiempo suficiente acabarás acostumbrándote a mi hermana.

—¿Perdona? —se volvió y frunció el ceño.

—Rachel, la rubia del vestido rojo, es mi hermana, hermana melliza para ser más exactos, y está un poco loca, pero es buena gente.

—Yo no he dicho nada.

—Ya... —sonrió pidiendo dos copas de vino blanco y Jo se fijó en lo atractivo y bien parecido que era, dio un paso atrás y se cruzó de brazos—. Trabajas en el colegio con Pam, ¿no?

—Sí, este es mi segundo curso, vine de Nueva York por una suplencia, pero afortunadamente me extendieron el contrato.

—¿O sea que te gusta Polson?

—Sí, ¿tú eres de aquí?

—Técnicamente sí, aunque vivo en Helena.

—¿Técnicamente?

—Mi padre es de Polson, mi familia tiene un rancho aquí, pero me crié en Helena, fui al instituto en Inglaterra y a la universidad en Connecticut. He pasado poco tiempo real por aquí.

—¿Connecticut?, ¿Yale?

—Sí, derecho. ¿Tú naciste en Nueva York?

—De Brooklyn de toda la vida, estudié allí y fui a la Universidad Estatal de Nueva York. He salido muy poco del estado.

—Aun así cruzaste medio país para venir a Montana.

—Necesitaba salir de casa, mi marido murió hace dos años y... —sin saber por qué se lo soltó a la primera y él dio un paso atrás.

—Vaya, lo siento muchísimo. Debía ser muy joven.

—Treinta y dos años, murió durante un servicio en Siria, era Marine.

—Un héroe entonces, todos mis respetos y lo siento de veras.

—Gracias —forzó una sonrisa y miró a su alrededor—. Supongo que conoces a todo el mundo por aquí.

—Creo que sí —entornó los ojos mirando a la gente—. Cuando éramos pequeños veníamos casi todos los festivos y mi hermana hizo el instituto aquí. Ahora que lo pienso, ¿conoces a Conrad Williams?, él es oficial del Cuerpo de Marines.

—Claro, era el superior de John, de mi marido, y me recomendó para venir a Polson.

—Vaya, no sabía nada... es uno de nuestros héroes locales después de Bradley, claro, que ya sabes que es patrimonio del estado —se echó a reír y ella sintió que alguien le rozaba el brazo antes de invadir su espacio y pegársele al cuerpo para coger un botellín de cerveza de la barra del bar.

—Hola, Jim, hola, Jo, ¿qué hacéis?

—Taylor, tío, ¿cómo va eso? —James McFraser miró al recién llegado, un Taylor Williams que olía de maravilla, le palmoteó la espalda y Jo se apartó de él casi de un salto— ¿Rachel ha dejado de acapararte?

—Deberíais ponerle un poco de tila en la Coca Cola Light, macho.

—Si en el fondo te encanta.

—No me jodas —bufó, tomó un sorbo de cerveza y le clavó a ella los ojos celestes—. ¿Tú no saludas, Jo?, ¿qué es de tu vida?

—Todo bien, gracias.

—¿El bueno de Jim intenta camelarte para que lo votes?

—No estoy en campaña, amigo —bromeó el aludido moviendo la cabeza.

—Vosotros nunca descansáis —lo agarró por el cuello—. Quiere ser gobernador de Montana, pero por los republicanos, así que nosotros no lo votamos.

—¿Ah sí? —Jo lo miró con atención y McFraser asintió poniéndose una mano en el pecho.

—Culpable.

—Yo nunca voto a tu partido, pero admiro a la gente que se compromete con la política, sobre todo con la local.

—Así se habla, una ciudadana responsable.

—Ya, ya... mira, tu padre te está llamando —le indicó al señor McFraser, que estaba haciendo gestos desde un sofá, y James asintió y miró a Jo a los ojos.

—¿Me disculpas un segundo?, vuelvo en seguida, no te vayas, por favor.

—No pienso moverme —contestó ella y luego lo siguió con los ojos, tomó un sorbo de vino y miró a Taylor, que se había quedado a su lado en completo silencio—. ¿Qué?

—Yo no lo haría.

—¿El qué?

—Liarte con James McFraser, es demasiado... raro. Un rollazo muy chungo, te lo digo en serio.

—No creo que sea asunto tuyo.

—¿Ah no? —la atravesó con los ojos claros y luego los deslizó hasta su boca, ella sintió como se le subían los colores y quiso matarlo, pero optó por darle la espalda—. No me has llamado, Jo.

—No tengo tu teléfono.

—Podías habérselo pedido a Scott, a Pam, a Conrad...

—Muy gracioso.

—Si quieres te llevo a casa y nos ponemos al día.

—No, gracias.

—¡Jo! —llamó de pronto James McFraser y ella le sonrió—. ¿Puedes venir?, mi padre quiere conocerte.

—Por supuesto.

Ni miró a Taylor, dejó la copa encima de la barra y siguió a su nuevo amigo hasta el otro extremo del salón donde su padre, un hombre encantador, quería hablar con ella para darle el pésame por John, charlar sobre Nueva York y sobre su trabajo en la escuela.

Una charla muy amena que la mantuvo a salvo del seductor influjo de Taylor Williams el resto de la velada, hasta que decidió coger el coche y volver a casa.

7

—¡Mierda!

Tocó el timbre otra vez y nada, retrocedió y miró hacia la segunda planta del edificio donde se suponía que vivía Jo con el tal Billy Wilson y vio las luces apagadas, pero no se rindió, volvió al portal y tocó la puerta principal dos veces con el puño cerrado.

—¡Virgen santa!, ¿quién eres y qué se te ha perdido en mi casa? —la señora Moore, la casera, se asomó por su ventana del bajo y lo increpó indignada.

—Buenas noches, señora Moore, soy Taylor, Taylor Williams, el hijo de Robert y Ethel, yo...

—Hola, hijo, ¿qué se te ofrece?

—Busco a Joe Expósito, la chica del primero, la profesora de...

—Sé quién es, no están, ¿no lo ves?

—¿Segura?, porque su coche está aparcado ahí mismo —se volvió hacia la calle y ella movió la cabeza.

—Están a dos manzanas, en el Bar de Paul, hoy es noche de Line dance...

—¿Line Dance?

—Baile country en línea, ¿no eres de Montana?

—Sé lo que es el Line Dance, lo que no sabía es que ella... da igual. Buenas noches, señora Moore.

—Saluda a tus padres de mi parte.

—Claro, gracias.

Se despidió con la mano, miró la hora y decidió que no le importaba pasar un rato por el Bar de Paul, tomar una cerveza y buscar a Jo, a la que no veía desde la fiesta de cumpleaños de Chuck, donde se la había encontrado guapísima y encantadora como siempre, aunque con la coraza puesta, algo un poco desconcertante, aunque no se había molestado en averiguar por qué.

—¡Jesucristo!

Nada más abrir la puerta del bar el sonido de la música en directo lo recibió como un abrazo, a la par que el calor de la gente y el aroma a perfume lo invadía todo. Saludó a algunos conocidos con una venia y comprobó que el centro del local estaba despejado de mesas y sillas, solo se veía gente organizada en línea, bailando a buen ritmo y pasándose en grande, caminó hacia la barra y buscó un sitio para sentarse.

—Hola, guapo, ¿qué haces aquí un miércoles de Line Dance? —le preguntó Britney, la mujer de Paul, y él se encogió de hombros.

—Casualidad, estoy buscando a Jo Expósito, la profe de...

—La reina del baile —bromeó ella indicándole la pista con la cabeza—. Todos le babea detrás, si no le has echado aún el guante, échaselo ya o se te van a adelantar.

—¿Qué?

Se giró hacia donde le indicaba y efectivamente vio a Jo vestida con unos pantalones negros ceñidos y una camiseta rosa bailando concentrada mientras a su lado una panda de al menos cuatro tíos no le quitaban los ojos de encima, y no los culpaba, porque estaba buenísima.

—¿Qué te pongo, Taylor?

—Una cerveza y un chupito. Ahora vuelvo.

Se levantó y se fue directo hacia ella, apartó a un par de pegajosos y se le puso al lado sin moverse, hasta que en el primer giro ella se volvió y se lo encontró de bruces.

—¡Madre qué susto!, no te había visto, ¿vienes a bailar?

—No, yo no bailo, quiero hablar contigo.

—Vale, pero muévete un poco o vete, estás estorbando.

—No voy a bailar, pero... —se le acercó y le habló al oído—. Estoy en la barra, cuando acabes vente, tengo que comentar algo importante contigo.

Miró desde su altura a los pretendientes, frunció el ceño y luego regresó a la barra para tomar su cerveza y hablar con la gente de su alrededor sin perder de vista las evoluciones en la pista de baile de esa morenaza de revista, que estaba más buena que Jessica Alba y Eva Mendes juntas.

Desde lejos observó a gusto su cuerpaceo, su cara preciosa, su melena larga, su sonrisa y de repente se dio cuenta de que Jo Expósito, la que hasta hace bien poco era la “intocable” protegida de Conrad, había superado con nota la barrera y ya ocupaba los primeros puestos entre sus chicas favoritas...

—Hola, un agua con gas, por favor —se le pegó al lado pidiendo su consumición y luego lo miró alzando las cejas. Taylor se perdió un segundo en esos ojazos negros enormes que tenía y tardó unos segundos en contestar— ¿Pasa algo?

—Conrad me llamó porque dice que no te podían localizar y al parecer tienes que enviar antes del viernes la respuesta a un acuerdo por la indemnización de... ya sabes. Estaba preocupado, porque tampoco respondías a los emails y me pidió que te buscara y te lo dijera.

—Se me cayó el móvil a un charco de agua durante el recreo, y hasta mañana no me traen uno nuevo. Miraré los emails en el ordenador en cuanto vuelva a casa, no he tenido tiempo de ver nada y... vale, muchas gracias y siento que tuvieras que localizarme.

—Siempre es un placer verte —ella lo miró moviendo la cabeza, con una media sonrisa, y él sacó el móvil y se lo extendió—. Llama a mi primo y habla con él.

—Si no te importa. Muchas gracias.

Salió fuera del bar con el teléfono pegado a la oreja y él no pudo despegar los ojos ese sexy trasero respingón hasta que alguien le palmoteó la espalda y lo hizo saltar.

—Mira lo que ha traído la marea, ¿ahora te gusta el Line Dance, tío?

—¿Jim? —encontrarse con James McFraser ahí lo descolocó lo suficiente como para dejar la cerveza en la barra y ponerse de pie entornando los ojos—. ¿Qué haces tú en Polson a mitad de semana?

—He venido a buscar a Jo, nos vamos a cenar y como se ha quedado sin móvil, pues...

—¿A cenar con Jo?, ¿y eso?, ¿ahora te gusta salir de pesca fuera de Helena, chaval?

—Eso suena machista y es políticamente muy incorrecto, pero te lo voy a perdonar, hermano —volvió a palmotearle el hombro y Taylor sintió como se le revolvían las tripas, pero no se movió—. He llamado a Conrad y me ha dado su bendición para invitarla a salir, así que tranquilo, soy de fiar, me portaré como un caballero con tu protegida, no te preocupes.

—¿Mi protegida?

—Tu primo ya me explicó que la dejó bajo tu amparo y que habéis estado muy pendientes de su bienestar en Polson, y te lo agradezco, pero yo ya estoy aquí. Afortunadamente, nos hemos conocido y desde ahora seré yo el que se ocupe de su integración total en Montana.

—¿Y eso no suena machista y políticamente incorrecto?

—¿Estás celoso?

—Ya está, muchas gracias, Taylor.

Jo volvió con el teléfono y se lo puso en la mano, porque él no podía dejar de acribillar con los ojos a Jim McFraser, que era un tío más o menos decente hasta que se encaprichaba con algo y entonces volvía ser el que siempre había sido: un arrogante hijo de puta egoísta y manipulador, igual que su hermana Rachel.

—¿Taylor?

—De nada, ¿todo solucionado?

—Sí, gracias. ¿Va todo bien?

—Sí, Jo, si quieres podemos irnos ya al restaurante o vamos a perder la reserva.

—Estupendo, voy a buscar a Bill y a Jason, dame un segundo.

—¿Bill y Jason?, ¿no era una cita? —susurró Taylor con una sonrisa maliciosa, y Jim relajó los hombros moviendo la cabeza.

—Poco a poco, chaval, no te preocupes por mí, ya sabes que sé cómo tratar a una dama.

—¿Ah sí?

—Sí, no como tú, que mi hermana sigue esperando que la llames después de la última vez.

—¿Última vez?, ¿qué última vez?. Hace siglos que no estoy con tu hermana.

—No cambiarás nunca, tío, pero eso no es asunto mío, ahora tengo cosas mucho más agradables de las que ocuparme. Ya nos veremos —volvió a sonreír—. Si Jo se despide de ti dile, por favor, que los espero fuera. Gracias.

Salió del bar con su aire de político siempre en campaña y Taylor se fijó en que, aún

estando en Polson, llevaba escolta, un guardaespaldas enorme que no entendía de qué lo podía proteger allí, pero que no se despegaba de sus talones mirando al resto del mundo con cara de mala leche.

Buscó a Jo con los ojos, caminó de dos zancadas hasta ella, la agarró de un brazo y se la llevó a un rincón apartado para pegarla a la pared y hablarle mirándola desde muy cerca.

—A ver si nos vemos antes de que tus nuevas amistades te lo prohíban —miró elocuentemente hacia la calle.

—¿Qué nuevas amistades?

—Tu nuevo amigo Jim, te aseguro que muy pronto te recomendará que no me dirijas la palabra. Es así de capullo.

—¿Qué?

Preguntó ella confusa, pero él no respondió, se inclinó y le pegó un beso en la boca, uno casto, pero con la duración adecuada para dejar claro que estaba loquito por volver a verla.

Suspiró sobre sus labios, se giró y se largó de allí antes de que se nublaran las ideas y acabara dando una buena tunda al capullo de Jim McFraser.

8

—El gallito del corral, eso es lo que es. A veces la gente de aquí te sorprende porque viven como en otra época, pero los tíos... lo de los tíos no sé ni como calificarlo.

—El caso que te pasas año y medio en el ostracismo, encerrada en casa, al fin decides salir a la calle y acabas ligándote al macho alfa del pueblo, es muy fuerte, amiga, no puedes negarlo.

—¿Ligando?, de eso nada, solo fue un polvo rápido, bueno, no tan rápido, pero fugaz, ya me entiendes.

Lucy se echó a reír a carcajadas desde Nueva Jersey y ella miró su clase con una sonrisa. Todo estaba ordenadito y recogido, como le gustaba dejarla antes de irse a casa, y se puso de pie mirando la hora.

—Debería irme, tengo reunión de profesores dentro de diez minutos.

—Pero ¿qué piensas hacer con el tal James?

—No sé, no me pone demasiado, pero a lo mejor le doy una oportunidad, nunca se sabe.

—Lo he buscado en Internet y parece atractivo, inteligente, culto, tiene pasta y...

—Puede ser el príncipe azul, pero no me dice nada, ya veremos, tampoco es que esté desesperada por encontrar pareja, solo empiezo a abrir poco a poco las puertas al mundo.

—John querría, después de dos años, que te enamoras y compartieras tu vida con alguien, cuñada. Tienes veintiocho años, estás en la flor de la vida, ya es hora de que encuentres un buen maromo que te haga feliz.

—No lo estoy buscando, pero si aparece le daré una oportunidad, no te preocupes. Te dejo, me voy a... y por favor —se detuvo para cerrar la puerta del aula y respiró hondo—, no le cuentes nada de esto a tu madre, menos a la mía, que no quiero intromisiones ajenas, en serio.

—Por supuesto que no.

—Gracias.

—Oye, ¿Taylor se parece más a Bradley o al coronel Williams?

—Los tres tienen un aire familiar, es evidente, se parecen bastante y son muy guapos, pero no... no sé, Taylor es como más salvaje, con un aire mucho más canalla.

—Madre mía, échale el lazo a ese cowboy y no lo dejes escapar, nunca mejor dicho.

Volvió a soltar una carcajada y Jo le colgó moviendo la cabeza. Lucy, la hermana pequeña de John, era su amiga desde el jardín de infancia, se adoraban, y muchas veces pensaba que sin ella, sin su apoyo constante, su compañía, su sentido el humor y su fortaleza, hubiese sido mucho más duro asimilar la muerte de John, sin ella todo habría sido peor, aunque a veces también agradecía tenerlos a cierta distancia porque, sobre todo sus suegros, la habían acabado asfixiando

tras el entierro de su hijo.

La pérdida había sido catastrófica para todo el mundo, pero sus padres, sobre todo su madre, no se recuperaría jamás, y en su línea habitual había intentado controlar su vida, sus decisiones, sus finanzas y todo su universo sin que nadie se lo pidiera. Había sido agotador, horroroso.

Ya en vida John solía mantener una distancia prudencial con su familia, siempre ponía límites porque eran muy absorbentes, y le había dicho a ella muchas veces que en el caso de que él desapareciera, se alejara de su madre. Él lo tenía clarísimo, ella también, y lamentablemente tras su muerte en Siria había tenido que levantar un muro, cabrearse y empezar a poner cortafuegos o, en caso contrario, Anabella Expósito, su amante suegra, la habría terminado ahogado, anulando hasta convertirla en un ente indefenso y dependiente.

Gracias a Dios había contado con el apoyo y el empuje de Lucy y de personas como el coronel Williams para salir adelante. Gracias a Dios Lucy se había puesto de su parte y gracias a Conrad había conseguido esa segunda oportunidad en Polson, bien lejos de su familia política, a salvo de sus manipulaciones, y donde había encontrado libertad y alegría, incluso ilusiones.

Desde un principio se sintió bien en Montana, en medio de personas que no la conocían ni sabían nada de ella o sus circunstancias, desde el minuto uno ese anonimato le regaló mucha paz, pero desde que había empezado a salir, a relacionarse, su mundo había cambiado incluso para mejor. No paraba de recibir invitaciones para hacer mil planes, era un no parar y se sentía halagada, también por parte de Jim McFraser, su nuevo amigo, que no dejaba de llamarla y que se mostraba atento y muy educado en todo momento. Era un diez, no obstante, para qué negarlo, el que de verdad le ponía las hormonas del revés era Taylor Williams, ese cowboy de revista que te podía disolver los huesos con una sola de sus sonrisas.

—Mi cuñado Taylor ha accedido y vendrá a dar la charla, no os preocupéis, es incapaz de negar algo a su familia —estaba comentando Pam Williams al resto de profesores y Jo le sonrió y se sentó en su sitio—. A los niños les encantará hablar con un campeón de verdad, uno que ha ganado más de treinta rodeos a lo largo de su carrera. Encima dice que se retira este año, así que habrá que aprovecharlo.

—Desde luego es un héroe local, Pam, es una suerte que se preste para dar una charla a los alumnos.

—Si algún día puedes traer al primo Bradley Williams entonces sí que será la bomba —comentó Pete, el profe de educación física, y Pam lo acribilló con la mirada, lo ignoró y siguió a lo suyo.

—Bueno, mi familia aparte. ¿Qué sabemos de los comités de la kermés de primavera? No quiero tener que lidiar con la Asociación de Madres, no tengo tiempo para eso.

Las profesoras más veteranas empezaron a explicar las tareas y obligaciones de cada comité de madres y alumnos, y Jo miró por la ventana un poco aburrída, comprobando que el mes de marzo estaba empezando frío, pero bastante agradable ya sin nieve ni mucha lluvia. Su primer invierno en Montaña le había parecido eterno, pero este se estaba acabando muy pronto y empezó a divagar sobre la posibilidad de salir a montar a caballo o llevar a los niños a una excursión educativa por el campo. Todos allí estaban en contacto con la naturaleza, por supuesto no era

Brooklyn, pero una actividad fuera del colegio podría ser divertida, incluso podrían ir a Helena para visitar algún museo, al Museo de Historia o al Holter Museum of Art, para ver un poco de arte...

—Jo, ¿qué nos puedes contar del concurso de pintura?

—Que está siendo un éxito —se sentó mejor en la silla y abrió su carpeta—, la participación está siendo estupenda e incluir una categoría para los padres ha sido un acierto, ya tenemos una docena que han mandado sus obras.

—Y nosotros pensando que eso solo podía funcionar en Nueva York, ya veis que no y que nuestra señorita Expósito tenía razón. Cuanto me alegro, los expondremos y daremos los premios en la Kermés. ¿Qué más?...

El cónclave se alargó una media hora más y antes de abandonar la sala de reuniones se acercó a Pam para comentarle sus ideas sobre visitar Helena, ella le hizo un gesto para que la acompañara al coche, y la escuchó sin abrir la boca hasta que llegaron al parking.

—Genial, me parece bien, podrías involucrar a tu amigo Jim McFraser en el proyecto.

—¿Jim McFraser?, ¿por qué?

—Porque ellos siempre buscan hacer algo por la comunidad, sobre todo en Polson. Todo vale para su camino hacia la casa del gobernador, seguro que si le propones tú la idea nos ponen el transporte, pagan la comida y cierran el museo para que lo visitéis con toda la calma del mundo.

—Bueno, no creo que sea necesario, podemos alquilar un autobús, llevar la comida de casa y pagar las entradas con un descuento, por grupos escolares siempre son más baratas.

—Esto no es Brooklyn, Jo, es Montana, aprovecha el modo en que se hacen aquí las cosas.

—¿A qué te refieres?

—Jim está en campaña, siempre lo está, es multimillonario y le encantará ayudar a la escuela elemental de su pueblo. Le encantará hacerse una foto con los niños y su guapa maestra en el museo, ¿por qué no aprovecharlo y facilitar las cosas?

—Porque no estoy dispuesta a utilizar a mis alumnos para favorecer la imagen de un político. Es bastante inapropiado, así que lo haré a mi manera, si tú me autorizas a que lo hable con los padres.

—Tienes mi bendición, haz lo que quieras.

—Gracias... hasta mañana.

—Jo —la detuvo abriendo la puerta del coche y ella la miró— ¿Estás saliendo con Jim?, parecía embobado contigo en el cumple de Chuck y me han contado que vino una noche a Polson para llevarte a cenar.

—Vino por otro tema de su familia y se fue a cenar con Jason, con Bill y conmigo. No estoy saliendo con él.

—No te ofendas ¿eh?, lo pregunto como amiga y como amiga te digo que sería el pelotazo del año. Es un tío con mucho éxito, un futuro espléndido y la mayor fortuna de Montana. Miles matarían por estar en tu lugar.

—No sé qué lugar es ese porque no tengo ningún interés romántico por él.

—No te hagas la loca, está claro que le gustas, se lo ha dicho hasta a su padre.

—Vaya, pues yo no estoy en esa sintonía.

—¿Estás en la de mi cuñado?

—¿Perdona?

—Sé cómo se las gasta Taylor, Jo, todos lo sabemos, es la pesadilla de su madre, porque las mujeres lo persiguen y él se deja querer, pero no es un buen partido, te lo digo en serio. Todos lo adoramos porque con su familia es maravilloso, pero como tío es para salir huyendo y, además, tarde o temprano se acabará casando con Rachel McFraser, que es su novia de toda la vida.

—No sé de qué me hablas.

—Repito: Hablo como amiga, no como jefa, y mi deber es advertirte sobre mi querido cuñadito, que es demasiado guapo para ser un santo, decía su abuela, y demasiado escurridizo para hacer feliz a nadie. Encima, ya está pillado. Rachel va y viene, se ha casado dos veces con otros tíos, pero acabará echándole el lazo y es mejor que lo tengas en cuenta.

—Muchas gracias, Pam, pero, te lo digo en serio, no sé de qué me hablas, tu cuñado y yo apenas nos conocemos, yo no tengo nada que ver con él y... y tampoco me siento muy cómoda hablando de estas cosas en el trabajo.

—Sé lo que hace cuando mira a alguien como te mira a ti, y todos dicen que te besó en el Bar de Paul, que incluso se cabreó bastante porque Jim quiso marcar su territorio y...

—¿Marcar su territorio? —se pasó la mano por la cara entre cabreada y un poco avergonzada, y bufó mirando al cielo— ¿De qué diantres me está hablando?

—Jim le dijo que iba a por ti y él casi le parte las piernas. Tú sigue tu buena estrella, dale una oportunidad a James McFraser y aléjate de Taylor, solo digo eso, hazme caso. Tengo que irme.

Como si nada se giró y se metió en su cochazo, le dijo adiós con la mano y enfiló hacia la carretera dejándola completamente fuera de juego.

Ella pensó que esas eran las consecuencias por salir a la calle, por empezar a relacionarse con la gente y por dejar que la conocieran mejor, y se maldijo por haber cometido el error de dejarse ver sin restricciones en un pueblo tan pequeño, algo que esperaba subsanar de inmediato porque no pensaba tolerar que hablaran de sus espaldas, cotillearan sobre ella, comentaran sobre a quién veía o dejaba de ver, o si se mostraba demasiado cercana a Taylor Williams, al que le precedía una fama que daba repelús.

—Hola, Jo... —oír su voz en medio de sus cavilaciones casi le provoca un infarto, saltó y miró hacia la carretera donde él, en su 4X4, había abierto la ventana para saludarla— ¿Qué pasa?, ni que hubieras visto un fantasma.

—¿Por qué todo el mundo por aquí habla fatal de ti y se empeña en advertirme que no eres un buen elemento?

—¿Perdona?

—Lo siento, es que Pam, en fin, yo... debo irme.

—¿Te llevo a casa?

—No, gracias, está ahí mismo.

—Lo sé, pero así hablamos. ¿Me quieres decir qué te pasa?

—No me pasa nada.

—Vale, adiós.

Subió la ventanilla y desapareció por la carretera, ella pasó a la tienda a comprar pan y algunas cosas que le faltaban, y luego caminó hasta su edificio sin poder quitárselo de la cabeza, llegó a su calle y lo vio en la acera, apoyado en el capó de su coche esperándola.

—¿Qué haces aquí?

—¿Por qué dices que todo el mundo te habla fatal de mí?, ¿te he hecho algo?, ¿me he portado mal contigo?

—No, en realidad te has portado siempre muy bien conmigo, pero cuando se lo digo la gente lo pone en duda y me advierten que eres un rompecorazones de manual, un tipo peligroso del que parece que debería salir huyendo.

—¿Tú piensas eso de mí? —le clavó los ojos celestes y ella se encogió de hombros.

—Apenas te conozco.

—Desde hace casi dos años.

—Pero te he tratado muy poco.

—Solo puedo decir que la fama de rompecorazones me acompaña porque ya se lo llamaban a mi padre y a mis tíos, a mis hermanos y a mis primos. Que esté soltero a los treinta y seis me convierte en un mal elemento, que no me case con una buena chica de Montana asusta al personal, pero no me voy a molestar en defenderme. La gente miente, se inventa historias y especula porque aquí hay muy poco que hacer. Me voy.

—Oye, lo siento, es que... —lo vio hacer amago de subirse al 4X4 y se le acercó despacio—. Desde que estoy saliendo más, desde que hago más vida social, al parecer, yo... Pam acaba de decirme que debería alejarme de ti y fijarme en James McFraser. Tu propia cuñada... mi jefa... se ha atrevido a meterse en mi vida personal. Me has pillado cabreada, lo siento mucho. Brooklyn es como un pueblo y odio los cotilleos y los comentarios que se cuecen a mis espaldas, no tiene nada que ver contigo, lo siento de veras.

—No le caigo bien a Pam, ella a mí tampoco, y no deberías permitirle que se meta en tu vida personal, y no lo digo por mí, lo digo en general.

—Hablaré con ella mañana.

—Vale.

—¿Quieres tomar una cerveza?, pensaba pedir comida china para cenar, Bill está en casa de Jason y... —se detuvo al notar que se sonrojaba y le dio la espalda muerta de vergüenza—. Bueno, otro día.

—No, no, está bien, tampoco tenía planes para cenar.

—¿En serio?, pues... pasa.

Subió hasta su piso siendo consciente de que su casera la estaba vigilando por la mirilla, pero la ignoró descaradamente e hizo pasar a Taylor con una gran sonrisa. Él entró en la casa, luciendo su pinta espectacular de siempre, y silbó mirando el saloncito.

—Vaya, lo tenéis muy bonito.

—Hemos pintado y comprado algunas cosas, es pequeñito, pero estamos muy a gusto. Voy a llamar al restaurante chino.

—Ok, pero antes necesito hacer una cosa.

—Claro, ¿qué necesitas?

—Besarte.

Dio una zancada y la agarró por la nuca, le atrapó la boca y le pegó un beso glorioso de los suyos. Jo no opuso resistencia, al contrario, lo agarró por la camisa y devolvió el beso con el mismo ímpetu, se lo llevó a su dormitorio y lo tiró encima de la cama cerrando la puerta con seguro.

9

La abrazó muy fuerte, olió el aroma a fresas de su pelo y se despertó, se apartó de ella y decidió pedir el desayuno porque se moría de hambre, y porque quería sorprenderla con una bandeja en la cama.

Entró al cuarto de baño y se dio una ducha rápida para despejarse, se lavó los dientes y salió nuevamente a la suite donde ella dormía muy relajada, preciosa, caliente y suave entre las sábanas de seda de ese hotel que se encontraba a una hora de Polson.

Era el tercer fin de semana que pasaban juntos después de que lo invitara a cenar comida china en su casa, y lo estaban pasando de maravilla. Durante la semana no se veían apenas, porque los dos trabajaban mucho y porque Jo no quería, además, que se corriera la voz de que salían juntos, pero los fines de semana se desquitaban a gusto y estaba como en una nube, porque ella era sexy, intensa y divertida, y lo ponía a cien en la cama.

Llamó al servicio de habitaciones y se sentó a esperarlo junto a la ventana, revisando de paso el correo y los mensajes de móvil, pero todo sin perderla de vista, porque no se cansaba de mirar y tocar esa piel de caramelo que tenía, esas curvas tan femeninas y ese pelo largo que caía como una cascada sobre su espalda.

Se estaba volviendo bastante cursi, pensó con una sonrisa, pero le daba igual, esa mujer lo volvía loco y no pensaba ocultarlo.

—Madre mía, ¿eso es café?

Ella se sentó, completamente despeinada, se tapó con las sábanas y aplaudió al ver que le traía el desayuno a la cama. Se estiró, le dio un beso en los labios y se concentró en las delicias que llenaban la bandeja.

—Eres un cielo, Taylor, en serio, muchas gracias, hacía siglos que... —se calló, subió los ojos negros y le sonrió—. Mil gracias, me moría de hambre.

—¿John te llevaba el desayuno a la cama?. Podemos hablar de él, no me importa, al contrario.

—Bueno, sí, John me llevaba el desayuno a la cama cuando estaba en casa, algo que, lamentablemente, no era tan habitual como nos hubiese gustado. ¿El café solo o con leche?

—Con leche, gracias.

—¿Qué tal has dormido?

—De maravilla, ¿tú?

—También de maravilla.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —ella asintió— ¿Por qué te casaste tan joven?

—Por huir de casa... —se echó a reír—. Bueno, más o menos, llevábamos juntos desde que yo tenía catorce años, me tocaba ir a la universidad, él ya había pasado cuatro años en los Marines y decidimos que era el mejor momento para vivir juntos, algo que solo podíamos hacer si nos casábamos, porque nuestras familias no hubiesen consentido otra cosa.

—¿O sea que a tu familia le pareció bien?

—Claro, yo tenía dieciocho años, era mayor de edad, empezaba la carrera y adoraban a John, al que conocían desde que era un niño. Éramos vecinos en Brooklyn, ¿sabes?, ambas familias se conocen desde siempre y mis padres adoraban a John, bueno, en realidad todo el mundo adoraba a John.

—Siempre se van los mejores, eso dice mi madre.

—Lamentablemente es así, pero, bueno, al menos murió haciendo lo que le apasionaba, rodeado por sus camaradas y sirviendo su país. Sé que murió tranquilo.

—Vale —percibió que se le humedecían los ojos, así que se acercó, le besó la cabeza y cambió de tema—. Mi amigo Wes, que tiene una yeguada estupenda aquí al lado, nos puede dejar unos caballos para salir a pasear, ¿te apetece?

—¿A ti te apetece salir de la habitación?

—La verdad es que no.

—Genial... —le sonrió otra vez y él sintió como se disolvía por dentro— ¿Conoces Brooklyn?

—Sí, pero poco, conozco Manhattan y Long Island, el tío Mark, el padre de Bradley, vive en Hempstead, y el tío Parker, el padre de Conrad, en Amagansett. Íbamos mucho de pequeños.

—Sí, sabía que el coronel era neoyorkino, uno pijo, pero del Estado de Nueva York —se echó a reír—. Mi familia, la propia y la política, son de Brooklyn de siempre, el padre de John y mi madre son originarios de Puerto Rico, se conocen de toda la vida, y mi padre es italoamericano, mis abuelos paternos llegaron procedentes de Génova después de la Segunda Guerra mundial.

—¿En serio?

—Sí, mi apellido de soltera es Galignani, pero al empezar a trabajar a los alumnos y a los padres les resultaba más sencillo Expósito, así que al final se fue perdiendo y pasé a ser la señorita Expósito, aunque en mi carné de conducir sigo siendo Josephine Sofía Galignani.

—Un nombre precioso.

—Gracias... ¿Y tú? ¿nunca has pensado en casarte?

—Quiero casarme y tener una familia, hijos, como todo el mundo, pero aún no ha llegado el momento.

—¿Nunca te has enamorado?

—Nunca, porque, aunque parezca lo contrario, nunca se me han dado bien las relaciones personales con las mujeres, de hecho, tú eres la primera chica con la que puedo hablar, tener sexo y pasármelo bien sin sentirme presionado.

—Pam dice que Rachel McFraser y tú...

—¡Joder! —soltó moviendo la cabeza—. Te lo voy a explicar solo una vez, porque eres tú, pero en realidad no me gusta nada hablar de este tema.

—Bueno, si no quieres, no tienes por qué...

—Rachel lleva obsesionada conmigo desde que tiene siete años —interrumpió—, al principio solo se conformaba con perseguirme, torturarme y hacerme la vida imposible los veranos, luego creció y fue a peor. Quiso hacer la secundaria en Polson y me presionó tanto que empezamos a salir juntos, fuimos al baile de graduación juntos, pero después de eso rompí con ella, me fui a la universidad de Montana y ella apareció allí, en Missoula, para vigilarme y no dejarme respirar. Esa es la historia hasta el día de hoy, nunca le pedí casarse conmigo, porque jamás he estado enamorado de ella, de hecho, ya ha estado casada dos veces con dos tíos ricos de Tejas y... en fin, nunca la he engañado, ni le he prometido nada, pero ella no se rinde porque es la persona más caprichosa y obsesiva que conozco.

—A lo mejor es amor.

—Eso no es amor, créeme.

—Parece de película.

—A veces ha sido peor que una película, si no me he largado de Montana es porque adoro mi trabajo, a mis caballos y mi rancho, pero a veces he estado a un tris de dejarlo todo para conseguir vivir en paz, lejos de los McFraser, porque no solo se trata de ella, también se trata de su padre, su madre y su hermano, tu amiguito Jim, que me han presionado hasta lo indecible para que me ocupe de Rachel y me case con ella.

—No es mi amiguito.

—Él cree que sí... incluso me aconsejó que me alejara de ti porque ya estaba él para integrarte en Montana, lo que me suena a intenciones amorosas en toda regla.

—Bueno, pero, ¿qué les pasa?, ¿están locos?

—Eso pasa cuando te crías creyéndote el rey de mundo, sin restricciones, ni límites, ni una familia en condiciones, los dos son así, Rachel y Jim, todo el mundo por aquí lo sabe.

—Él no da esa impresión.

—Bueno, tampoco quiero predisponerte en su contra, es solo un comentario.

—No, está bien, solo estamos hablando.

Se le acercó y lo besó, separó los labios y lo besó despacito, acariciándole el torso desnudo con su pelo largo. Él cerró los ojos y la sujetó por el trasero para ponérsela encima, apartó la bandeja, la levantó a pulso y la penetró soltando un quejido profundo.

—Estoy en el cielo contigo, señorita Galignani...

—Lo mismo digo —sonrió sobre su boca y detuvo el ondular de sus caderas para peinarlo con los dedos y mirarlo a los ojos—, pero no se lo cuentes a nadie.

—A veces me gustaría contárselo a todo el mundo.

—No hace falta.

Sin dejar de mirarlo volvió a ponerse en marcha, marcando un ritmo enloquecido que él no quiso interrumpir, aunque lo estaba matando. Le acarició las caderas y dejó que siguiera a lo suyo cada vez más húmeda y caliente, más y más caliente, hasta que se abrazó a su cuello, llegó a un orgasmo descomunal jadeando y temblando entera, y fue entonces cuando él la tiró sobre el edredón y la penetró de frente, a su manera, para besarla y morderle la boca, y acabó llevándola hasta a un loco y perfecto clímax compartido.

—¡Maldita sea!

Una hora después salió de la bañera enfadado y se fue al dormitorio a buscar el móvil que no paraba de vibrar sobre la mesilla

—Solo será un momento, no te muevas, voy a responder porque llevan una hora llamando y puede ser algo importante.

—Tranquilo, no te preocupes.

Le guiño un ojo y corrió a coger el teléfono, y al ver que se trataba de su padre le dio un vuelco el corazón, respiró hondo y contestó acercándose a la ventana.

—¿Qué pasa, papá?, ¿estáis bien?

—Nosotros bien, pero llevo llamándote una hora, ¿dónde estás?

—Fuera de Polson, cerca del lago, ¿qué pasa?

—Pasa que se ha presentado una señorita británica aquí, una tal Beatrice Longbottom, y dice que no se mueve hasta que aparezcas. Tu madre no está, pero acabará volviendo a casa y no quiero que se encuentre con este panorama. Te hemos dicho mil veces que aquí no, Taylor, aquí...

—Lo sé, por supuesto yo no la he invitado —sintió un agujero en el estómago y se pasó la mano por la cara queriendo matar a alguien—. No sé que coño hace ahí, pero intentaré arreglarlo.

—No, hijo, no lo intentes, estés donde estés coge el coche y vente para acá ahora mismo, no pienso tolerar ni un segundo más los malos modos y el mal humor de esta mujer.

—¿Te ha faltado al respeto?, ¿te ha dicho algo? —la rabia le subió de forma concreta por el pecho y se volvió para mirar a Jo, que salía en ese momento del cuarto de baño envuelta en un albornoz.

—Obviamente no, pero muy simpática no es y se ha presentado con dos personas más.

—Vale, ok, pásamela, por favor —escuchó unas voces apagadas y luego el acento pijo de Beatrice Longbottom saludándolo con su dulzura habitual.

—¡Taylor ¿dónde estás?!

—¿Cómo te atreves a presentarte en casa de mis padres?

—Llevas casi dos meses sin cogerme el puto teléfono, tenía que venir a ver qué coño te pasa, no puedes dejarme sin una explicación, no puedes. ¿Dónde estás?

—Vas a coger a tus acompañantes, te vas a disculpar con mi padre por las molestias y te vas a ir al pueblo, a Polson, para encontrarte conmigo en mi piso, ¿me oyes? Quiero que te vayas inmediatamente del rancho o llamaré a la policía.

—¡Taylor!

—Ahora te mando las señas, tardo una hora en llegar, pero me esperas ahí, en la calle, y en ningún otro lugar, ¿entendido? Lárgate en seguida de casa de mis padres o atente a las consecuencias.

—No puedes hablarme así.

Le colgó indignado, tiró el móvil encima de la cama, levantó la cabeza y miró a Jo a los ojos. Ella, que lo observaba con cara de pregunta, pero muy tranquila, no dijo nada, solo se cruzó de brazos y esperó a que hablara.

—Tengo un problema, nada que no pueda resolver en diez minutos, pero tengo que volver a Polson en seguida. Lo siento muchísimo.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—Esperarme.

—Claro, pero mejor en Polson ¿no?, podemos acabar el domingo en mi casa si te parece bien.

—Me parece perfecto.

Estiró la mano y la abrazó contra su pecho, sintiéndose reconfortado de inmediato, luego se separó de ella, se vistió, le dio un beso y salió corriendo a buscar su coche. Afortunadamente, habían ido en coches separados, así que voló a Polson solo, furioso, dispuesto a poner a Beatrice Longbottom en su sitio de una maldita vez.

10

Lady Beatrice Longbottom salió en la prensa local y fue la comidilla de Polson durante días después de ser detenida por agresión contra Taylor Williams, destrucción de una propiedad privada, escándalo público y resistencia a la autoridad.

La gente, dos semanas después del escándalo, seguía comentándolo en todas partes, aunque Jo, que conocía el incidente de primera mano, no había abierto la boca al respecto, ni pretendía hacerlo, porque lo primero era preservar la intimidad de Taylor y quitarle un poco de presión porque el pobre, desde ese fatídico domingo, el último del mes de marzo, no podía salir a la calle sin que le preguntaran por su amiguita inglesa.

—Soy un buen tío, Jo, jamás he hecho daño a nadie, ni me van estos líos... estoy harto de que chorradas de este tipo me definan como persona y alimenten una fama que ni busco ni necesito.

Le dijo ese mismo domingo por la tarde, cuando apareció en su casa después de que su amiga Beatrice lo atacara en su piso, rompiera todo lo que encontró a su alcance y fuera detenida por cuatro agentes porque se resistió con uñas y dientes a que le pusieran las esposas.

Muy angustiado, sobre todo por sus padres, le explicó su relación con esa chica, hija de unas de las familias más ricas del Reino Unido, a la que había conocido en Australia hacía casi dos años y la que había visto unas seis veces hasta que ella había empezado a perder el norte y él había roto con ella en Londres a finales de enero.

—Empezó a inmiscuirse en mi vida, a intentar controlarme, a hablar de hijos, de boda y...

—Si el patrón se repite, como con Rachel, tal vez deberías plantearte si estás haciendo algo mal
—le dijo tranquila, cogiéndole la mano y él la miró frunciendo el ceño.

—No es mi culpa si ser atento con alguien o prestar atención a alguien, ese alguien lo confunda con amor o compromiso. Yo nunca engaño a nadie y siempre establezco unos parámetros muy claros...

—Mi madre dice que el corazón tiene razones que la razón no entiende. A veces no es suficiente con ser claro u honesto si la otra persona ya solo mira por sus sentimientos.

—No son sentimientos sinceros, no pueden serlo si no respetan lo que yo siento... o lo que no siento.

—Bueno, ahora no vale la pena fustigarse, mañana será otro día.

—¿Puedo quedarme contigo o ya no quieres volver a verme, Jo?

—Por supuesto que puedes quedarte, somos amigos ¿no?

Y así zanjaron el famoso incidente del que habían vuelto a hablar poco porque, afortunadamente, Beatrice Longbottom había sido rescatada al día siguiente de la comisaría por el cónsul británico en Montana y no habían vuelto a saber nada de ella, al menos de momento, porque Taylor no se fiaba de sus lacrimógenas promesas de enmienda y esperaba a que en cualquier

momento volviera a dar señales de vida.

Escándalos aparte, ellos seguían viéndose con regularidad. Estaba encantada con él porque era cierto, era muy atento, cariñoso, dulce y muy detallista. Solo eran amigos con derecho a roce y nadie salvo Bill conocía su relación, pero él se volcaba mucho con ella y la hacía feliz de mil formas diferentes.

Estaba loca por él, no iba a negarlo, a veces incluso pensaba que se estaba enamorando a pasos agigantados de Taylor Williams, pero eso le daba igual, solo quería vivir el momento, disfrutar del mejor sexo de su vida y pasarlo bien juntos, lo demás le era indiferente.

Ella ya había estado casada, no quería hijos, tenía una vida y un trabajo bien organizado, estaba exactamente donde quería estar y no pensaba complicarse la vida con historias raras, mucho menos con historias sentimentales raras que en ese momento de su vida le sobraban incluso más que al mismísimo Taylor Williams, que huía del compromiso como de la peste.

Ellos estaban en perfecta armonía donde estaban, no se hablaba de futuro, ni de sentimientos, ni de compromisos y se entendían a las mil maravillas en el dormitorio y fuera de él. Eran amigos, adoraba pasar tiempo a su lado, porque era un tío divertido y muy inteligente, y no le había costado nada acomodar sus horarios y su vida privada para hacerle un hueco porque era, sin lugar a dudas, el hombre más sexy y adorable que podía desear.

—Señorita Expósito —tocó la puerta del aula y se asomó con el sombrero vaquero puesto. Ella lo miró desde su mesa, donde estaba acabando de corregir exámenes, y le sonrió—. Le he traído una manzana.

—Vaya, que atento y que guapo, gracias.

Lo observó de arriba abajo soltando un silbido de admiración, y él frunció el ceño dejando sobre su escritorio una manzana de caramelo envuelta en papel celofán.

—Nunca te había visto vestido de cowboy.

—Siempre voy vestido de cowboy, no me habías visto con el traje de faena.

—Bueno, como sea, estás... impresionante, acaba de subirme la fiebre.

—Serás traviesa, señorita Expósito —se acercó, se inclinó y le dio un beso en la boca—. Levántate y te haré subir la fiebre de verdad.

—En mi puesto de trabajo no, gracias, que andan niños cerca.

—Ok, si a es a lo que venía, a buscarte para ir al salón de actos, me toca hablar en veinte minutos.

—¿Ya?, vaya qué tarde, no me lo perdería por nada del mundo. Vamos.

Se levantó cerrando su portátil y lo volvió a recorrer con los ojos: tan alto, y tan perfecto con sus vaqueros oscuros, sus botas de cowboy, las perneras de cuero, la camisa a cuadros azules, el chaleco también de cuero... el sombrero marrón y un pañuelo rojo al cuello. Encarnaba la quintaescencia del vaquero guapo y varonil, el sueño americano hecho carne, y suspiró sin poder evitarlo.

—Esta noche no te quitas eso.

—¡Josephine! —exclamó fingiendo escándalo.

—Va en serio, me pone mucho, y ya es decir porque tú, de normal, ya me pones mucho.

—Aún tienes que ver mi lazo, puedo atarte con él y enseñarte quién llevas las riendas aquí.

—Madre mía... —miró sus ojos celestes, que la observaban entornados, y sintió que estaba a punto de tener un orgasmo, estiró la mano para tocarlo y entonces la puerta se abrió dejando paso a dos de sus alumnos.

—¡Señorita Expósito, señorita Expósito!. Hala, es Taylor Williams —se detuvieron para mirarlo con la boca abierta y él frunció el ceño.

—Sí, ¿no sabéis llamar a la puerta?

—Perdone, señor. Señorita Expósito, la directora Williams la está buscando, va a empezar la charla sobre el rodeo en el salón de actos.

—Gracias, chicos, voy en seguida. ¿Vamos, Taylor?

—Después de ti...

La dejó pasar y le dio un pellizco en el trasero que la hizo saltar, pero no le hizo caso y lo acompañó al salón de actos donde casi todo el colegio esperaba atento para ver la charla del famoso Taylor Williams, el campeón de rodeo que era el orgullo de Polson, y que amenazaba con retirarse a finales de año tras una carrera de veinte años plagada de premios y reconocimientos.

Lo dejó en manos de su cuñada, que estaba tan orgullosa de tenerlo allí, él le guiñó un ojo y se subió al escenario donde lo esperaban dos de sus asistentes con los trastos típicos de su deporte, varios trofeos y ropa que faena, y mil detalles más que fascinaron a su público que además pudo ver en imágenes de video alguna de sus mejores faenas. Todo un despliegue que Jo siguió con la boca abierta desde un rincón, de pie junto a la pared, completamente fascinada por ese hombre que no paraba de sorprenderla.

—¿No es muy alto para ser vaquero de rodeo? —preguntó uno de los chicos mayores al final de la exposición y Taylor asintió.

—Eso me han dicho toda la vida, pero la verdad es que a las pruebas me remito, no me ha ido tan mal. Me subieron a un caballo a los tres años y nunca más me han podido bajar de él.

—Pero mi padre dice que es más fácil si mides menos...

—Sí, suele ser más sencillo si mides menos de un metro noventa, pero no deberías dejar que tu estatura te impida hacer lo que te gusta...

—Jo... —alguien la sujetó por el codo y ella saltó y lo miró ceñuda, se trataba de Jim McFraser en persona, y se apartó de él instintivamente—. Lo siento, no quería asustarte, ¿puedes salir y hablamos?, hace mucho que no sé nada de ti y...

—Estoy ocupada.

—¿De verdad te interesa esto?

Ella lo ignoró, se giró hacia el escenario y vio que Taylor había captado la maniobra, y que se había puesto serio, así que le sonrió tranquilizadora y siguió oyéndolo diez minutos más hasta que acabó, la gente se puso de pie para aplaudir y el escenario empezó a ser invadido por los fans

que querían hacerse fotos y pedir un autógrafo.

Esperó un tiempo prudencial para ver si sus compañeros la necesitaban para controlar a la turba, comprobó que no y solo entonces se volvió hacia McFraser, que no se había movido de su lado, y le hizo un gesto para que salieran al patio, él le sonrió y la acompañó fuera saludando por el camino a profesores y padres de alumnos que al reconocerlo le regalaban sonrisas y le estrechaban la mano.

—Disculpa la interrupción, ni por asomo imaginé que te interesaría una charla sobre el rodeo —le dijo cuando ella se le puso delante y lo miró a los ojos.

—Me interesan muchas cosas, sobre todo si no sé nada de ellas, como es el caso.

—Ok, cuando quieras te llevo a ver uno...

—¿Qué haces en Polson? —lo interrumpió viendo salir a los niños y él se encogió de hombros—. Vine a una reunión y aproveché de pasar a verte. Te he llamado mucho últimamente, pero apenas hemos hablado y... ¿cómo estás?

—Bien, mucho trabajo a estas alturas del curso, pero bien, gracias.

—¿Qué planes tienes para las vacaciones de Pascua?

—Voy a Nueva York a ver a mis padres y un día a Washington para conocer al nuevo bebé de Conrad y Anna Williams, nació hace una semana y...

—¿Ah sí?, no sabía nada, ¿otro niño?

—No, es una niña, se llama Emily, y están locos con ella, tengo muchas ganas de conocerla.

—A mí también me encantaría conocerla, Conrad es un buen amigo y... —fingió pensar un poco y le sonrió—. Podríamos ir juntos, adoro Nueva York, podríamos pasar unos días en Manhattan, ir al teatro, a cenar, y luego podría llevarte a Washington a ver a los Williams.

—No, gracias, voy a Brooklyn para estar con mi familia y luego a Washington con mi madre, que también quiere ver a Anna y a la niña.

—Bueno, puedo llevaros en mi avión privado, así os ahorráis un montón de horas perdidas en...

—No me importa viajar en vuelo regular, estoy acostumbrada, pero muchas gracias. Debería irme.

—¿Me estás evitando?, ¿he hecho algo que te molestara o...?

—No, ¿por qué?

—No sé, no coges mis llamadas y no hemos vuelto a vernos y... bueno, es extraño, pensé que éramos amigos. A mí me encanta verte y pasar tiempo contigo, pensé que... que tal vez podíamos vernos con más regularidad.

—Ya te he dicho que he estado muy ocupada y la verdad, tampoco es que nos conozcamos demasiado, yo...

—De eso se trata, de que nos conozcamos mejor, aún tengo pendiente llevarte a Helena a pasar un fin de semana juntos, tengo que enseñarte...

—¿Por qué hablas siempre así?

—¿Así?, ¿cómo?

—Tengo que llevarte, puedo llevarte, tengo que enseñarte... suena un poco paternalista.

—Me educaron así, a tratar a las damas como a princesas.

—Vaya, que antiguo suena eso... en fin... debería irme.

—¿No me dejas invitarte a cenar?

—Ya tengo planes, gracias.

—¿Estás saliendo con alguien?

—¿Perdona?

—Es una pregunta normal para saber qué terreno estoy pisando, es obvio que me gustas y...

—Sí, estoy saliendo con alguien.

—Mmm, vale... solo espero que no sea quién me temo.

—¿Cómo dices?

—¿Te has enterado de la movida de Taylor con la dama inglesa?. El cónsul británico está que trina, la familia de ella, que es muy conocida, quiere demandar a nuestro Taylor por maltrato síquico e incluso por algo más porque la chavala, como mi hermana, ha salido muy tocada por su culpa y...

—¿Qué?

—¿No sabías nada?

—Claro que lo sabía, lo sabe todo el pueblo.

—Los Longbottom, a los que conozco perfectamente porque estudié con uno de ellos en el Harrow School de Londres, están decididos a resarcir a su hija y nosotros a facilitárselo. Ha sido una vergüenza que la detuvieran en Montana, precisamente en Polson por culpa de... bueno, yo haré lo que esté en mi mano para ayudarlos.

—¿Qué quieres decir?

—Que la ley es la ley, Jo, y la pobre Beatrice es tan frágil como mi pobre hermana, así pues... alguien debería protegerlas y hacer justicia.

—¿Cómo?, ¿demandando a Taylor por no querer casarse con ellas?

—No simplifiquemos, es bastante más grave.

—¿Estás seguro? —se pasó la mano por la cara, tragó saliva e hizo amago de dejarlo allí plantado, pero él la detuvo.

—Si yo fuera tú, Jo, me alejaría de personas cuya reputación está comprometida con asuntos de faldas, acoso y posibles abusos emocionales. Eres maestra en la escuela pública del pueblo, querida, deberías elegir mejor a tus amistades.

—¿Por qué no hablas claro de una maldita vez?, ¿eh?, ¿estás amenazándome?, ¿intentas asustarme? ¿Qué coño te pasa?

—Guau, al fin salió a la superficie la chica de Brooklyn.

—¿Perdona?

—Dios bendito, Jo, nadie te está amenazando, solo estoy haciendo un comentario. Conozco a mi gente y sé lo severos que son respecto al comportamiento y la imagen pública de sus vecinos. Eso es todo, es un buen consejo.

—Yo no te he pedido ningún consejo.

—No te enfades, me gustas mucho y solo quiero lo mejor para ti. Intento protegerte.

—No hace falta que me protejas, soy una persona adulta y responsable, pago mis impuestos y cumplo con mi trabajo, no soy ninguna damisela estúpida a la que tengas que rescatar. Adiós.

—Jo, por favor...

Lo miró de arriba abajo con ganas de estrangularlo por mal intencionado, capullo y prepotente, y en ese momento sintió la puerta del edificio abriéndose y la voz de Taylor despidiéndose de los niños. Se le acercó sin mirarla y le rozó la espalda antes de fijarse en su acompañante.

—¿Qué tal, Jim?, ¿qué te trae por Polson?

—Ver a la señorita Expósito, pero está visto que está ocupada.

—Así es, ¿nos vamos, Jo?, me muero de hambre.

—¡Jim!

De la nada apareció Pam y se acercó al político muy efusiva, lo saludó con un par de besos y Taylor aprovechó el momento para sujetarla por la cintura y sacarla de allí.

Jo lo siguió en silencio, muy decidida, pero sin dejar de pensar en las palabras de ese tío repelente, que de pronto se le antojó de lo peor, y encima peligroso, hasta que llegaron al coche y agarró a Taylor del brazo para mirarlo a los ojos.

—James McFraser me acaba de hablar de Beatrice Longbottom a la que considera una víctima, como a su propia hermana, de ti. Ha insinuado que te van a demandar.

—¿Demandar?, ¿por qué?

—Por maltrato síquico, incluso habló de abuso emocional.

—Eso es falso y no se sostiene, no le hagas caso, le encanta amenazar, es una nenaza cobarde. Lo que le pasa es que está celoso porque estás conmigo.

—Nadie sabe que estoy contigo.

—Bueno, acaba de quedar patente. ¿Nos vamos?, de verdad que me muero de hambre. ¿Te ha gustado la charla?, creo que los niños se lo han pasado bien, nosotros mucho, desde luego... ¿Jo?

—No me han gustado nada el tono, ni las palabras de ese individuo —se subió al coche y lo miró a los ojos—. No entiendo vuestros códigos y vuestra forma de actuar por aquí, pero en Brooklyn lo que ese tío me acaba de decir se llama amenaza.

—Me lleva amenazando desde que dejé a su hermana hace dieciséis años, pero si te ha asustado tendré unas palabritas con él. Espera aquí.

—¡No! —lo agarró de la chaqueta al ver que hacía amago de bajarse del coche y tiró de él—. No empeores las cosas, si dices que es lo normal, me vale, tú sabrás, igual estoy exagerando.

—¿Segura? —ella asintió—. Vale, lo pondré en conocimiento de mi abogado y de Scott para que quede constancia, ¿mejor?

—De acuerdo, eso me parece mucho mejor.

—¿Estás bien?

—Sí —se acercó y le dio un beso.

—¿Nos vamos a casa entonces?

—Sí, vámonos a casa.

11

—Eres un pillo, pequeño Conrad. ¡Ven aquí!

Salió persiguiendo a su sobrino por el jardín y él se emocionó tanto que se cayó al suelo muerto de la risa, así que lo agarró y lo hizo girar en el aire antes de ponérselo como un saco de patatas en el hombro.

—A este enano me lo llevo yo a Polson para enseñarle a montar.

—Todo tuyo.

Susurró Anna sirviendo los vasos de limonada, él le guiñó un ojo y dejó al pequeñajo en el suelo para arreglarle la ropa y ponerle bien el sombrero de cowboy que le había traído de Montana. Era muy rubito y tenía los mismos ojos azules de su padre, desde luego era el vivo retrato de Conrad, y sonrió dejándolo libre para que siguiera jugando con sus primos Edward, Matthew y Alexandra, los hijos de Bradley, que también estaban pasando las vacaciones de Pascua en Washington.

Él ya no tenía edad para celebrar la Pascua, pero se había apuntado a pasarla en Washington para ver a sus primos, conocer a Emily, su nueva sobrinita, la segunda niña nacida tras tres generaciones de varones Williams, y encontrarse allí con Jo, porque ella también iba a visitar a Anna y a Conrad uno de los días de la semana santa y habían acordado quedar para verse.

Lo cierto es que enterarse de que se marchaba de Montana para pasar diez días de vacaciones a Nueva York casi le había provocado una depresión, así que negociar con ella un encuentro corto, pero un encuentro al fin, en Washington, había sido el mejor plan para esos días de asueto y había llegado a la capital de los Estados Unidos muy entusiasmado y dispuesto a disfrutar de la familia, especialmente de los más pequeños de la familia, que eran una verdadera gozada.

—Voy a sentarme con ella al sol hasta que despierte.

Oyó la voz grave de Conrad y subió los ojos para observarlo con una sonrisa. Su primo, que era uno de los tíos más duros que conocía, llevaba a su bebé acurrucada en el pecho, envuelta en una mantita rosa, y le estaba besando la cabecita con mucha delicadeza mientras se sentaba con ella en uno de los sillones de la terraza.

Una imagen insólita porque, aunque sabía que era un padrazo y que estaba como loco con sus hijos, aún le resultaba increíble verlo así, tan entregado, y movió la cabeza sintiendo un pellizco extraño en el estómago, algo parecido a la envidia que lo descolocó bastante.

—Papi, ¿no vienes a jugar conmigo? —el pequeño Conrad, que acababa de cumplir los dos años, se le acercó y se le subió a las rodillas para mirarlo de cerca.

—Sí, campeón, en cuanto tu hermanita se vaya a comer con mamá, ¿vale?, ¿me vas a esperar?

—No, quiero que vengas ahora —hizo un puchero y antes de que Taylor pudiera reaccionar,

apareció Bradley por su espalda y lo cogió en brazos para llevárselo con los primos.

—Vamos, Conrad, vamos a jugar al fútbol, ¿te gusta jugar al fútbol?, seguro que serás un receptor de primera. Taylor, vente y así somos más.

Él accedió de inmediato, miró a Anna, que estaba preciosa e igual que siempre, aunque hacía solo veinte días que había dado a luz, y le guiñó un ojo antes de sumarse al juego con los niños y con los demás adultos que se apuntaron para entretenerlos hasta la hora de la comida, entre ellos el padre y el hermano de Anna, y Martina, la mujer de Bradley, que era una chica muy divertida y que aseguraba no tener ni idea de fútbol americano, aunque llevaba más de cuatro años casada con uno de los Quarterback más famosos de los New England Patriots.

—No me gusta ese capullo, Taylor, y si no lo haces tú iré yo y le daré una paliza —Bradley bufó realmente cabreado y Conrad se le acercó y le pasó un botellín de cerveza moviendo la cabeza.

—Nadie va a dar una paliza a nadie, aunque ganas no me faltan, lo importante aquí es determinar hasta dónde está dispuesto a llegar.

—Si te llamó a ti para advertirte que alejaras a tu protegida, la señora Expósito, de Taylor antes de que estalle la tormenta, es porque está dispuesto a llegar hasta el final. ¿Qué coño le pasa?

—Le pasa que su hermana...

—No, no tiene nada que ver con Rachel, Conrad, lo que de verdad le pasa es que está loco por Jo Expósito desde que la conoció, no ha parado de tirarle los tejos y al ver que ella ha pasado de él y ha decidido salir conmigo pues...

—¿Jo sale contigo? —casi se atraganta con la cerveza y le clavó los ojos completamente sorprendido—. ¿Desde cuándo?

—No sé, nos empezamos a ver desde finales de enero, me parece... más o menos.

—La madre que te parió —soltó Bradley—. Siempre al quite, primo, no se te escapa una.

—¿Y vas en serio porque Jo es...?

—Sé quién es y por mi parte voy en serio, no te preocupes, en realidad es ella la que no tiene ningún interés de ir en serio conmigo.

—Joder, pues vaya sorpresa. ¿Lo sabe Anna?, porque no me ha dicho nada.

—No creo que lo sepa, Jo quiere mantener el máximo de discreción al respecto.

—¿Y cómo se ha enterado Jim McFraser?

—Porque lleva ojo avizor mucho tiempo, ya lo sospechaba, incluso intentó apartarme de ella de manera bastante estúpida y hace dos semanas, después muchas llamadas e invitaciones rechazadas, ella le confirmó que salía con alguien, sumó dos más dos y le empezó a hablar de la demanda y de que tuviera cuidado con quién se relacionaba porque podía salir perjudicada... en fin... el modus operandi habitual de los McFraser, no es la primera vez que intentan meterse con mi entorno más íntimo para perjudicarme y “proteger”, dicen ellos, a Rachel.

—En resumen —susurró Conrad—. Ese tío, aprovechando un caso similar al de su hermana, o eso asegura él, pretende demandarte por abuso emocional y malos tratos psicológicos, arruinar tu

reputación en Montana y alejarte de Jo Expósito, que no es solo tu amiga, sino tu chica, simplemente por el placer de joderte la vida.

—Buen resumen.

—Pues se va a cagar vivo porque le voy a poner un dispositivo de vigilancia, a ver si sale impoluto el muy cabrón para presentarse a las próximas elecciones.

—Tampoco es eso, si ni siquiera creo que vaya en serio con todo esto. Yo no he recibido ninguna demanda, mi abogado no ha sabido nada y estoy a la espera de hablar con Beatrice Longbottom, la segunda supuesta víctima, para aclarar las cosas con ella. Me parece más un farol que otra cosa y si tú no me cuentas que te había llamado, ni te lo habría mencionado.

—Pase lo que pase con este caso puntual, lleva demasiado tiempo jodiéndote, Taylor, él, su puñetera hermana y su familia, por mi parte estoy harto, eres nuestro primo pequeño y no pienso tolerar ni una más. Algo podremos hacer, voy a hablar con Tom y mis abogados, tomaremos medidas legales...

—No soy vuestro primo pequeño, Bradley, ese es Blake —bromeó y él entonó los ojos—. Estoy bien, en serio, creo que todo esto es una patraña y puedo sobrellevarla. Jo está de mi parte, no ha salido corriendo, se ha quedado conmigo, es consciente de las mentiras y las maquinaciones, y eso es lo único que me importa.

—De todas maneras me parece bien que Conrad y la inteligencia naval lo investiguen un poco, a veces a los capullos, por muy capullos que sean, también hay que pararles los pies.

—Vas en serio con Jo... —comentó Conrad sin quitarle los ojos de encima—. Te gusta de verdad, joder.

—¡El timbre! —gritó Anna desde el salón y Conrad se puso de pie para ir a abrir la puerta.

—Me alegro por ti y más aún por ella, en serio, tío.

Las que llegaban eran precisamente Jo y su madre Dulce, a las que Andrew, el hermano de Anna, había ido a recoger al aeropuerto, así que se levantó y se acercó al salón para saludarlas con las restricciones impuestas por ella, es decir, nada de muestras públicas de afecto, mucho menos delante de su madre, así pues, aunque al verla casi muere de la impresión porque era la chica más guapa, sexy y sonriente del planeta, y hubiese matado por poder abrazarla y darle un beso en condiciones, se mostró contenido y educado tal como ella le había pedido.

—Mamá, este es Taylor Williams, el primo del coronel, y mi mejor amigo de Polson.

—Claro, al fin te conozco, Taylor, encantada. ¡Dios mío, que chicos más guapos los Williams!, ¿qué os daban de comer?

—Dulce, sube y ves a la niña, está apuntito de despertar —dijo la madre de Anna en español a la señora Galignani y ella la siguió tan animada.

—Hola, señorita Expósito —se le acercó en cuanto terminaron las presentaciones y le tocó la cintura con un dedo, ella se apartó con una enorme sonrisa y él frunció ceño.

—Señor Williams, un placer verte.

—¿No me das un beso?, te he echado mucho de menos.

—Y yo a ti, pero eso tendrá que esperar. ¡Hola, Conrad!

Exclamó al ver que el pequeñajo aparecía en brazos de su madre y lo ignoró a él para prestar atención a los niños que despertaban en ese momento de la siesta y empezaban a revolucionar el salón y a sus padres, y a toda la casa hasta que al fin la arrinconó en la cocina y buscó sus preciosos ojos negros sujetándola de una mano.

—Estoy en el Harrison Hotel, a dos manzanas de aquí, es una suite preciosa y muy acogedora.

—Te veo allí después de la cena, en cuanto mi madre se vaya a la cama. Ya le he dicho que he quedado para salir toda la noche.

—Estás muy guapa.

—Tú también.

Le sostuvo la mirada y Taylor sonrió embobado, movió la cabeza y se dio cuenta de que Anna y Conrad los estaban observando desde lejos, así que se separó de ella poniéndole la tarjeta del hotel en la mano con la esperanza, infantil esperanza, de que el tiempo pasara más rápido para poder tenerla solo para él de una maldita vez después de cuatro días sin verla.

—Taylor... hola, vaquero.

Sintió el beso en la mejilla y abrió los ojos estirándose y mirando la hora. Las diez y media de la noche y estaba claro que se había quedado dormido esperándola en la habitación del hotel, se pasó la mano por la cara y le acarició el pelo.

—Vaya, creí que no llegabas nunca.

—Los padres de Anna y mi madre no pararan la cháchara y no me podía largar por las buenas —se apartó y se sacó la camiseta y los vaqueros—. Necesito una ducha, dame un segundo...

Él siguió el movimiento de ese culito perfecto y delicioso que tenía y sintió cómo se ponía duro y empezaba a subirle la temperatura por todo el cuerpo, así que abandonó la cama y la siguió al cuarto de baño, se metió en la ducha con ella y sin mediar palabra la acomodó con una mano y la penetró por detrás hundiendo la cara en su pelo largo y oloroso a fresas. Ella soltó un gemido muy leve y estiró la mano para asirse a su trasero con ganas.

—Madre mía, tenerte cerca toda la tarde y no poder tocarte iba a empezar a desquiciarme, señorita Expósito.

—Poco a poco...

—¿En serio?, ¿un día dejarás de avergonzarte de mí?

—Nadie se avergüenza de ti, vaquero.

—¿Ah no?

—Schhh, calla ya...

Acabaron haciendo el amor contra los azulejos sin hablar y devorándose enteros, con un punto de furia que siempre lo ponía a mil con ella, le disparaba el deseo y le nublaba la cabeza, hasta que se corrieron a la par y Jo, preciosa y sonriente, se puso debajo del chorro de agua

caliente para acabar la ducha antes de volver a la cama.

—Guau, este sitio es muy bonito —unos minutos después salió del cuarto de baño envuelta en un albornoz y miró la habitación secándose el pelo con una toalla— ¿Tienes algo de comer?, me ha dado hambre.

—Hay servicio de habitaciones, podemos llamar si quieres, pero tengo unas patatas y en el minibar...

—Estupendo, con las patatas de vale —cogió la bolsa de patatas fritas, un refresco del minibar y se tiró en la cama— ¿Qué ves?, ¿Gigante?, me encanta esa peli, Liz Taylor sale tan guapa.

—¿Qué tal en Brooklyn?, ¿todo bien?

—Sí, mis hermanas ejerciendo de madres perfectas, la familia Expósito interrogándome, mi padre pasando de todo, mis amigas ocupadas y mi madre intentando que engorde un poco. Lo de siempre.

—Jesucristo.

—Tú bien por aquí, ¿no?, tus primos son majísimos y los niños...

—Todo bien, con mi gente siempre me siento bien.

—Me sigue gustando tanto ver al coronel tan feliz con su familia, con sus bebés, con Anna. John siempre me contaba historias sobre Conrad Williams, el rompecorazones oficial de los Marines, con mujeres de todas las edades y estamentos persiguiéndolo y él escurriéndose con caballerosidad, aunque a veces era un poco canalla, y de pronto todo cambió... apareció Anna y al él le dieron la vuelta del revés, como a un calcetín.

—Afortunadamente para bien.

—Sí, ha tenido mucha suerte con ella.

—Y ella con él.

—Por supuesto... —lo miró de reojo y le acarició la pierna—. Tu primo Bradley también es la leche, mi familia se va a morir de envidia cuando sepa que lo he conocido y he cenado con él y con su mujer, que es muy agradable, tan lista, y tan guapa, una chica majísima, muy en la línea de Anna ¿no?... ¿te pasa algo?

—¿Eh?, no, ¿por qué?, te estoy escuchando.

—Sueles ser más hablador... ¿estás bien? —él asintió viendo cómo dejaba las patatas fritas para abrazarlo con todo el cuerpo, y suspiró—. ¿En serio?, ¿en qué piensas?

—En lo que dices de Conrad, en su familia, sus hijos y la estabilidad que tiene ahora.

—Se la merece porque es un diez, y Anna también.

—¿Tú quieres tener hijos?

—Sí, claro, algún día.

—¿Pensaste en tenerlos con John?

—Por supuesto y lo intentamos durante casi dos años, pero no pasó...

—¿Y los tendrías conmigo? —soltó por puro impulso y ella se separó de él echándose a reír—. No estoy de broma, es una pregunta seria.

—Bueno, es una pregunta rara.

—¿Por qué?, ¿tan raro te parece que quiera hijos, un hogar y una estabilidad?

—Sinceramente sí.

—Manda huevos...

—Oye, tú eres don sin compromiso, don sin planes de futuro, don libertad absoluta, y eso no es malo, al contrario, a mí me parece perfecto, porque ahora yo también soy así.

—¿Ahora tú también eres así?

—Ya estuve casada, desde los dieciocho a los veintiséis años con el único novio que he tenido, y seguiría casada con él si no lo hubiese perdido, porque éramos muy felices juntos. Era mi mejor amigo, y sigo creyendo que la vida en pareja es el mejor estado que uno puede desear, pero sin John, pues...

—¿Sin John no volverás a intentarlo?

—Supongo que no, pero...

—Genial, Jo, es bueno saberlo.

Una rabia desconocida le subió por el pecho y se levantó de la cama con ganas de largarse corriendo de allí, de hecho, buscó los pantalones y se los puso dándole la espalda, muy descolocado y maldiciéndose por ser tan idiota al intentar mantener una charla íntima y sincera con una chica, aunque esa chica fuera Jo Expósito, a la que consideraba una amiga de verdad.

—Taylor... ¿qué pasa?

—Nada, no pasa nada, ¿nos vamos a tomar algo?, Georgetown tiene marcha toda la noche y aún es temprano ¿Te apuntas?

12

Quince de julio, Banzai Pipeline, Oahu, Hawái. Una de las mejores playas del mundo, el mejor sitio para hacer surf según los expertos, y el primer destino vacacional que compartía con Taylor Williams, aunque llevaban unos meses un poco raros desde que en Pascua le había preguntado si quería tener hijos y ella le había dicho que no.

Desde aquella noche en Washington, hacía ya tres meses, no habían vuelto a tocar el tema, pero ella sabía que algo se había roto entre los dos y, aunque seguían viéndose con regularidad y compartiendo tiempo libre y un sexo de lujo, imperceptiblemente no estaban igual, y no lo podía arreglar porque él se cerraba en banda y no hacía más que ironizar sobre su estatus de ligue superficial o “Toy Boy”, como se había bautizado últimamente para hacerla rabiar.

La verdad es que le molestaba muchísimo que diera por hecho que solo era un entretenimiento, un juguetito sexual con el que pasar el tiempo, pero no estaba dispuesta a pelearse con él y a discutir sobre el tema, menos aún en vacaciones, así que le reía la gracia y no entraba al trapo con la única intención de que se le pasara la paranoia y volviera a ser el de siempre, el de antes, el Taylor Williams ligón y juguetón que le había cambiado la vida.

Objetivamente, él le había cambiado la existencia y sus últimos meses los recordaría siempre como los más intensos y calientes de su vida. Con John había empezado a salir siendo una cría, habían crecido juntos y se habían querido muchísimo, pero nunca habían tenido esa pasión loca que le regalaba Taylor cada vez que la miraba o le rozaba la piel, y la experiencia la tenía obnubilada, en un estado de ansiedad permanente, de sorpresa, de deseo y de alegría interna que le agradecería siempre. Él era fantástico y muy cariñoso, se lo pasaban muy bien charlando o viéndose casi siempre fuera de Polson, para perderse en interminables jornadas de sexo y besos y conversaciones en susurros que los estaban ayudando a conocerse mejor.

Era una etapa hermosa que combinaba con un trabajo de locos y el peso social en la cabeza de estar viéndose con uno de los hombres más conocidos del pueblo y que encima tenía una fama nefasta en lo tocante a las mujeres. Nadie sabía oficialmente que estaban juntos, porque ellos no se lo habían dicho a nadie, pero nunca faltaba el alma caritativa que le advertía sobre la vida disoluta de Taylor Williams y su costumbre de usar y deshacerse de las mujeres a la misma velocidad con la que se cambiaba de pantalones.

—Quiere más a los caballos que a las personas, por supuesto eso no se aplica a su familia, que al parecer es a los únicos que respeta como es debido.

Le habían dicho de esa forma o de otras parecidas en incontables ocasiones, dando por hecho que le hacían un favor intentando alejarla de él, sobre todo después de que la familia McFraser lanzara el rumor de que lo iban a demandar de forma conjunta con la célebre lady Beatrice Longbottom por abuso emocional y otras cosas más... otras cosas más que no aclaraban, que dejaban en el aire de manera bastante injusta y que ni Taylor ni su familia se molestaban en desmentir.

El hecho era que ya habían pasado más de tres meses desde la detención de Beatrice y allí no había pasado nada, ni nadie había demandado a nadie, pero el rumor sobrevolaba Polson y Jim McFraser, como buen político, lo alimentaba sin argumentos ni pruebas, pero convencido de que el daño contra el honor de Taylor sería el mismo, que era lo único que buscaba.

A ella la seguía llamando de vez en cuando, había organizado algunas actividades para el colegio en las que ella se había negado a participar y una vez la había abordado en Helena, en el teatro donde había acudido con Bill, para presentarle a su hermana. Una Rachel bastante dispersa que apenas le había dedicado una mirada y que les había dejado una imagen preocupante porque parecía drogada o enferma, pero sobre todo bastante agobiada por el control y el trato dominante que le regalaba su hermano.

Un esperpento del que Taylor no había querido hacer ningún comentario porque él se negaba a hablar mal de la gente, incluso de esa gente, que llevaba años amargándole la vida y destrozando su reputación.

McFraser aparte, ellos seguían viviendo a su manera, discreta y secretamente su amistad con derecho a roce, su intimidad maravillosa y su tiempo libre juntos. Un regalo del cielo que Jo veía como la medicina perfecta para superar el pasado doloroso que la perseguía y que la había empujado a aparcar sus vacaciones en Italia para irse con él una semana entera a Hawái.

De normal, jamás hubiese variado sus planes para acceder a sus demandas constantes de atención y a su viaje organizado a la playa, pero le gustaba tanto que había dicho que sí y había dejado Brooklyn después de dos semanas de vacaciones con la familia para encontrarse con él en Oahu, la idílica isla hawaiana dónde todo parecía perfecto, todo salvo él, que no la engañaba, estaba raro e irascible y molesto por algo.

No lo conocía en profundidad, pero lo conocía lo suficiente como para intuir que algo marchaba mal y que estaba incómodo, tal vez ya con ganas de dejarla, terminar con su relación y pasar a otra cosa, no lo sabía porque él decía que no le pasaba nada, pero era evidente que algo estaba sucediendo y que en cualquier momento podía estallar.

—Veo bikinis y traseros bonitos todo el día, pero como el tuyo ninguno, preciosa... —susurró el monitor de pesca submarina a su espalda y antes de que ella pudiera reaccionar, Taylor saltó y lo enfrentó desde su altura echándosele encima.

—¿Te pasa algo, capullo?, ¿te atreves a hablarle así a mi chica en mi cara?

—Lo siento, solo era una broma, se lo digo a todas las turistas, les encanta...

—¡Taylor!, por favor, déjalo, ¿quieres?, no vale la pena —ella lo agarró por el brazo, pero él la esquivó y siguió intimidando al tío ese que retrocedía cada vez más asustado hacia el embarcadero— ¡Taylor!

—Llama a tu jefe, a tu supervisor o a quién coño te pague. Ahora mismo ¡vamos!

—Señor, ¿qué pasa?, ¿hay algún problema? —un hombre enorme y más mayor llegó corriendo y lo miró con cara de disculpa.

—Pasa que este capullo se atreve a faltar el respeto a mi mujer en mi cara y no pienso tolerarlo.

—Lo sentimos mucho, señor, muchísimo. Señora, mis sinceras disculpas, si hay algo que yo pueda hacer, lo que quieran...

—Nada, con que me quites a este gilipollas de delante me vale. Vamos...

Sin mirarla la agarró de la mano y la sacó del pantalán dando unilateralmente por acabada la pesca submarina y la mañana en alta mar. Ella lo siguió a la carrera, sin poder verle la cara, hasta que llegaron a la playa, ya lejos de esa gente, lo detuvo y se le puso delante.

—¿Qué te pasa?, ¿vas a permitir que semejante imbécil nos arruine la excursión?, solo nos quedan tres días aquí y la verdad, Taylor, te enfadas por cualquier cosa.

—¿Cualquier cosa?, no sé a qué estarás acostumbrada tú, pero yo no pienso consentir que te miren y te hablen así en mi cara, nunca, jamás, ¿de acuerdo?. Volvamos a la habitación, estoy demasiado cansado para salir a navegar.

—Son las diez de la mañana, hace un día precioso, estamos en Hawái, ¿de verdad quieres encerrarte en la habitación?

—¿Sabes qué?, haz lo que quieras, yo me largo.

—¡Taylor!

Observó cómo se iba de vuelta al hotel con esa pinta espectacular que tenía, y que aumentaba con su bronceado hawaiano y sus gafas de sol, y decidió seguirlo y forzar una conversación que ya estaba tardando demasiado en llegar. No sabía si le iba a costar la ruptura definitiva, lo más probable es que fuera así, pero le dio igual, lo importante era entender qué le pasaba y acabar de inmediato con tanta tensión o acabarían volviéndose locos.

—Taylor...

Entró en la suite cinco minutos después que él y lo vio sacándose la camiseta en la terracita que tenía unas vistas preciosas al océano.

—¿Qué pasa?, ¿podemos hablar?

—Pasa que estoy harto de que gilipollas como el del barco...

—No se trata del gilipollas del barco, se trata de algo más, ¿puedes decírmelo? Mírame, soy yo, podemos charlar de lo que sea, somos amigos y no pienso asustarme por nada, te doy mi palabra de honor —le sonrió, pero él la miró ceñudo.

—No pasa nada, ya se me pasará, he dormido poco.

—Y yo también he dormido poco, pero no por eso voy gritándole a la gente —le sonrió otra vez—. Venga, háblame, por favor.

—No vale la pena.

—Claro que sí, estás tenso y quiero ayudarte.

—¿De verdad no sabes lo que me pasa?

—No.

—Entonces tal vez no vale la pena ni mencionarlo.

—Taylor, venga, no seas niño... —dio un paso y le acarició el brazo, él se apartó y se puso en

jarras.

—Sigo esperando una respuesta a lo último que te dije en Polson, en mi casa, antes de que te marcharas a Nueva York.

—¿Una respuesta?, ¿a qué?

—Te dije que te quería, te dije te amo después de hacer el amor, esa mañana antes de que te fueras al aeropuerto, y no fuiste capaz ni de mirarme a la cara.

—Yo...

Fue igual que recibir un golpe en el estómago, retrocedió y se sentó en un sofá intentando recordar que le dijera eso, que era algo que nadie podría pasar por alto, y no lo recordó, respiró hondo y lo miró a los ojos.

—Lo siento, no lo oí o no lo entendí, porque no recuerdo que me dijeras...

—No creo que sea muy difícil de entender.

—Te lo juro por Dios, no oí que me dijeras nada de eso.

—¿Ah no? —se pasó la mano por la cara y le dio la espalda.

—Te lo juro —se sujetó las rodillas porque empezó a temblar entera, o eso sintió, y guardó silencio hasta que él se giró y le clavó los ojos celestes.

—Ok, entonces te lo digo ahora, te quiero, Jo. ¿Qué me respondes?

—Eres la persona más importante de mi vida ahora mismo, no creo que exista nadie que me importe más que tú, adoro estar contigo, me gustas muchísimo, eres increíble...

—Solo basta con un yo también, Jo —la interrumpió y se cruzó de brazos.

—No sé... —quiso saltar y decirle que lo quería, pero no le salieron las palabras, y sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—No tienes que llorar, solo dime que sientes lo mismo que yo, ahora mismo o esto se acaba aquí.

—¿Perdona? —parpadeó confusa y se puso de pie.

—Ok, mensaje recibido, no tengo nada más que hablar contigo.

Caminó con energía hacia los armarios y empezó a sacar su ropa a tirones para meterla de mala manera en la maleta. Jo lo siguió con la boca abierta, sin entender nada, y quiso tocarlo, pero él la apartó de un manotazo más enfadado de lo que lo había visto en todo el tiempo que lo conocía.

—¿Qué haces?, ¿podemos charlar?, somos personas adultas y no me parece normal esta reacción tuya, Taylor, mírame.

—Déjalo, Jo.

—No, ¿cómo voy a dejarlo?, tú me importas mucho, no quiero verte así, ¡Taylor!

—¿Sabes qué? —la miró con la maleta hecha y ella dio un paso atrás—. Yo no busqué esto, ni si quiera me gusta sentirme así, lo único que buscaba era follar contigo porque estás buenísima, pasar tiempo juntos y tirarme a la profe más guapa que ha pisado Polson en doscientos años. Eso

es lo único que buscaba, nada más, yo no tengo la culpa de que esto se transformara en algo más, supongo que tú tampoco la tienes, pero te rogaría que al menos, ya que no compartes mis sentimientos, te apartaras de mi vida y me dejaras en paz. No tengo nada más que hablar contigo. Adiós.

—Taylor no, así no, no puedes...

—Sí puedo, lo estoy haciendo.

—Por favor, no te vayas así.

—Mejor cortar por lo sano, lo sabemos, así que olvídate de mí, yo procuraré olvidarme de ti y todos en paz.

—Oye, no...

—No vuelvas a acercarte a mí, nunca más, por favor.

Volvió a esquivarla y abandonó la suite como un vendaval, ni siquiera cerró la puerta y Jo se quedó petrificada, sin comprender nada y sin ningún recurso para defenderse, ayudarlo o amortiguar el golpe.

Caminó hacia el pasillo y se asomó para verlo, pero ya no estaba, así que regresó a la habitación, cerró la puerta, se sentó en el suelo y se echó a llorar.

13

—Owen, vamos chico, muy bien...

Se inclinó para acariciar a su precioso caballo, que ya estaba completamente recuperado de su último cólico equino, y le susurró al oído lo bueno y lo grande que era antes de enderezarse, espoliarlo y salir a galope tendido por el campo.

Montar a caballo siempre lo había liberado de todo, de problemas y tensiones, del estrés, de la gente que lo molestaba, de las situaciones que le sobraban, del cansancio, del dolor, de las penas... sin embargo, ni estar en casa, ni en su rancho, ni con su caballo favorito lo estaban liberando de Jo Expósito y su rechazo contundente en Hawái.

Maldita desgracia, malditas vacaciones, maldita toda esa mierda de la que había huido toda su vida.

Miró el horizonte y enfiló hacia allí intentando recuperar el control de sus actos, pero fue imposible. Llegó a toda velocidad al lago, bastante lejos de casa, y frenó a Owen para no apurarlo más y dejarlo descansar, desmontó y se quedó observando el agua como un idiota, como el idiota en el que se había convertido. Uno que había llegado a los treinta y seis años sin saber gestionar las emociones propias, ni las ajenas, porque tenía ganas de coger a Jo, remecerla y obligarla a quererlo. Algo estúpido e infantil que su hermano Blake achacaba a su gigantesca inmadurez emocional.

—Tu mayor desgracia, Taylor, es haber nacido con esa facha, con ese carisma, porque nunca has movido un dedo para conquistar a una mujer, eso te ha impedido madurar a nivel sentimental y...

—Pero... ¿qué coño estás diciendo, Blake?...

—Es verdad, toda esta familia está tocada por un atractivo salvaje, decía la abuela Rose, y a la larga he comprobado que a muchos solo os ha perjudicado.

—¿Te has tomado algo?

—A las pruebas me remito, pero es igual, venga, no te pongas así, estoy de tu parte y en el fondo me alegra que al fin experimentes este tipo de emociones negativas, porque son las únicas que contribuyen al crecimiento, a la madurez emocional y a...

—Vaya por Dios, doctor Williams.

—No te hablo como terapeuta, te hablo como hermano y ten en cuenta una muy cosa positiva: por muy cabrones que alguno de nosotros hayamos sido, la mayoría ha acabado encontrando la estabilidad emocional e incluso la felicidad familiar y conyugal, mira a Conrad, a Bradley, a Scott o a Ryan...

Esas habían sido las palabras de consuelo de su hermano pequeño, que era siquiatra en San Francisco, y que no habían hecho más que empeorar el panorama porque, si tenía que esperar a encontrar la “estabilidad familiar y conyugal” con otra que no fuera Jo Expósito, prefería pegarse

un tiro.

Cerró los ojos y pensó en su sonrisa, en sus ojos oscuros, en su boca cálida y sensual, en su cuerpo precioso, femenino y generoso, en sus manos suaves y su pelo oloroso a fresas. En esa forma que tenía de hablar, tan contundente y firme, en esa dulzura que trataba de esconder detrás de su imagen de profesora seria y profesional... en su forma de hacer el amor que lo ponía a mil y en ese sentido del humor que lo hacía reír a carcajadas y sentirse como en casa cuando estaba con ella, cuando se acurrucaba a su lado para dormir o la cogía de la mano para caminar por ahí, siempre lejos de Polson, porque ella se había negado siempre a “oficializar” en el pueblo que salía con él... una muestra contundente de que no lo quería, o al menos una pista de que lo suyo no iba a ninguna parte, aunque él se hubiera vuelto loco de amor por ella.

La última vez que se habían visto en su casa de Polson le había dicho “te amo” justo después de hacer el amor, durante ese breve momento de silencio tras el orgasmo, acurrucado contra su pelo, y ella no había dicho ni mu, no había reaccionado y había seguido así hasta Hawái, y habría seguido así para siempre si él no acaba aclarándose en esa habitación de hotel.

Casi un mes después de aquello seguía preguntándose a todas horas si la había fastidiado diciéndole lo que sentía, estaba claro que sí, aunque Blake opinara lo contrario, y se reprocharía el resto de su vida no haber sido capaz de cerrar la boca, porque si lo hubiera hecho aún seguirían juntos y eso era lo único importante, no haberla perdido, aunque se hubiese pasado años y años callado para evitar que lo rechazara, al menos no la habría perdido y eso valía más que todo lo demás.

Tras abandonar el hotel de Oahu se había ido al aeropuerto y había cogido el primer vuelo a Montana, y en lugar de volver a casa, o al rancho, se había largado de excursión a las Montañas Rocosas, y se había perdido solo por el monte, por el bosque, por los lagos, sin cobertura, ni contacto con nadie. Jodido y más dolido de lo que recordaba haber estado nunca, pero al menos a salvo de Jo y sus llamadas de teléfono, porque eso sí, se había pasado horas y horas llamándolo, seguramente agobiada por la culpa, pero él no pensaba aliviarle la carga y, de hecho, no pensaba dirigirle la palabra nunca más.

Estando siempre del otro lado, es decir, siendo el objeto del amor o los sentimientos de otras personas, había aprendido que el alejamiento total, el silencio y la distancia ayudaban a aplacar la cosa. Eso era lo mejor, alejarse porque, salvo en casos como el de Beatrice o Rachel, eso era lo más humano, no dar pie a nada y no volver a tener contacto. Él lo solía gestionar así para los demás y lo estaba gestionando así en su caso particular, es decir, nada de Jo Expósito, nunca más, porque no la quería ni como amiga, ni en su entorno más cercano, y con el tiempo acabaría olvidándose que ella, estaba seguro, se olvidaría de ella, de su cara, de su voz y de todo lo que lo hacía sentir.

Estaban a mediados de agosto y sabía que ella había vuelto a Polson después de sus vacaciones, vacaciones que a lo mejor había acabado en Italia como quería o en Brooklyn, él no quería ni pensarlo. El caso es que el curso escolar estaba a la vuelta de la esquina y los profesores empezaban a incorporarse al trabajo, así que no pensaba pisar el pueblo, tenía compromisos en Montana, fuera de Montana y mucho trabajo hasta mediados de octubre, cuando pensaba marcharse a Argentina para ver amigos, visitar a algunos clientes y acudir al Derby de Palermo.

Con algo de suerte no la incomodaría con su presencia, ni ella lo afectaría a él. Con algo de suerte y con buena organización, porque pretendía no coincidir con ella ni de manera casual, así que tendría cuidado y todo iría bien.

Todo pasaba, todo se superaba, decía Blake, que era el único que conocía ese vergonzoso episodio de su vida, y estaba dispuesto a conseguirlo, tenía disciplina y voluntad para eso y para mucho más, sobre todo si así conseguía no hacer daño a nadie, ni machacarse él y hasta alegrar a más de uno, como al mismísimo Jim McFraser, que la perseguía como un perrito faldero desde hacía meses, y al que a lo mejor la diosa fortuna, ahora que él había pasado a la historia, le regalaba una oportunidad con ella.

“Mucha suerte, Jim —susurró subiéndose al caballo para volver a casa—. A ver si puedes tirar las barreras, superar al gran John Expósito y meterte en el corazón de piedra de su viuda, aunque lo dudo mucho”.

Espoleó a Owen y regresó a casa a toda velocidad, entró en el rancho sobre las cinco de la tarde, miró a lo lejos el trajín de los empleados y decidió no sumarse porque necesitaba una ducha y atender algunos asuntos en el despacho. Subió a su antiguo cuarto con el peso del universo entero sobre los hombros, con ese hueco en el pecho que no se le pasaba ni emborrachándose, y se metió en el baño para darse una ducha larga, se cambió y bajó a la oficina a atender los pendientes, encendió el ordenador y entonces fue la voz de su madre la que lo sacó de su ensimismamiento.

—Taylor, te están esperando desde hace una hora, ¿por qué no me avisas que has vuelto del campo?

—No te he visto, mamá. ¿Quién me espera?

—Esa chica tan guapa, la amiga de Conrad, la profesora...

—¿Quién?

—Jo Expósito, está esperándose fuera, no ha querido pasar y se ha quedado en su coche.

—Dile que no estoy —el corazón se le subió a la garganta y se le contrajo el estómago.

—De eso nada, sal y atiéndela, lleva mucho tiempo esperando.

—¡Me cago en la leche!

Exclamó tirando el boli sobre la mesa, pero su madre no lo escuchó porque ya se había ido. Se levantó y se arregló la camiseta pensando en pedirle a alguien que la mandara con viento fresco de vuelta al pueblo, pero se lo pensó mejor y decidió salir y dar la cara, total, a lo mejor hasta era una buena noticia y venía a decirle que también estaba enamorada de él, que lo amaba y lo echaba de menos.

—Hola, Taylor.

Salió al porche y la vio bajándose del coche, preciosa con un vestido corto de verano, sandalias y el pelo suelto. Tragó saliva y fingió normalidad acercándose a ella para mirarla a los ojos.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarte?

—¿Cómo estás?

—Bien, gracias —miró por encima de su cabeza el cielo despejado y se metió las manos en los bolsillos.

—Llevo más de tres semanas llamándote y bueno... supongo que no quieres hablar conmigo y lo respeto, pero no lo entiendo, pensé que éramos amigos, Taylor, y no puedo...

—¿Necesitas algo?, tengo mucho trabajo.

—Ok... —suspiró con los ojos húmedos y él la observó con ganas de abrazarla y darle un beso, pero se quedó quieto—. He vuelto a la escuela y me he enterado de que el consejo escolar ha propuesto a otra persona para mi puesto, es decir, me quedo sin trabajo, aunque tengo una oferta en Helena y...

—¿Y?

—Bueno, pues, me voy de Polson, solo quería decírtelo.

—¿Por qué? —preguntó muy seco sintiendo cómo se le partía el corazón, y ella forzó una sonrisa.

—¿Por qué?, pues... parece que por nada... en fin, me voy, solo quería despedirme y decirte que gracias a ti estos últimos meses han sido... estupendos. Eres una persona imprescindible en mi vida, no quería perderte, pero hasta el trabajo se empeña en mandarme lejos así que... —se echó a llorar y aún así él no varió la postura—. Gracias por todo, Taylor... por favor, no me mires así.

—¿Así, cómo?

—Como si no nos conociéramos, como si no hubiésemos compartido nada, como si...

—No sé ni qué decirte, Jo, ya daba por hecho que no te volvería a ver en la vida y esto facilita bastante las cosas, así pues, es una buena noticia. Mucha suerte en tu nuevo trabajo y con tu nueva vida.

—... —ella guardó silencio y le clavó los ojos llenos de lágrimas, pero él se mantuvo imperturbable simulando que todo el importaba un carajo, aunque era justo lo contrario.

—Voy a volver al trabajo, tengo mucho que hacer.

—Claro, por supuesto.

—Adiós.

La miró por última vez, giró sobre sus talones y regreso a la casa a punto de echarse a llorar, como un puñetero crío gilipollas. Entró en el salón, caminó por el pasillo conteniéndose, se metió al despacho, agarró el puto ordenador y lo estampó contra la pared.

Dos meses después

—Nadie elige de quién o cómo se enamora, Jo, el amor, la atracción, la química, las relaciones, todo eso es inexplicable, imprevisible. No se puede elegir ni el cuándo, ni el con quién... ¿Jo?

—¿Qué?

Apartó los ojos de la ventana y de la impresionante vista de Manhattan que tenía delante y se giró para prestar atención a Elma Pattinson, su terapeuta, a la que había vuelto visitar tras regresar de Montana.

—¿Quieres hablar de Taylor Williams o mejor lo dejamos para otro momento?

—No sé ni lo que quiero, solo sé que necesito sentirme un poco mejor o acabaré cayendo en una depresión, otra vez.

—Podemos usar una medicación ajustada, la primera vez funcionó y ahora es un buen momento para...

—¿Sabes cuánto hace que murió John? —la doctora la miró sin parpadear—. Dos años y nueve meses, menos de tres años y yo ya ando lloriqueando por otro hombre... eso me está matando... que sufra por mi marido muerto a los treinta y dos años, por nuestra vida destrozada, lo puedo sobrellevar, pero que no pueda superar que un tío al que apenas conocía me apartara bruscamente y me diera la espalda no tiene perdón de Dios.

—¿Quién dice eso?, ¿quién dice que solo tienes derecho a sufrir y a llorar por John?

—Yo... no sé... es absurdo que me haya hundido de esta forma por una historia sexual sin importancia, una historia que jamás iba a llegar a ninguna parte y que no se puede comparar con la muerte de un ser querido.

—Él dijo que te amaba, fuiste tú la que se negó a reconocer sus sentimientos en voz alta.

—Porque no era el momento, porque lo que teníamos era perfecto, él era perfecto... quiero decir, Taylor Williams, el ligón alérgico al compromiso, el imperturbable, el divertido, el inalcanzable, ese era el hombre perfecto, no el que empezó a cambiar porque creía quererme o estar enamorado de mí.

—¿Creía estar enamorado de ti?, ¿sigues sin creerte sus sentimientos?

—Sinceramente, sigo creyendo que confundió nuestra amistad perfecta, nuestra química y nuestra relación tan saludable con el amor. Nunca había tenido algo parecido con nadie y...

—Y se equivocó porque no tiene ni idea de lo que es amar a alguien.

—Sería la primera vez para él y es probable que esté confundido.

—Nunca lo sabremos porque no le diste, no os diste, la oportunidad de comprobarlo.

—Madre mía.

Se sentó en el sofá y se echó a llorar.

Desde hacía dos meses se echaba a llorar por cualquier cosa y se quería morir porque estaba sufriendo casi tanto como con la muerte de John, y eso no podía ser. No podía ser que Taylor Williams le hubiese roto el corazón de esa forma. No era lo que ella había planeado, ni lo que necesitaba, y se sentía demasiado frágil, y demasiado vulnerable como para poder superarlo con algo de valentía, así que estaba empezando a asustarse, porque no le gustaba nada sentirse así, ser así, y la cosa iba empeorando con el paso de los días y la ausencia de un trabajo en condiciones, o de un futuro claro al que aferrarse.

—Vamos, cielo, tranquila, solo es un proceso, ¿ok? Toma un poco de té.

—Gracias —recibió la taza de manos de la doctora Pattinson y respiró hondo—. Disculpa por esto, en serio, no quiero...

—Deberías ser más indulgente contigo misma, Jo, deberías empezar a perdonarte cosas.

—¿Qué cosas?

—Como el hecho de haberte enamorado de un hombre que no es John y de sufrir por la pérdida de ese amor que empezaba a nacer. Por echarlo de menos, a él y a Polson, por estar triste en Brooklyn y desorientada en lo referente a tu futuro, por llorar en mi consulta. Todo es perdonable, asumible y superable, Jo, eres una de las chicas más fuertes que conozco y tienes todos los recursos necesarios para salir adelante.

—No sé si me enamoré de él, si lo hubiese sabido al cien por cien se lo hubiese dicho, le hubiese reconocido que también lo quería... y no lo habría perdido... así que no puedo decir que estoy enamorada de él, de verdad que no puedo...

—¿Qué te hace dudar tanto, Jo?

—El que no se parece en nada a lo que sentía por John, es algo completamente diferente y no sé, no sé si esto tiene algo que ver con el amor o solo se trata una atracción física descontrolada.

—Todos los amores son diferentes, no puedes sentir lo mismo por un chico al que conocías desde la infancia, con el que pasaste toda tu vida, a lo sentimientos que puedes desarrollar a los veintiocho años por un hombre nuevo y completamente ajeno a todo lo que habías conocido antes.

—Bueno, ya se me pasará...

Se levantó mirando la hora y zanjó la visita de golpe, como solía hacer cuando ella le ponía la cruda realidad delante.

Salió de la consulta y encendió el teléfono móvil viendo un montón de mensajes y llamadas perdidas. Era el día de su veintinueve cumpleaños, una fecha que le hubiese encantado pasar por alto, pero que sus familiares y amigos estaban empeñados en no olvidar.

No contestó a nadie, puso el aparatito en silencio y decidió volver andando a casa, total, no tenía nada que hacer, porque el único trabajo que había encontrado en Nueva York al volver precipitadamente de Polson era irregular, cubriendo bajas de otros profesores en su colegio de toda la vida, el de las monjas a las que tanto odiaba, pero que habían sido las únicas en ofrecerle alguna salida laboral con el curso ya en marcha, así que lo mismo trabajaba una semana seguida,

que solo un día, algo que, por cierto, también la estaba volviendo loca.

Curiosamente, el día que Taylor Williams la había abandonado en Hawái, toda su vida se había puesto patas arriba. Él le había soltado la bomba más inesperada diciendo de repente que la quería, ella no había estado a la altura y él se había largado sin mirar atrás.

Ella lo había buscado por todas partes y lo había esperado inútilmente en la suite, creyendo que tras el estallido inicial volvería para hablar tranquilos, pero no lo hizo, ni siquiera contestó al teléfono, así que tras un día sola en la playa había decidido volver primero a Nueva York y después a Polson, donde él continuó sin coger el móvil y sin aparecer por su casa.

Lo rastreó, lo buscó y lo esperó en los sitios donde solía ir, le preguntó a su hermano Scott por él, a Pam disimuladamente, pero nadie sabía nada de su paradero y al final, cuando empezó a asimilar que de verdad lo había perdido, la propia Pam le soltó la segunda gran bomba del verano: el consejo escolar no la quería ya en el colegio, habían propuesto a una profesora originaria de Montana para el puesto y se quedaba sin trabajo a solo dos semanas de empezar el curso.

—¿No podíais habérmelo avisado antes?, ¿dónde voy yo ahora? —le preguntó con ganas de echarse a llorar y ella había sonreído de oreja a oreja.

—Ay, querida, tengo una noticia maravillosa para ti, tienes una oferta de trabajo en el Mountainside Montessori, el mejor colegio de Helena.

—¿Mountainside Montessori?, yo nunca he trabajado con el Método Montessori.

—Eso es lo de menos, cielo, eres joven, neoyorkina, especialista en arte, te hemos hecho unas cartas de recomendación maravillosas, encajarás perfectamente allí y estarás en la capital del estado. No creo que puedas aspirar a nada mejor, te lo digo en serio.

—No sé... estaba deseando volver al cole, estos dos años han sido...

—Lo sé, pero es lo que hay y de verdad me das mucha envidia, si yo fuera tú no lo rechazaría y empezaría a buscar casa en Helena ya. Tengo una amiga agente inmobiliaria que puede conseguirte algo estupendo. ¿Jo?

—¿Cuándo puedo dar una respuesta?

—Tienes dos días, o nada, nadie espera que rechaces el puesto.

Eso había sido todo, ni siquiera había podido despedirse de todos sus compañeros o de sus alumnos, porque por ahí aún no había nadie, y no le habían permitido entrar a su aula porque alguien ya había recogido todas sus cosas, así que Pam Williams se las entregó empaquetadas en una caja de cartón, sin ninguna ceremonia, antes de darle un par de besos a la europea para decirle adiós muy buenas.

Hundida y con la caja en el coche decidió ir a buscar a Taylor a su rancho. De normal, jamás hubiese osado invadir su intimidad, mucho menos su casa familiar, pero necesitaba hablar con él antes de tomar una decisión, y se presentó allí sin avisar, saludó a su madre, preguntó por él, ella le dijo que había salido al campo, y decidió esperarlo en el coche hasta que lo vio aparecer en el porche como una ensoñación, guapísimo con unos vaqueros ceñidos y una camiseta celeste, del mismo color de sus ojos.

En cuanto lo miró a la cara supo que ya no era “su” Taylor, su amigo, su inseparable y divertido amante, el hombre por el que había apostado fuerte, el primero después de John al que había metido en su cama. El hombre más guapo al que había visto jamás, y la evidencia la hizo comprender, al fin, que ya no había nada que hacer, que estaba perdiendo el tiempo intentando un acercamiento, porque él ya había pasado página y no quería saber nada más, nunca más, de ella.

Después de ese último encuentro nefasto con el hombre de sus sueños, había vuelto a su piso y le había contado a Bill las novedades. Habían llorado juntos y se habían lamentado por tener que separarse, pero él también opinaba que la oportunidad de trabajar en el Mountainside Montessori de Helena era única. Una opción que además le permitiría seguir viviendo en el estado de Montana, así que al día siguiente había espantado la pena, se había limpiado las lágrimas, había llamado temprano al colegio y se había presentado en sus estupendas instalaciones para hablar con la directora, decidida a firmar su contrato, pero la cosa se había torcido de manera imprevisible y al final también había terminado huyendo de allí.

—Tienes un currículum inmejorable y tu especialidad en historia del arte nos viene de maravilla, Josephine, nos encanta sumarte a nuestro equipo —le dijo Meg, la directora, leyendo su dossier profesional con una sonrisa.

—Jo, llámame Jo, por favor, Josephine me suena un poco ajeno.

—Claro, Jo. ¿Qué tal tu paso por Polson?

—Muy bien, la verdad es que han sido dos cursos muy bonitos, la gente es estupenda y...

—Lo sé, ya sabes lo bien que habla Jim de su pueblo.

—¿Jim?

—Jim, James McFraser, tu mayor fan, de hecho, le he pedido que venga hoy para darte la bienvenida al cole.

—¿James McFraser? —se sentó mejor en la silla y sintió perfectamente como se le congelaba el pulso— ¿Qué tiene que ver Jim con este colegio?

—Es patrocinador, está en el consejo escolar, nos ayuda mucho con las actividades extraescolares, es uno de los mayores defensores del Método Montessori en Montana, bueno, en todo los Estados Unidos.

—¿Cómo dices?

—Él nos habló de ti y se ocupó de resolver tu contrato en Polson, la verdad es que ha sido un milagro, porque estábamos buscando a una docente con tu perfil desde hace años.

—¿Que Jim qué?

—¿Perdona?, ¿no sabías que Jim ha apadrinado este fichaje? —ella negó con la cabeza—. Vaya, pues lamento estropear la sorpresa... hala, mira, ahí viene.

Se puso de pie al ver entrar a James McFraser de punta en blanco por el pasillo acristalado de la zona de profesores, y Jo hizo lo mismo, pero evidentemente no con las mismas intenciones.

Cogió su mochila y se la puso al hombro, se acercó a la puerta y cuando él entró saludando

a esa mujer tan agradable, ella esperó en silencio hasta que la miró a la cara.

—¡Jo!, qué agradable sorpresa tenerte en Helena, bienvenida a...

—¿Tú has hecho que me despidieran de Polson? —lo interrumpió muy seria y él levantó las manos— ¿Con qué derecho?

—Bueno, solo era una suplencia y aquí, Meg y su equipo...

—¿Con qué puto derecho? —subió el tono de voz y la pobre Meg la miró con cara de susto.

—Es una oportunidad única, Jo, y lo de Polson se iba a acabar tarde o temprano, lo hablé con Pam, estuvo de acuerdo conmigo, moví algunos hilos y...

—Lo siento mucho, Meg, gracias por tu tiempo, pero no voy a trabajar en tu colegio. Buenas tardes.

Salió de allí a toda velocidad, indignada y algo asustada, al darse cuenta de que había gente como esa, como los McFraser o como Pam, cerca de ella, y antes de llegar a su coche él la abordó corriendo y sonriendo como un puñetero gilipollas.

Ella le dio la espalda, pero él tuvo la mala idea de agarrarla por un brazo, lo que desató la tercera guerra mundial.

—¡No me toques!, pero ¿tú quién coño te crees que eres, tío?

—Tranquila, mira...

—No me digas que me quede tranquila, no me hables, ni siquiera me mires, capullo.

—Eh, vaya boquita, Jo.

—¿En serio?, ¿en serio te atreves a dirigirte a una mujer adulta como si tuviera cinco años? Repito: ¿tú quién coño te crees que eres? y lo más importante, ¿quién coño te crees que soy yo?

—Solo pretendía ayudar, este es uno de los mejores colegios de Montana, Helena es una ciudad preciosa, te encantará vivir aquí y...

—¿Y eso lo has decidido tú solo?, ¿te he pedido en algún momento ayuda?

—Lo de Polson era inestable.

—¿Y a ti que coño te importa?!, no es asunto tuyo, ni siquiera somos amigos, ¿cómo te atreves...?

—Esto es lo mejor para ti.

—Me has dejado sin trabajo, sin casa, sin vida y todo ¿porque crees que es lo mejor para mí? Estás pirado, chaval, y no quiero que te vuelvas a acercar a mí en tu puñetera vida, ¿te queda claro?

—Estar en Polson no significa estar con Taylor, Jo.

—¿Disculpa?

—Sé que algo pasó entre vosotros, que andabas desesperada buscándolo, así que imagino que te dejó. Sé cómo se las gasta, por lo tanto, creo que este es un buen momento para cambiar, para empezar de cero, para ofrecerte una oportunidad a tu altura y he actuado. Yo soy así, una persona resolutoria, con recursos y de fiar, no como otros...

—Tú lo que eres es un puto paleta metomentodo.

—Estás enfadada y no me importa, solo sé que, si te quedas en Helena el tiempo suficiente, lejos de Taylor Williams, llegaremos a estar muy unidos.

—Estás loco, igual que tu hermana Rachel, que es incapaz de aceptar un no por respuesta. ¡Apártate de mi camino, cretino insufrible!

Lo empujó para subirse al coche, se puso al volante y aceleró camino de la carretera. Condujo muy nerviosa hasta que llegó al Aeropuerto Regional de Helena, aparcó y solo entonces un llanto profundo la desgarró por dentro, mucho rato, hasta que fue capaz de recomponerse y aceptar que lo mejor era dejar de inmediato el precioso estado de Montana, y para siempre. Allí no la retenía nada, ni nadie, y visto lo visto, no la iban a dejar en paz.

Dos meses después seguían dándole escalofríos cada vez que pensaba en James McFraser y esa pinta pulcra y peligrosa que tenía. No había nada más chungo que un multimillonario con poder político, con influencia en su comunidad (una comunidad pequeña y conservadora como esa) con fama de generoso y buena persona, porque manipulaba a todo el mundo a su antojo, y eso nunca podía traer nada bueno, sobre todo si por alguna razón se había encaprichado de alguien como ella, que era una forastera sola y sin apoyos a su alrededor.

Dos meses después tampoco conseguía entender que Pam Williams se la hubiese jugado a sus espaldas y la hubiese despedido sin piedad, pero, a pesar de todo, también seguía añorando Polson y a sus alumnos, a su escuelita acogedora y bien organizada, su piso con Bill, que era un chico estupendo, sus clases de Line Dance y su taller de *patchwork*, sus calles y su precioso paisaje, la libertad que había conseguido allí, y la felicidad, porque había sido muy feliz, sobre todo los últimos meses al lado de Taylor Williams, al que no podría olvidar en lo que le restara de vida.

—Hola —al fin contestó al teléfono entrando en casa de su madre y Bill la saludó desde Montana muy animado.

—¡Felicidades, cumpleañera!

—¡Gracias! Qué alegría oírte, Billy.

—¿Tienes preparada una gran fiesta para esta noche?

—No, he dicho que estoy enferma y me voy a meter en la cama, ¿tú cómo estás?

—Que aburrida, el año pasado lo pasamos genial.

—Ya, pero esto no es Polson.

—Bueno... ¿tienes tiempo? Porque tengo que contarte muchas cosas interesantes.

—Dispara —entró en su cuarto y se encerró con llave.

—Pam y Scott Williams se han separado, ella dice que solo se trata de un descanso temporal después de diez años de matrimonio, pero todo el mundo asegura que es definitivo.

—¿En serio?

—Y eso no es lo peor, al parecer él la pilló liándose con tu mayor pesadilla.

—¿Quién?

—James McFraser.

—No... —se sentó en la cama moviendo la cabeza—. No puede ser verdad.

—Al parecer ha sido de repente y las malas lenguas hablan de que él lo ha hecho para joder a los Williams y de paso conseguir una pareja vistosa de cara a las elecciones. Al final se casará con ella, que fue miss Nueva Orleans o algo así, porque necesita un golpe de efecto, incluso porque sus dos preciosos hijitos rubios quedarán geniales en la foto... eso dicen las del taller de *patchwork*.

—Lo siento por los niños.

—Ella le ha confesado a las más cercanas que seguramente se mude a Helena para despejarse, pero, de momento, sigue en su casoplón y Scott se ha instalado con Taylor en el centro.

—Vaya, que mal, pobre Scott, debe ser muy doloroso para él separarse de sus hijos.

—Si se va y la dirección del colegio cambia podrías volver, tu sustituta se casa en junio y se irá a vivir a Dallas.

—No lo veo viable, mi padre sigue hablando con sus amigos de la armada y tal vez, con algo de suerte, me pueda ir a alguna base naval europea, ojalá a Italia. Enseñar allí sería...

—Sé que nos echas de menos, no lo descartes del todo. Otra cosa... —respiró hondo y ella se pasó la mano por la cara—. He visto a Taylor, estuvo ayer aquí y se llevó algunas cosas tuyas que se había dejado en tu cuarto.

—No quiero saberlo.

—Vale, pero tal vez sí quieras saber que sus dos acosadoras, Rachel y Beatrice, casi se matan hace dos semanas en Nueva York. Las hicieron coincidir para poner en marcha al fin una demanda contra él y resulta que en el mismo despacho de sus abogados se agarraron literalmente de los pelos, celosas como perras, acusándose la una a la otra de perseguir a su hombre. Una locura, así que todo quedó en agua de borrajas.

—Bueno, un problema menos.

—También me dijo que Scott le había contado los detalles de tu despido y la intención de McFraser de engatusarte en Helena para que te quedaras allí con él y... estaba cabreadísimo, creo que si ve a ese tío le partirá las piernas.

—Espero que no, porque esto no tiene nada que ver con él.

—Ay, mi querida Josephine, todo tiene que ver con él, incluso que no quieras celebrar tu cumpleaños.

—De eso nada, ya ha pasado mucho tiempo, estoy bien.

—Lo que tú digas.

—En serio.

—Se iba hoy a Argentina para hacer negocios y visitar un Derby no sé dónde.

—Palermo, en Buenos Aires —contestó, recordando las veces que habían hablado de sus viajes por

el mundo captando clientes, y tragó saliva— ¿Qué tal Jason?

—Genial, desde que se ha instalado aquí todo va de cine, incluso me lo llevo al taller de *patchwork*.

—Me alegro mucho ¿Cuándo vienes a verme a Nueva York?

—Antes de que te largues a algún sitio lejano.

—Eso espero, porque la verdad es que te echo muchísimo de menos.

Le encantaba Buenos Aires, Argentina en general, tenía muy buenos amigos allí y solía cerrar unos tratos comerciales estupendos, así que había viajado un poco antes del Derby de Palermo para disfrutar de unos días de relax y de las mieles de la primavera austral con muy buen talante, hasta que todo se había puesto del revés y había acabado regresando a los Estados Unidos la misma noche del Derby.

El primer traspié había sido encontrarse a bocajarro en el hotel Hilton de Buenos Aires con Beatrice Longbottom, a la que no podía ver porque le había interpuesto una orden de alejamiento hacía dos semanas en Nueva York cuando ella, después de intentar tirar por una ventana a Rachel McFraser, lo había localizado en un restaurante y lo había atacado con platos y cubiertos y todo lo que había pillado a su alcance.

Las dos, Rachel y Beatrice, habían acudido a Manhattan para ponerse de acuerdo en una demanda conjunta contra él, demanda falsa, por supuesto, por abuso emocional y maltrato síquico, y habían acabado pegándose delante de sus elegantes abogados, dejando claro que no estaban muy bien de la cabeza y que más les valía no presentarse así delante un juez o acabarían bastante mal paradas.

Por su parte, su abogado le había pedido estar en Nueva York a mano, para intentar una reunión de conciliación con ellas, y así lo había hecho, había ido sobre todo para evitar a sus padres el bochorno de pasar por semejante proceso judicial, pero, afortunadamente, no había sido necesario y todo había quedado en nada, en una pérdida de tiempo que lo había tenido dos días en Manhattan pensando en Jo Expósito y machacándose ante la posibilidad de ir o no a verla a Brooklyn, a casa de sus padres, dónde Conrad le había dicho que se había instalado después de dejar Montana de forma precipitada.

Su hermano Scott, la noche que había decidido dejar a su mujer y aparecer en su casa con una maleta y medio borracho, le había contado al detalle las maquinaciones de Pam para deshacerse de Jo y mandarla a Helena envuelta en papel de regalo para su amiguito James McFraser. Ese hijo de puta había conseguido que el consejo escolar de Polson aprobara su despido y a cambio le había cerrado un trabajo espectacular en sus dominios, sin embargo, Jo no había tragado y lo había dejado tirado en Helena, algo que lo hacía sentir muy orgulloso, pero que no dejaba de martirizarlo porque, en su momento más complicado y vulnerable, la había dejado sola y eso no se le hacía a nadie, menos aún a la mujer de la que creías estar enamorado.

Tenía muchas cosas por la que sentirse culpable y por las que era incapaz de mirarla a los ojos, así que al final no había ido a verla a Brooklyn y se había marchado de Nueva York tras el incidente con Beatrice, con la policía de por medio, que había acabado con ella detenida una vez más porque ya tenía antecedentes similares en Montana. Una puñetera pesadilla.

Todo aquello, todas esas chorradas, no hacían más que reforzar sus sentimientos por Jo Expósito, que era una mujer inteligente y serena, estable, nada complicada, nada egoísta, la única

que lo hacía sentir en paz, pero eso no cambiaba el hecho de que ella no lo quería, lo había rechazado y, por lo tanto, no podía tenerla en su vida, no podía porque no podía ser amigo, mucho menos uno con derecho a roce, de la única chica que le había puesto el mundo del revés.

Con eso claro se había vuelto a Polson y después se había ido a Buenos Aires decidido a olvidarse de ella, y allí se había encontrado con Beatrice y su nuevo novio, un tío muy rico del sur de Argentina, que lo había mirado como si fuera un monstruo y le había asegurado, textualmente, que sus putas órdenes de alejamiento no tenían ninguna validez en su país, así que era mejor que se anduviera con cuidado o iba a mandar que le dieran una paliza.

Dos días después ella había intentado meterse en su habitación medio desnuda y él había acabado huyendo y alojándose en casa de un amigo, no por miedo al prepotente de su novio, sino porque no soportaba verla, ni mirarla, ni siquiera oír su voz, y no pretendía jugarse su integridad física por ella.

Un desastre de viaje que había empezado mal y que había acabado peor, porque los negocios también se habían torcido por culpa de Bea y su novio, que le habían puesto todos los obstáculos posibles para hacerlo fracasar en cualquier transacción que quisiera poner en marcha.

Una verdadera lástima, más por el tiempo perdido que por el dinero, porque no necesitaba de ese mercado para hacerse rico o para evitar la ruina, pero que le había acabado jodiendo la vida un poco más si cabe.

—Hola, Rob... —contestó el teléfono a su hermano mayor y se puso de pie para mirar el panel de vuelos del aeropuerto.

—¿Dónde estás, chaval?

—En el aeropuerto de Miami.

—Ok, he cerrado la venta de los dos potrillos de Owen, la subasta ha salido tal como queríamos, así que enhorabuena.

—Enhorabuena a ti por la gestión, muchas gracias. ¿Qué tal Sacramento?, ¿qué tal los niños?

—Todo bien, mucho trabajo, el despacho no da abasto, los gemelos ya se han adaptado al cole de mayores y Robbie y Brice se han clasificado para el concurso de saltos de San Francisco.

—¿En serio?, joder, me alegro mucho, vi las últimas competiciones por *streaming* y les dije que si seguían así no los paraba ni Dios. Pásamelos para felicitarlos.

—No estoy en Sacramento, estoy en Nueva Orleans por un tema profesional, luego les digo que te llamen, por cierto... anoche me encontré con el capullo de James McFraser y no iba solo, iba con nuestra cuñada Pam, al parecer lo ha traído a la ciudad para presentarle a sus padres.

—¿En serio?, sí que van rápido.

—Él está loco por apoyar su imagen pública con mujer e hijos y ella está encantada con la posibilidad de convertirse en primera dama de Montana, así que van a toda prisa. Malditos esnobes —soltó un bufido—. Ya le dejé claro que a mis sobrinos no los va a utilizar en su puta campaña política, de hecho, pienso pedir unas medidas cautelares para evitar que los expongan de cualquier forma, pública o privada. Si Scott está demasiado conmocionado para actuar ya lo haré

yo desde nuestro despacho en Helena.

—Me parece perfecto.

—Creo que es el mejor momento para que pida la custodia.

—No lo he hablado con él, pero creo que no querrá apartarla de los niños.

—¿Sabes lo que dice su jefe de prensa?, al que conocí por casualidad porque estudió con Susan en Berkeley.

—¿Qué?

—Que la elegida ideal como la futura señora McFraser era la amiga de Conrad, Jo Expósito. Una profesora de origen latino formada en Nueva York, sin hijos y viuda de un héroe de los Marines, encima dicen que es un bellezón. Un caramelito que incluso Aaron McFraser aprobó, sin embargo, como ella no entró al trapo Jim fue a por la más arribista de sus amigas, Pam, que llevaba demasiado tiempo aburriéndose en Polson.... ¿Taylor?

—Estás hablando de mi novia, bueno, de la chica con la que salía...

—¿¿Qué?!, ¿he oído novia?, ¿quién eres tú y qué has hecho con mi hermano?

—Bueno, novia, novia, la chica con la que estaba saliendo en serio, aunque rompimos y ella se volvió a Nueva York porque Pam la despidió.

—Hostia puta, Taylor, siempre andas metido en todas las salsas.

—No es mi intención.

—¿Y dices que ya no estáis juntos?

—Lamentablemente no, pero aún se la tengo jurada a ese hijo de puta, por propiciar su despido y por prepararle una encerrona en Helena para que se quedara con él. La ha perseguido durante meses, incluso sabiendo que estaba conmigo, y la acosado a la distancia maquinando como un cabrón con Pam y sus secuaces.

—Es un capullo, siempre lo ha sido, pero anoche se llevó su merecido, por Scott y ahora sé que también por ti, no te preocupes.

—¿Su merecido?, ¿qué has hecho, Robert?

—Se me puso chulito respaldado por Pam y protegido por su guardaespaldas, pero al final se llevó igualmente una tunda, aunque no se lo cuentes a mi mujer o me hará dormir en el sofá.

—Joder, macho —soltó y Rob se echó a reír.

—Me ha puesto una denuncia, iremos a los tribunales y pleitearé con él hasta que me case y entonces igual le pago una indemnización, de momento, le ha quedado claro que de los Williams no se ríe nadie.

—Por la parte que me toca, muchas gracias.

—Para eso estamos. Oye, ¿qué pasa con tu retirada en Las Vegas?

—Paso de hacer una retirada oficial, he descuidado bastante la competición de este año y no estoy para llegar a Las Vegas.

—Claro, estabas ocupado con otras cosas más interesantes.

—Muy gracioso.

—En fin, tengo que dejarte, hermanito, llama luego a Tracy para que te envíe los contratos de la subasta.

16

—Vivimos nueve meses en la Base Aérea de Aviano, justo antes de que mis padres consiguieran instalarse en los Estados Unidos, y desde luego está en el mejor sitio posible, cerca de Trieste y frente al Mar Adriático, pero... no sé, Jo, me da mucha pena que te vayas tan lejos.

—A mí me parece casi tan lejos como Polson, Montana —sonrió a Anna Williams, que una vez más las había recibido en su casa para hacer una revisión exhaustiva a su madre, y ella movió la cabeza.

—Tienes razón y si es una buena posibilidad de trabajo, no puedes decirle que no.

—Es el colegio americano, estaré entre Marines y podré practicar mi italiano, creo que es la mejor opción posible, pero hasta el año que viene no sabré nada en concreto, de momento, seguiré en Brooklyn haciendo suplencias.

—Es una lástima. Conrad sigue sin explicarse que te despidieran de Polson, aunque claro, Pam se ha revelado como una persona con bastantes aristas y...

—¿La conoces bien?, ¿a Pam?

—La conocí en navidades y la vimos poco, no vino a nuestra boda, ni suele aparecer en las celebraciones familiares, siempre he visto a Scott solo, así que he de decir que no la conozco casi, aunque con todo lo que ha pasado, tampoco tengo muchas ganas de conocerla.

—No ha acabado noviembre, se separó a primeros de octubre, y ya está organizando su próxima boda. En Polson, dice mi amigo Bill, no se habla de otra cosa, sinceramente lo siento por Scott, que es un tío estupendo y encima con un cargo público.

—Ya no, ha renunciado, en enero deja el ayuntamiento y va a retomar su trabajo como abogado en Helena para estar cerca de sus hijos.

—Es increíble como la vida nos puede cambiar de la noche a la mañana.

—Lo sé, por eso hay que aprovechar de...

—Doctora Williams, ya están los resultados.

Una enfermera la llamó desde unos de los mostradores del hospital y Anna le sonrió y se acercó para leer la carpeta con los resultados de las pruebas de su madre, se apoyó en la mesa y Jo la observó en silencio.

—Va todo bien, Jo, no te preocupes, solo nos queda el PET TAC y podréis disfrutar de la tarde en Washington.

—¿La anemia y todo eso?

—Sigue con un poco de anemia y tiene los niveles de la tiroides un poco descompensados, pero nada que no se pueda solucionar con medicación. Está estupenda, el PET TAC es solo para

curarme en salud.

—Genial, muchas gracias, Anna, no sé cómo agradecer...

—Déjalo, ¿quieres?, no hay ningún problema. Marion, por favor, que pasen a la señora Galignani a radiología, nosotros la esperaremos en mi consulta —le pidió a la enfermera y se inclinó para firmar la carpeta justo en el momento en que su teléfono móvil empezaba a vibrar en el bolsillo de su bata blanca—. Disculpa, Jo. Hola, mi amor, ¿qué tal estás?... está abajo con Bobby, él se lo iba a mirar, yo estoy con Jo y Dulce, con ellas todo perfecto, luego le pediré a Bobby el informe de... sí, Conrad, no te preocupes... cariño... sí, ahora recojo a Emily de la guardería, estuve con ella hace dos horas y todo iba bien... ok, vale... no... no vayas a recogerlo, está perfectamente y... vale, has lo que quieras. Yo también te quiero, adiós.

—¿Va todo bien?

—Sí, pero cuándo lo veas, por favor, explícale que un niño de dos años y siete meses está perfectamente capacitado para tener autonomía y su propio espacio, o nos van a acabar expulsando del cole.

—¿Qué ha pasado?

—Que la etapa de adaptación de Conrad en el cole ya ha terminado, pero su padre se niega a aceptarlo y va a verlo a media mañana, llama por teléfono o pasa a recogerlo antes de la hora de salida. Nos han pedido expresamente que no lo hagamos, pero él insiste en que aún es muy pequeño y que no necesita tanta rigidez, ni tanta disciplina, ni...

—Que contrasentido viniendo de un Marine —se echó a reír y Anna bufó—. Hablaré con él, pero dudo mucho que me haga caso.

—Parece una gallina clueca con los niños, lo quiero incluso más por eso, pero a veces es agotador.

—Es un súper papá, déjalo disfrutar.

—El problema es que podría estar embarazada, no lo sé seguro, pero lo más probable es que tengamos un tercer bebé mucho antes de lo previsto y es imprescindible que al menos el mayor ya esté colocado en el colegio.

—¿En serio? qué alegría, Anna.

—Bueno, aún no está confirmado, así que, por favor, guárdame el secreto, no quiero que empiecen las celebraciones antes de tiempo.

—Seré una tumba —sonrió y le acarició el brazo viendo como volvía a prestar atención a los papeles—. No sabes la envidia que me das, supongo que cumplir los veintinueve me ha acelerado el reloj biológico.

—Aún eres muy joven, tienes todo el tiempo del mundo.

—Con John estuvimos dos años intentándolo antes de... ya sabes, y no pasó nada, así que espero que cuándo decida tener hijos, en un futuro, no tenga ningún problema.

—Seguro que no —la miró con los ojos brillantes y Jo le sonrió.

—Estoy bien, solo es un comentario, si ni siquiera tengo pareja...

—¿Ah no? ¿y Taylor?

—Eso se acabó en verano.

—¿En serio?, no sabía nada, dimos por hecho que... porque...

—Hola, señorita Expósito.

Oír su voz en ese hospital, a varios kilómetros de Montana, casi le provoca un pasmo, así que no se movió y bajó la cabeza sintiendo cómo Taylor Williams se le pegaba al cuerpo y dejaba sobre el mostrador, con bastante energía, una carpeta de informes médicos antes de acercarse a Anna y darle un beso en la mejilla.

—Hola, prima, tan guapa como siempre.

—Hola, ¿qué tal ha ido?

—Bobby me ha dado el alta, dice que estoy bien, pero me pidió que te trajera el expediente por si quieres recomendar algo mejor para mi dolor de espalda.

—Vale...

Abrió la carpeta y él dio un paso atrás para mirarla a la cara, ella carraspeó y se cruzó de brazos para sostenerle la mirada, esa preciosa mirada celeste que era capaz de tumbarla al primer asalto, pero que pudo mantener unos segundos sin hablar hasta que él claudicó y desvió los ojos hacia el trájín del hospital.

—¿Estás bien?, ¿algún problema con tu espalda? —le preguntó al cabo de unos minutos y él asintió.

—Sí, es que me caí entrenando y ya que estoy en Washington he aprovechado para que mi primo Bobby me echara un vistazo.

—¿Y qué haces en Washington?

—Conrad cumple los cuarenta y Anna y Bobby le están organizando una fiesta sorpresa.

—Él también cumple años la semana que viene, así que será una celebración doble —comentó Anna y ella asintió recordando que su cumpleaños, que antes del verano habían planeado celebrar en algún destino secreto, era el 18 de noviembre.

—Sí, a un paso de los treinta y siete. ¿Tú que haces aquí?

—He venido con mi madre por...

—Espero que se encuentre bien.

—Al parecer todo en orden, gracias —miró a Anna y comprobó que ella los estaba observando de reojo—. Igual debería esperar a mi madre en radiología, Anna.

—No muerdo, puedes seguir donde estás —soltó él con retintín y se giró para mirar a una enfermera que le estaba sonriendo embobada.

—No es por ti, es por Anna, que ya está bastante ocupada.

—Claro, por supuesto que no es por mí.

—¿Perdona?

—No tienes que salir huyendo cada vez que me ves.

—¿Huyendo yo?, si no recuerdo mal es justo lo contrario. Anna, lo siento, voy a buscar a mi madre

y luego te veo en tu consulta.

—Claro, como quieras... Taylor...

—Yo no huyo de ti, señorita Expósito, solamente intento mantener las distancias para no incomodarte.

—¿Qué pasa? Ahora, después cuatro meses, ¿al fin quieres hablar conmigo?, ¿necesitas decirme algo?

—Yo ya hablé contigo y tú dijiste todo lo que tenías que decir, no tengo nada más que hablar al respecto.

—Estupendo, entonces no hace falta ni saludarse, adiós, Taylor. Anna...

—Para ser maestra eres bastante mal educada, señorita Expósito.

—¿Qué?, pero, ¿a ti que diantres te pasa?

Caminó hacia él hecha una furia y se le pegó mirándolo hacia arriba, él entornó los ojos y abrió la boca para decir algo, pero Anna Williams se interpuso entre los dos y levantó las manos.

—Ok, está claro que aquí hay algo pendiente por resolver y todos somos adultos, así que os voy a pedir que me acompañéis tranquilamente a mi despacho y habléis allí como personas civilizadas. ¡Vamos!

Les indicó el pasillo como a un par de críos y los dos la siguieron sin rechistar. Taylor se le puso detrás y no despegó los ojos de su trasero todo el camino hasta la consulta, podía sentirlo perfectamente, así que en cuanto entró allí se giró hacia él con ganas de estrangularlo.

—No sé qué te pasa, Taylor, pero no creo que este sea el lugar más apropiado para ponerte borde conmigo, yo no...

—¿Tú no?, ¿tú no qué?

—¿Qué edad tienes?, ¿diez años?

—Vale, parejita —Anna agarró su abrigo y su bolso y los miró indistintamente—. Mi turno ha acabado, tengo que recoger a mi hija de la guardería y vosotros tenéis que solucionar muchas cosas, podéis quedaros aquí un par de horas para charlar tranquilamente, al menos hasta que venga mi compañera de las cuatro.

—Tengo que ver a mi madre...

—Tranquila, Jo, yo recojo a Dulce y me la llevo a casa, te esperaremos allí. Lo importante ahora es que arregléis sea lo que sea que tengáis a medias. Hasta luego.

Les sonrió y se fue cerrando la puerta, ella se giró hacia la ventana y se cruzó de brazos respirando hondo, intentando mantener la calma y las formas, hasta que recuperó el control, se volvió y lo miró a los ojos. Él se apoyó en el borde del escritorio y la observó sin hablar.

—Si tienes algo que decirme es el momento, Taylor, soy toda oídos.

—No te preocupes, puedes irte cuando quieras.

—Puedo, pero creo que Anna tiene razón y ya que estamos aquí, pues...

—No tengo nada que decir.

—Yo creo que sí y estoy preparada, puedes reprocharme lo que sea.

—No puedo reprocharte que no me quieras, así que nos podemos largar de aquí ya mismo.

—Yo nunca he dicho que no te quiera —le soltó con el corazón saltándole en el pecho y él se restregó la cara con las dos manos—. Solo me callé, no respondí como tú querías y después de eso no me has dejado de explicarme, aunque lo intenté muchas veces.

—Esto es penoso, no tienes que consolarme. Venga, vamos.

Se puso de pie y se acercó a la puerta, pero ella fue más rápida y taponó la salida buscando sus ojos.

—Lo que teníamos era perfecto, Taylor, creo que a tu lado he pasado los mejores meses de mi vida, pero nunca, jamás, imaginé que se habían involucrado sentimientos porque tú no eres así, tú no estableces lazos emocionales e inconscientemente me había convencido de que solo éramos amigos, unos amigos muy bien avenidos que no necesitaban hablar de lo que sentían, así que cuando me dijiste eso en Hawái me descoliqué, me asusté, y no reaccioné como hubiese querido. Lo siento mucho.

—Llevábamos mucho tiempo viéndonos, pasando tiempo juntos, no estaba con nadie más, solo contigo. Creo que eso era una pista más que evidente de que entre nosotros había algo más, o al menos de que yo sentía algo más.

—Te conozco desde hace tiempo, pero en realidad apenas nos tratamos desde enero. No sabía nada de ti y nunca me quise preguntar adónde ibas después de estar conmigo o a quién veías cuando te ibas de viaje. Nunca me atreví a pensar que lo nuestro fuera diferente para ti, esa es la verdad, no me atreví porque tú nunca has ocultado que no te van las relaciones estables. ¿Cómo me iba a imaginar que tú, el hombre más guapo y adorable del mundo, iba a querer quedarse conmigo?

Sintió las lágrimas mojándole la cara y se le quebró la voz, pero una fuerza interior muy clara, tal vez John, del que se acordó de repente, la empujó a seguir hablando y a destapar de una vez por todas lo que tenía en el alma y que no la dejaba respirar.

—Te quiero, por supuesto que te quiero, ¿cómo no te voy a querer?... es imposible que no te hayas dado cuenta de que me había enamorado de ti.

—No me había dado cuenta ... por mi parte John seguía siendo el único hombre de tu vida.

—John fue mi primer novio, mi mejor amigo y mi marido, pero lo que he sentido por él es muy diferente a lo que siento por ti. Tú eres... eres...

Sintió su mano en la nuca y luego su abrazo estrechándola muy fuerte contra su pecho mientras le besaba la cabeza. Cerró los ojos y se echó a llorar aferrándose a su espalda, mucho rato, hasta que tuvo que buscar un pañuelo para secarse las lágrimas.

—Lo siento, te he dejado empapado.

—No importa —le sonrió con los ojos húmedos y ella se acercó, se puso de puntillas y le limpió las lágrimas con los pulgares.

—John siempre vivirá en mi corazón, pero ese amor adolescente e idílico que acabó tan pronto y de forma tan injusta no se parece en nada al amor adulto, fuerte y tan intenso que siento por ti, Taylor Williams. No te puedo decir que un día me olvidaré de John, pero sí puedo jurarte que

como yo no te querrá nadie nunca, jamás.

—Vaya y yo que solo venía para hacerme unas radiografías... —soltó una risa y movió la cabeza—. Estos últimos cuatro meses han sido...

—Lo sé y lo siento, para mí también han sido muy difíciles, te he echado muchísimo de menos y entiendo que necesites tiempo y pensártelo un poco y... lo importante es que hemos hablado, me has dejado sincerarme y a partir de este punto, pues... esperaré a que tengas ganas de volver a verme, o no... lo que sea lo acataré sin quejas.

—¿Qué tenga ganas de volver a verte?

—Sí, claro, yo...

—Lo único que quiero es volver a verte, no pienso en otra cosa, señorita Expósito.

Tiró de su mano y le pegó un beso de los suyos, directo y sin preliminares, la agarró por las caderas y la apoyó contra la pared subiéndole el vestido para perderse entre sus braguitas.

Ella se echó a reír devolviendo los besos y acariciándole el pelo, sin poder creerse lo que acababa de pasar, y facilitó la maniobra para recibirlo dentro, porque se moría por sentirlo y se dejó llevar sin pensar en nada más, solo en sus embestidas salvajes y precisas, sus besos húmedos, su saliva y su sabor.

El mejor sabor del universo.

Se despertó, abrió un ojo intentando situarse y recordó que estaba en casa, en su piso, en Polson, que estaban a 4 de julio y que les esperaba un día muy agitado porque Bradley iba a ser homenajeado por el ayuntamiento después del desfile de la independencia, y media familia había llegado a Montana para acompañarlo.

Respiró hondo y estiró la mano para tocar a Jo, que dormía tranquilamente a su lado. No había mejor sensación en el mundo que despertarse con ella, con esa piel suave y color caramelo a su alcance, así que giró y la abrazó con todo el cuerpo besándole el pelo.

Te quiero, susurró y cerró los ojos intentando dormir algo más. Habían dormido poco porque sus sobrinos, Scotty y Chuck, los hijos de Scott, se habían quedado con ellos y el pequeño había despertado varias veces durante la noche preguntando por su padre, que volvía esa mañana de Helena para hacerse cargo de los dos.

Como venía siendo habitual, Pam, desde hacía cinco meses la flamante señora McFraser, había cambiado a última hora el turno de visitas de Scott y había mandado a los niños a Polson con un chófer y sin consultar a nadie, así que Jo y él habían tenido que improvisar y hacerse cargo de los niños antes de que sus padres pusieran el grito en el cielo y se montara otra trifulca, una más de las cientos que tenían desde que esa mujer había decidido divorciarse y casarse con Jim en un tiempo *record*, convirtiéndose en una verdadera pesadilla para su exmarido y para su antigua familia política, a los que utilizaba como niñeros a tiempo completo sin consultar y cuando le daba la gana.

Afortunadamente, la situación había acabado por abrir los ojos de Scott, que había despertado y estaba pidiendo la custodia completa de los niños. Una batalla legal complicada, pero que estaba seguro iba a ganar porque Pam solo pensaba en tener hijos con Jim McFraser, el imbécil de su marido, que necesitaba niños guapos para sacar en la foto, no como los suyos, a los que por orden de un juez no podía utilizar públicamente. Circunstancia que a ella fastidiaba lo suficiente como para hacer evidente que Scotty y Chuck le sobraban de largo.

Gracias a Dios, Jo estaba con él en casa y más de una vez había asumido el cuidado de sus sobrinos con los que se llevaba de maravilla, en realidad, ella se llevaba muy bien con todo el mundo, también con sus padres, a los que había conocido oficialmente en noviembre, cuando habían regresado juntos de Washington y la había presentado como su novia.

Contra todo pronóstico, porque aquello había sido una especie de milagro, después de su inesperada y rápida reconciliación en la consulta de Anna, todo había ido muy rápido. Se conocían lo suficiente como para no tener que empezar de cero y él le había sugerido volver a Montana para retomar su vida donde la habían dejado, salvo que ahora viviendo juntos y haciendo oficial su relación de cara a todo el mundo. No estaba dispuesto a jugar a ser amantes secretos y ella, que no había logrado integrarse en Brooklyn, tampoco, así que habían emprendido la aventura de vivir juntos en Polson y todo marchaba de maravilla.

Por supuesto, también había roces y tensiones, alguna discusión absurda por celos o por otras razones similares, porque él se había descubierto como el más posesivo de los mortales, pero al final se reconciliaban, hablaban y avanzaban en el difícil arte de la convivencia. Ella era adorable y cariñosa, muy paciente, inteligente y abierta, sexy y apasionada, estaba loco por ella, ella por él, y se querían, así que no podía pedir más al universo.

Los avances también se hicieron de cara a su familia en Nueva York. Después de año nuevo y de la misa en memoria de John, había ido a Brooklyn para conocer a su padre y a sus hermanas, porque a Dulce, su madre, ya la conocía, y había ido todo bien, le habían abierto la puerta y en el fondo estaban felices de que Jo hubiese encontrado otra vez la felicidad, aunque fuera tan lejos, en Montana.

Lamentablemente, su presencia allí provocó que la familia Expósito le retirara la palabra e incluso que su suegra la insultara y la llamara golfa sin que él pudiera hacer nada por defenderla. Solo Lucy, la hermana pequeña de John y su mejor amiga, seguía hablándole, y aquello había supuesto un pequeño cataclismo para Jo, aunque ella nunca quisiera hablar del tema y evitara hasta nombrarlos en voz alta.

—John siempre me advirtió que me alejara de su familia si él faltaba —le comentó en el avión de vuelta a Montana—, así que esto es justo lo que él hubiese deseado que pasara. No son mi familia, nunca lo han sido y no tienes de que preocuparte, Taylor, es mejor así. Aunque te aviso que a partir de ahora tendrás que llamarme señorita Galignani y no Expósito, porque no pienso usar nunca más su apellido.

Esa había sido la última vez que habían hablado de los Expósito y él respetaba su decisión porque podía entender que le doliera, aunque jamás entendería que esa gente, que la conocía desde niña, no deseara lo mejor para ella.

—Tío Taylor, tío Taylor...

—¿Qué pasa, campeón? —oyó a lo lejos la voz de Chuck y se apartó de Jo para prestarle atención.

—Tengo hambre.

—¿Tenemos hambre? —habló Jo levantándose como un rayo de la cama y extendiéndole la mano—. ¿Has hecho pis, cariño?, ¿vamos al baño?, luego prepararemos tortitas, ¿quieres?, al tío Taylor le quedan de maravilla.

Él los siguió con los ojos oyendo la voz de Scotty, que también había despertado, y suspiró mirando a su preciosa chica vestida con un pijamita de verano muy sexy, se estiró y luego se levantó para empezar ese 4 de julio que anunciaba ser caluroso y muy movido.

Se metió debajo de la ducha y repasó todo lo que tenía que hacer en el pueblo antes de que Bradley aterrizara con su familia en el aeródromo de Polson, dónde un avión privado de su equipo llegaría, además de con la estrella homenajead, con regalos y *merchandising* de los Patriots para agasajar a sus paisanos.

Todo apuntaba a que iba a ser una jornada inolvidable, sobre todo para los Williams, que esa noche además iban a celebrar la gran barbacoa del 4 de julio en el rancho, con fuegos artificiales y toda la parafernalia que daba el inicio oficial al verano.

—Yo hago las tortitas —de un salto entró en la cocina y agarró a Jo por la espalda para abrazarla y besarle el cuello—. Me estoy poniendo malo con esa pijamita, mejor será que te vistas, señorita Galignani. No querrás que te ataque con los niños delante.

—Muy gracioso... —se volvió para darle un beso en la boca y él aprovechó y le pegó un beso de verdad contra la nevera.

—No estoy bromeando, venga —le dio un azote en ese trasero que era demasiado perfecto para ser de verdad y ella saltó—. Vístete, cielo, yo me ocupo.

—Vale, pero para mí tostadas, voy a preparar un poco de aguacate. Vaya... —partió el aguacate y se quedó quieta con el cuchillo en alto—. Dios bendito...

—¿Qué pasa?, ¿estás bien?

—No...

Tiró el cuchillo y salió corriendo hacia la habitación, él miró a los niños, que ya estaban distraídos con los dibujos de la tele, y se volvió para preparar las tortitas, hizo una para cada uno y luego decidió apagar la cocina e ir a ver qué le pasaba a Jo, que llevaba demasiado tiempo en el cuarto de baño.

—¿Estás bien?, ¿cariño? —entró y se la encontró sentada en el suelo junto a la taza—. ¿Es el estómago?

—He devuelto hasta la primera papilla.

—Bueno, anoche bebiste un poco más de la cuenta.

—No es resaca, gracias, solo me tomé una copa de vino.

—Ok, no te enfades, solo era una idea. ¿Necesitas algo?

—Creo que sí —se estiró, abrió un cajón de la encimera y sacó una cajita rosa—. Anna me hizo comprarlo y creo que ha llegado la hora de utilizarlo.

—¿Qué? —parpadeó un poco descolocado y ella lo miró dándole la mano para que la ayudara a levantarse.

—Es una prueba de embarazo, Taylor, no quería decírtelo así, pero tengo un retraso de dos meses y llevo unas semanas fatal...

—¿En serio? —sintió perfectamente como se le hacía un vacío en todo el cuerpo y dio un paso atrás moviendo la cabeza—. No quiero emparanoiarme en vano, si no estás segura prefiero esperar a... porque... yo...

—No estoy segura, por eso necesito hacérmelo. Déjame sola.

—Jo, no...

Le cerró la puerta en las narices y él bufó resignado, caminó nervioso por el dormitorio y al final se fue a la cocina para ver cómo estaban los niños, que ni lo miraron pendientes de la televisión y las tortitas con sirope. Respiró hondo, miró la hora y calculó que había pasado un tiempo prudencial, al menos eso había visto en las películas, porque en la vida real nunca había pasado por algo parecido y no tenía ni idea de lo que había que hacer.

—¿Qué? —entró en el dormitorio y se la encontró saliendo del baño muy serena, se puso las manos en las caderas y abrió mucho los ojos.

—Hola.

—Hola, ¿qué ha pasado?, habla por el amor de Dios.

—Estoy embarazada y según esto de diez semanas.

Le enseñó el aparatito y se echó a llorar, él tardó diez segundos en reaccionar, intentando comprobar que había oído bien y que no estaba soñando, y dio un paso atrás con el pulso bombeándole contra los oídos.

Volvió a observarla con atención, tan pequeñita y preciosa temblando como una hoja, avanzó, la agarró de la mano, tiró de ella y la estrujó contra su pecho.

—Quiero un análisis de sangre, una ecografía y buscaremos un buen ginecólogo por aquí, haré algunas llamadas.

—Anna, estamos de vacaciones, por favor te lo pido.

Martina la miró con los ojos abiertos como platos y Anna parpadeó y asintió colocándose a su hija en la cadera.

—Lo siento, deformación profesional, seguro que todo va maravillosamente bien, cariño, estás radiante. Ven aquí, no sabes cuánto me alegro.

La agarró por el cuello y le dio un abrazo muy fuerte soltando una lagrimita, Jo también se emocionó y luego se apartó de ella para recibir el abrazo de Martina Williams, la mujer de Bradley, esa chica española preciosa, tan simpática y agradable, que además escribía en el New York Times y criaba a tres hijos haciendo que todo pareciera tan sencillo.

—Al parecer vais a parir a la par —soltó mirándolas a las dos y Jo abrió la boca mirando a Anna.

—Sí, Jo, lo de noviembre fue una falsa alarma, pero esta vez va en serio y creo que daremos a luz más o menos a la vez.

—¡Enhorabuena! —se volvieron a abrazar y de reojo vio aparecer por la acera a Taylor, guapísimo con su sombrero vaquero, sus botas y su camisa de cuadros.

—Mirad, ahí viene el padre del año —bromeó Martina y él se les acercó con una sonrisa radiante y se sacó el sombrero para saludarlas.

—Señoras, qué bien os veo a todas. Está casi todo preparado, os han asignado unos asientos a la sombra y... ¡Hola, preciosidad! —miró a Emily, que estiraba los bracitos hacia él, y la cogió en brazos para comérsela a besos— ¿Cómo eres tan guapa?, ¿eh?, pareces una muñequita.

—¿Papá?

—¿Papá?, tu padre anda trajinando por ahí con el pequeño Conrad, ¿vamos a buscarlos?

—¡Sí!

—Cielo ¿estás bien?

La miró a ella, que no podía dejar de observarlo como una idiota, porque le parecía el más guapo y adorable de los hombres, y asintió dándole la mano. Él se inclinó para darle un beso y luego las animó a caminar hacia la plaza mayor de Polson, donde estaba todo a punto para que Bradley Williams recibiera el reconocimiento como “Hijo Ilustre” de la ciudad.

Una celebración muy importante para la familia, que estaba muy orgullosa, y que había servido para que Taylor contara a todo el mundo que iba a ser padre. Una novedad que pretendían celebrar a lo grande esa misma noche en el rancho.

—En dos semanas empieza el segundo trimestre y se sentirá mejor... —oyó que le explicaba Anna y ella les prestó atención—. No te preocupes, es normal que el primer embarazo de más molestias.

—Vale, porque esta mañana...

—No soy tan blandita, cariño, he pasado un mes fatal y ni te has enterado.

—De acuerdo, pero ahora quiero enterarme y si podemos hacer algo para que no lo pases tan mal, pues...

—Siempre se pasa mal —apuntó Anna—, pero es lo natural, no te preocupes, Jo puede con eso y con mucho más.

—Eso espero, porque después del primero vendrán muchos más.

—Ya, ya...

—¿Me habéis buscado un sitio en las gradas, no? —preguntó Martina poniéndose las gafas de sol y Taylor negó con la cabeza—. Le pedí expresamente a Brad que...

—Él os quiere a ti y a los niños en el escenario, lo siento.

—¿Qué?, no, de eso nada...

—¿Qué diantres hace esa gente aquí?

Jo los vio primero y se le revolvió el estómago, porque eran las últimas personas que esperaban encontrarse ese día en Polson, y detuvo el paso viendo como los demás también se habían fijado en el cochazo que estaba aparcando frente al ayuntamiento. Un coche con los cristales tintados del que bajaron Jim McFraser, su nueva esposa Pam y su hermana Rachel, que parecía recién salida de la semana de la moda de Nueva York.

—¡Me cago en la puta! —exclamó Taylor y ella le apretó la mano.

—Vamos a pasar de ellos, ¿ok?, no vale la pena.

—¿Qué no vale la pena?, ¿ayer manda a los niños solos a Polson y hoy se presenta aquí como la reina de Inglaterra? ¿Quién coño se cree que es?

—Vendrán a hacerse la foto de rigor —habló Conrad a su espalda, con su hijo sobre los hombros y sonrió a Emily, que al oírlo estiró los bracitos hacia él—. ¿No quieres que te lleve el tío Taylor, caramelito?, ¿no?, vale, pues ven con papá. Venga, todos a sentarnos.

—Bradley no querrá ni que se le acerque —opinó Martina y les dio la espalda para mirar hacia el escenario—. Voy a advertírselo, no puede hacerse una foto con este cabrón que ni siquiera es del Partido Demócrata.

—Ok, voy con Martina y ya me quedo allí, luego nos vemos.

—Taylor, mírame —le agarró la cara con las dos manos y le sonrió—. No pasa nada, que no te amarguen el día, ¿vale?, vamos a ignorarlos y todos en paz. Ve tranquilamente con tu primo, ayuda en lo que sea y yo te espero aquí.

—Ok...

Le dio un beso y él desapareció hacia la parte trasera del escenario. Conrad le hizo un gesto para que pasara a la zona reservada a la familia, pero ella negó con la cabeza y decidió quedarse

un rato más por ahí, lejos del barullo.

Observó como ellos se sentaban cerca de los padres de Taylor, que estaban con Scotty y Chuck, y decidió ir a buscar algo de beber porque hacía un calor horrible. Se movió hacia la zona de los puestos de comida, compró un vaso enorme de granizado de limón y al darse la vuelta James McFraser le cortó el paso con esa sonrisa falsa que tenía, y que no la perdía ni bajo cuarenta grados de calor.

—Hola, Jo, tanto tiempo, que alegría verte. Preciosa como siempre.

—Hola —lo rodeó y siguió su camino, pero él la acompañó hasta las gradas.

—Así que has vuelto a Polson para vivir con Taylor, me han dicho.

—Sí.

—¿Y tienes trabajo?, el puesto en el colegio Montessori de Helena sigue vacante.

—He estado haciendo suplencias en la escuela, pero en agosto me incorporo a la plantilla con un contrato fijo, gracias.

—Qué desperdicio —bufó, mirando cómo iba a dar inicio el acto y ella lo miró entornando los ojos.

—¿Perdona?

—Una mujer con tu talento y clase, desperdiciada en una escuelita de pueblo solo para estar al lado de un tío que, encima, te mandará de vuelta a Nueva York a la primera de cambio.

—¿Hablas así de normal o ensayas delante de un espejo?. Eres lamentable, muy lamentable, en serio, qué lástima.

—Ya salió la chica dura de Brooklyn.

Lo miró de arriba abajo y luego le sonrió pasando a la zona acotada a la familia, llegó al lado de Anna y se sentó muy incómoda, pero mantuvo la calma y no volvió a mirarlo en toda la tarde, intentando concentrarse en ese merecido homenaje al héroe nacional del fútbol americano, el gran Bradley Williams, hijo y nieto de nativos de Polson, que había pasado todos los veranos de su infancia y adolescencia en el rancho de su familia.

Los poemas y los discursos llenos de anécdotas dieron paso a la entrega de regalos y un pequeño concierto de música country antes de que el alcalde le entregara al homenajeado una placa conmemorativa y Bradley, muy emocionado y arropado por sus padres, su esposa y sus tres hijos en el escenario, agradeciera semejante honor y luego anunciara que pasaba al interior del ayuntamiento para firmar autógrafos y hacerse fotos con los fans.

—Menos mal que ha sido breve —comentó Conrad buscando a sus padres con los ojos y ella aprovechó de volverse para mirar a los McFraser, que estaban en un discreto rincón hablando con los prohombres del pueblo—. Nos llevamos a los niños al rancho, ¿no, pelirroja?, tú debes estar agotada, no tienes buena cara. Cariño, mírame.

—Estoy bien, pero es buena idea ir andando —Anna lo miró y le dio un beso—. ¿Dónde tienes el coche?. Jo ¿te vienes con nosotros o...?

—Voy a esperar a Taylor, id yendo vosotros y nos vemos allí. Chao, pequeñines...

Besó al pequeño Conrad y a Emily en la frente y los vio marcharse al mismo tiempo que Charly Tabares, el guardaespaldas puertorriqueño de Bradley, la llamaba con la mano para que se acercara a Martina y a sus hijos.

—Paisana, vente en la furgoneta, el chófer está esperándoos ahí detrás para llevaros al rancho. Yo me tengo que quedar con el gran jefe hasta que esto acabe, así que hay sitio de sobra.

—Gracias, Charly, pero voy a esperar a Taylor, tenemos el coche en casa, a cien metros de aquí, pero gracias.

—Como quieras.

Le guiñó un ojo y se llevó a la familia de Brad hacia esa furgoneta enorme que habían alquilado para moverse por Polson. Ella se despidió con la mano y luego miró a su alrededor intentando localizar a Taylor, pero no lo vio por ninguna parte, y empezó a barajar la opción de volver a casa y esperarlo allí, porque entre tanto jaleo iba a ser difícil encontrarse.

Se puso las manos en las caderas sintiendo de nuevo un calor horroroso, y notando de repente que los padres de Taylor, Conrad y Bradley también se habían esfumado de la plaza, y fue entonces cuando Pam, su antigua jefa, se le acercó moviendo su collar de perlas y sonriéndole como la madrastra de Cenicienta.

—Hola, Jo, te has vuelto toda una ciudadana de Polson —miró de arriba abajo su sencillo vestido de verano y ella le sonrió.

—¿Has visto a tus hijos?, anoche Chuck no durmió muy bien.

—No creo que eso sea asunto tuyo, Jo.

—Lo es si duerme en mi casa y pasa mala noche.

—No es mi culpa si Scott se los encasqueta a cualquiera.

—No es cualquiera, esta vez fue a su tío Taylor, y fue una emergencia, como otras tantas veces que aparecen por aquí sin aviso, aunque sabes perfectamente que Scott está en Helena toda la semana.

—¿Ahora defiendes a los Williams como si fueran algo tuyo?

—Defiendo lo que es justo.

—Mira, no sé quién te ha dado vela en este entierro, bonita, pero que te quede claro que no pienso discutirlo contigo.

—Ah, vaya, con un gracias por ocuparte de mis hijos sería suficiente.

—Vete a la mierda...

Se giró y dio dos pasos, pero enseguida se quedó quieta, volvió y la miró desde su altura fingiendo una sonrisita de las suyas.

—Un par de cositas más, la primera: no te acerques nunca más a mi marido, no le hables, ni lo mires o voy a mandar que te partan las piernas. Tuviste una oportunidad con él, pero al final elegiste al que te ponía más cachonda, y lo respeto, eso no es asunto mío, aunque está claro que te equivocaste... —suspiró— así pues, Jo Expósito, mantén tus sucias manos y tus coqueteos de

barrio lejos de Jim o atente a las consecuencias.

—¿Me estás amenazando?, ¿en serio?

—Y otra cosa más, si no quieres alargar la agonía y seguir haciendo el ridículo con Taylor, ve a buscarlo, no anda muy lejos de aquí metido en las bragas de Rachel. Igual es un buen día para descubrir quién le importa de verdad al capullo que te estás tirando.

—Eres increíble, Pam.

—Fui una buena amiga y te advertí hace tiempo que él acabaría casándose con ella, te lo dije, ¿recuerdas?, porque están destinados a ello desde que eran unos críos, pero tú, que eres tan lista, y tan urbana, y tan cosmopolita, no te lo creíste. Mala suerte, querida, hoy, en cuanto se han visto se han puesto cachondos, a saber qué le estará haciendo ahora mismo mientras tú lo esperas como una idiota en medio de la calle. Adiós.

Giró teatralmente y caminó como una reina de belleza hacia su marido, que no había perdido de vista la charla. Jo parpadeó un poco mareada, sin poder creerse que alguien pudiera hablar así en la vida real, y buscó una sombra donde ordenar sus ideas. Sacó el móvil y llamó a Taylor, pero él no contestó, hizo amago de irse a su casa, pero una fuerza sobrenatural la clavó en el suelo, subió los ojos, se encontró con el ayuntamiento y sin saber cómo se encaminó hacia allí con paso firme.

Entrar en el consistorio fue un alivio, porque el aire acondicionado estaba a tope, así que respiró hondo, saludó a la gente que seguía allí esperando para fotografiarse con Bradley, y se metió por el pasillo principal muy decidida, como si alguien la llevara de la mano.

Caminó sin saber exactamente a dónde iba, mirando los despachos vacíos, hasta que al final del un pasillo vio la oficina del alcalde, que era la única que tenía la puerta cerrada, y se detuvo delante. Tragó saliva y se acercó para llamar, pero antes de hacer nada oyó claramente la voz de Taylor discutiendo con una mujer, puso la mano en el pomo y abrió sin anunciarse.

—Jo...

Susurró él mirándola con los ojos claros muy abiertos, y la camisa a cuadros completamente abierta. Frente a él esa chica, Rachel, que era una rubia digna de la revista Playboy, pensó inconscientemente, la miró con la boca abierta y el vestido subido a la altura de las caderas.

—Cariño, escucha...

—¿Cariño?, ¿la llamas cariño?, ¿a esta imbécil? —chilló Rachel y Taylor la miró con ojos de asesino.

—No te atrevas a faltarle al respeto, ¿me oyes?, no te atrevas o...

—¿O qué?, ¿me vas a pegar?, vamos, vaquero, pégame de una maldita vez si eres tan hombre.

—Hija de...

—¡Taylor!

Lo detuvo a un paso de pasar a mayores y solo con verle la cara se hizo un mapa mental de lo que estaba ocurriendo. De pronto Pam, Jim, Rachel y toda esa gente pasó por su mente como una película y comprendió claramente la jugada.

Miró a Taylor a los ojos y le sonrió, avanzó hacia él, ignorando a Rachel McFraser, y le ofreció la mano, él se la cogió con alivio, blanco como la cera, y caminó con ella hacia la salida, pero antes de llegar al pasillo, y al oír que esa loca insufrible se ponía a insultarlos a gritos, se paró en seco, volvió sobre sus pasos y le habló de cerca señalándola con el dedo.

—Escucha, palurda malcriada, no voy a permitir que le arruines la vida, así que no dejaré que lo provoques, ¿de acuerdo?, por mucho que chilles no hará nada de lo que pretendes, tampoco conseguirás ponerme en su contra o separarnos...

—¿Palurda yo? —preguntó ofendidísima y Jo asintió.

—Sí, y muy palurda.

—Taylor, dile que se calle.

—Y será mejor que no vuelvas a acercarte a mi hombre o te partiré la cara. Y soy de Brooklyn, así que cuidadito conmigo —le sonrió y se volvió hacia Taylor que seguía la escena sin parpadear.

—¡Zorra!

—¿Zorra yo?, zorra tú, mírate un poco, por el amor de Dios.

Llegó hasta él, lo agarró de la mano y lo sacó de allí tranquilamente, pero a buen paso. Llegaron al hall del ayuntamiento, dónde Bradley se estaba despidiendo del alcalde y de los concejales, y luego pisaron la plaza donde al fin se detuvo y se volvió para abrocharle la camisa.

—¿No te ha dejado ningún botón?

—Estaba histérica y... Jo, cariño, yo jamás... no la he tocado, te lo juro por Dios, por nuestro bebé... me hizo una encerrona y se puso como una loca, como siempre, y no quise aumentar el escándalo con Brad a dos pasos y...

—Te creo, tranquilo.

—¿En serio?

—Por supuesto, somos un equipo, ahora una familia, y siempre confiaré en ti.

—Mi vida —se le llenaron los ojos de lágrimas y miró al cielo—. Yo... creo que es imposible que te quiera más, Jo.

—Yo también te quiero. ¿Vamos a casa a buscar una camisa nueva y a por el coche?

Hizo amago de irse y él la agarró y la estrechó contra su pecho antes de pegarle un beso de película delante de todo el mundo.

EPÍLOGO

21 de octubre, tres meses y medio después...

Miró por la ventana y frunció el ceño al comprobar que se había levantado mucho viento. Una pena, porque necesitaba que el día fuera perfecto para disfrutarlo al aire libre, sin embargo, era lo que pasaba en otoño, era lo normal, así que no pensaba lamentarse, ni ponerse nervioso, nada de eso, solo pensaba en relajarse y disfrutar de la jornada de la mejor forma posible.

Se apartó de la ventana y se giró hacia el escritorio, se acercó y se sentó en su butaca mirando el ordenador y el sobre marrón que le había mandado Rachel McFraser la víspera, cuando lo último que quería era tener noticias suyas, pero que había recibido de manos de un mensajero sin protestar y con la intención de romperlo sin abrir, no obstante, había buscado un minuto de tranquilidad y lo había leído, y se había alegrado de hacerlo, porque ella, por primera vez más de quince años, reconocía que le había hecho la vida imposible, asumía la culpa, se disculpaba y le aseguraba que no iba a volver a recaer en esa obsesión infantil y enfermiza que sentía por él.

“Estoy en una clínica de rehabilitación en Connecticut, me ingresé de forma voluntaria después de la última vez que te vi el 4 de julio. Soy adicta a los tranquilizantes, a los estimulantes, a los analgésicos, a las pastillas para adelgazar y a la cocaína, al fin puedo reconocerlo en voz alta, y delante de ti, aunque estoy segura de que ya lo sabías.

Los pasos para mi curación son muchos y uno de los primeros es disculparme con la gente a la que he hecho daño por culpa de mis adicciones, y eso hago enviándote esta carta que espero leas atentamente, Taylor, porque es muy importante para mí.

Mi hermano y su mujer me empujaron a buscarte y a “salvarte” de las garras de Jo Expósito el último 4 de julio en Polson. Jim me dijo que tenía que hacer un último intento por conquistarte y que la única forma de hacerlo era enfrentándote a tu novia, provocando un escándalo que la mandara a ella lejos de Montana. Ahora me doy cuenta de que me utilizó, como ha hecho toda su vida, para su propio beneficio, porque no podía soportar que esa chica lo hubiese rechazado para quedarse contigo.

Lo que nunca entenderé es que Pam lo apoyara en la empresa, porque al fin y al cabo es su mujer, y no entiendo que quisiera vengarse de Jo por rechazar a Jim, que al fin y al cabo terminó casándose con ella, que es lo que ha querido siempre, meterse en nuestra familia.

Nuestra madre dice que ese no es un matrimonio, que solo es un acuerdo comercial, social y político, no lo sé, ni me interesa, solo sé que mi hermano es capaz de eso y de mucho más, y por eso no los quiero cerca, ni a él ni a su mujer, y tú deberías procurar lo mismo.

Quiero pedirte perdón por intentar comprometerte delante de Jo, afortunadamente ella te creyó a ti, o ahora estaría lamentando vuestra separación. También te pido perdón por todos los años de acoso y obsesión, mi terapeuta dice que si me hubiese casado contigo hace años, ya te hubiese olvidado, porque tu rechazo constante y firme solo aumentó mis obsesiones.

No te culpo a ti de mis problemas, pero creo que el siquiatra tiene razón, siempre he querido aquello que no he podido tener.

Pido perdón por todo lo que te he hecho, por impedirte vivir más tranquilo y feliz, por no respetar tus sentimientos y tu espacio, y me comprometo a no volver a recaer en semejante insensatez. Ahora me avergüenza haberme comportado así durante tantos años. He hecho el ridículo en privado y en público muchas veces, y me duele, pero ese dolor me servirá para curarme.

Mi único trabajo ahora es seguir rehabilitándome. Doug, mi segundo marido, me está ayudando, viene a verme y me está apoyando a pesar del daño que también le hice en su momento. En el fondo soy muy afortunada por tenerlo a él, por tener a mis padres y a mucha gente preocupada por mí, así que no debería quejarme.

Por último, discúlpame con Jo, que no sé si ya se ha convertido en la señora Williams. Pam se ocupó de informarme de que os ibais a casar porque ella está embarazada. Ya ves que no ha perdido el tiempo y ha intentado desestabilizarme, pero es igual, no lo ha conseguido y he ordenado que no le permitan nunca más venir a verme o llamarme por teléfono. Es una bruja y haga lo que haga no conseguirá que me inhabiliten legalmente para que Jim sea el único heredero de mi padre.

En fin, gracias por leerme, si me estás leyendo. Te pido perdón otra vez por todo (todo aquello que no hay espacio para contar en una carta) y te deseo lo mejor. Eres un buen tipo, Taylor, uno noble y decente, porque a pesar de todo lo que te hice, de todo el daño que procuré infringirte, siempre has sido un caballero conmigo, y solo por eso siempre te estaré agradecida.

También discúlpame con tus padres, tus hermanos y por supuesto con Jo. Felicidades a los dos por ese hijo que estoy segura te hará muy feliz.

Me despido ya, prometiéndote que nunca más sabrás de mí en malos términos, ahora que soy consciente de cómo me he portado contigo, sé que no volveré a recaer en semejante obsesión enfermiza e infantil. Eso es el pasado, un pasado que me avergüenza, así que no pienso repetirlo.

Un abrazo

Rachel McFraser”

Acabó de leer la carta, por tercera vez, la dobló y la metió en un cajón. Se la había enseñado a Jo la noche anterior y ella la había leído con la misma sorpresa, pero no habían comentado nada al respecto. Lo mejor era olvidarse del tema y confiar en que Rachel, que al fin parecía estar madurando de verdad, fuera sincera y cumpliera con su propósito de enmienda, algo que solo podrían comprobar con el paso del tiempo.

Miró la hora y, afortunadamente, el tiempo estaba pasando rápido.

Toda la familia estaba en Polson, en el rancho, y se había quedado hasta muy tarde charlando

con sus hermanos y primos, en realidad estaba un poco cansado, pero deseando que llegara el momento más importante del día, para el que habían trabajado duro y contra reloj tanto Jo como él, y sus padres y Scott, que ya había vuelto a Polson con la custodia exclusiva de sus hijos, y que había sido su mayor apoyo en esas últimas semanas de locos.

Cerró los ojos y pensó en Jo, en lo preciosa que estaba a sus casi seis meses de embarazo, y en su bebé, el pequeño Taylor, porque, como solía ser tradición en su familia, su primogénito era un niño e iba a llevar su nombre, el suyo y el de su padrino Conrad, porque Anna y Conrad iban a ejercer de padrinos en cuando naciera en febrero.

Se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó la imagen de su última ecografía. No se separaba de ella y se la enseñaba a todo el mundo, porque se veía muy clara, era un niño guapísimo y muy inquieto, que ya se movía y daba patadas, y al que ya quería con toda su alma. Estaba enamorado de su bebé, y de la madre de su bebé, que era la mujer más guapa y sexy del mundo, y que pronto se iba a convertir en su esposa.

La noticia del embarazo no era motivo para cambiar su relación, opinaba ella, que era un poco pasota en lo referente a cierto tipo de formalidades, justo lo contrario que él, que podía ser muy liberal para muchas cosas, pero muy conservador para otras, sobre todo en lo tocante a la familia.

Con eso claro, había pedido en casa el anillo de su abuela, lo había mandado a adaptar y se había presentado en el colegio, el primer día de clases, la última semana de agosto, con un ramo de flores. Había entrado en su aula con el sombrero, se lo había quitado y, tras poner rodilla en tierra, le había pedido matrimonio delante de toda su clase, y de casi todo el cole, porque el nuevo director había procurado regalarles un momento único e inolvidable arropado por todos sus alumnos y compañeros.

Afortunadamente, ella dijo que sí, llorando y un poco abrumada por la demostración pública de amor, pero había dicho que sí... y lo demás ya era historia.

—¿Estás listo, chaval?

Su hermano Rob abrió la puerta de su cuarto de toda la vida y detrás de él entraron Scott, Blake, Conrad, Bobby y Bradley, sus padrinos, vestidos de punta en blanco. Él los miró y se puso de pie.

—Claro que sí, estoy listo desde hace una hora.

—Genial, porque la novia ya viene de camino con su padre y con Charly Tabares, que dice que es imposible estar más guapa —apuntó Brad palmoteándole la espalda.

—¿Las damas de honor y los niños de las flores?

—Todos abajo y en perfecto estado de revista —comentó Conrad mirándolo a los ojos—. ¿Estás bien?, ¿nada de resaca?

—No, solo bebí cerveza.

—Vale, pues...

—Hijo, ¿estás listo? —su padre y su madre también entraron en el cuarto y ella se echó a llorar—.

Estás guapísimo, cariño y... he esperado tanto para verte así.

—Bueno, pero no llores —la abrazó besándole la cabeza.

—No lloro más, estás muy elegante —le arregló la corbata y le alisó la solapa del traje y miró a su padre—. Ya solo nos queda uno soltero, Robert.

—¿Me llevas al altar, mamá?

—¡Vamos allá!

Aplaudió Rob y todos bajaron las escaleras de la casa familiar charlando tan animados, todos salvo él, que de pronto empezó a ponerse nervioso, no por lo que iba a pasar, sino más bien porque le preocupaba que todo estuviera en orden y no se les estropeará el día con algún fallo de última hora.

Llegó al salón, donde las damas de honor, entre ellas Lucy, la hermana pequeña de John Expósito, esperaban tan guapas con sus trajes color lila, y se acercó a saludar a sus sobrinos más pequeños, que llevaban las flores, las arras y los anillos. Revolvió el pelo rubio de Chuck y le arregló la chaqueta.

—Chuck, ¿tienes las alianzas, campeón?

—Sí, tío Taylor, aquí —le enseñó el bolsillo donde llevaba la cajita con los anillos y en ese mismo instante Martina y el reverendo Clark entraron como un vendaval en la sala.

—Ya están aquí, la novia y su padre ya están aquí —anunció Martina con una sonrisa y el reverendo lo llamó con la mano.

—Vamos, Taylor, tienes que esperar a tu novia en el altar.

—Ok.

Los chicos le palmotearon la espalda y le dieron capotes hasta que llegaron al altar de madera hecho a mano, que presidía el jardín más bonito del rancho, y se quedó en su sitio, tal como habían acordado durante el ensayo, esperando a Jo, que llegaba puntual, como solía hacer en su vida normal.

Miró al suelo un poco abrumado por la cantidad de gente que había en los bancos, solo familia y amigos íntimos, pero una verdadera multitud, y entonces oyó que el cuarteto de cuerdas, regalo de Conrad y Anna, empezaba a tocar “A thousand years” de Christina Perri.

El corazón se le subió a la garganta y se le llenaron los ojos de lágrimas, se giró y vio aparecer a Jo, preciosa, especialmente preciosa, con un traje color crema recto y muy sencillo, como estilo años veinte, y el pelo recogido en un moño también sencillo que le daba el aspecto de un ángel.

—Hola, vaquero —lo saludó también muy emocionada y le dio la mano, él se la cogió y se la besó sin dejar de mirarla a los ojos.

—Creo que es imposible que te quiera más, Jo.

—Lo mismo digo, mi amor.

—¿Preparados? —preguntó el reverendo y los dos lo miraron a la cara— ¿Empezamos?

—Sí y de prisita, por favor, que quiero llevarme a esta dama de fiesta y después de luna de miel antes de que se arrepienta.

FIN

INFORMACIÓN SOBRE LA AUTORA

Emma Madden es periodista, trabaja desde hace diez años en el mundo de las celebrities y los famosos. Nació en Madrid, pero reside en Londres con su marido, al que le debe su apellido.

Lleva muchos años escribiendo, debutó en 2019 con la Serie DIVAS, que incluye CHLOE, GISELLE y PAISLEY, una serie romántica dedicada a tres mujeres fuertes, ricas y famosas, y continuó con la Serie SUEÑO AMERICANO, que incluye BRADLEY, CONRAD y TAYLOR, dedicada a tres hombres de una misma familia, con profesiones muy diversas, y que representan la quintaescencia del sueño americano.